TERESA CREMISI

La Triunfante



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LA TRIUNFANTE

TERESA CREMISI



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
La Triomphante

Edición en formato digital: septiembre de 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3731-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

POR LA MAÑANA TEMPRANO

Tengo una imaginación portuaria.

Larga es la lista de lo que hace latir mi corazón -fotos amarillentas, poemas, canciones, imágenes de películas-, y representa o habla de muelles, barcos, dársenas, pacas de algodón, contenedores, grúas y aves marinas.

Nací en una gran ciudad polvorienta, en la última planta de una clínica denominada Hospital Griego, muy cerca de un puerto. Un puerto más célebre que los demás: en él recaló la Historia varias veces con estrépito, y dio allí extraños bandazos, al azar de los siglos, sin rumbo aparente.

Un puerto que conoció la gloria y el olvido, una bisagra del mundo, en la encrucijada de todos los caminos. Allí nació Cleopatra (un poco antes que yo, desde luego), y durante milenios la arena de las playas que lo rodean ha ido devolviendo todo tipo de monedas. Monedas pulidas por el agua, la sal y el viento.

A mi madre se le ocurrió la idea de encargar a un joyero armenio que ensartase su colección de monedas, como si fueran perlas. Ahora llevo en ocasiones este insólito collar en el que predomina la plata (una sola moneda de oro, el oro es más raro, más frágil, y cuatro o cinco monedas de cobre denegrido). Si las miramos detenidamente, vemos que no todas las figuras se han borrado: perfiles, cascos de guerreros, símbolos de civilizaciones perdidas. Tal vez quieran transmitirnos relatos de soldados o marineros ahogados, adormecidos, desvalijados, encallados, olvidados.

Una historia silenciosa que me provoca escalofríos.

Nací en Alejandría, al otro lado del Mediterráneo. No escribo ahora para expresar ninguna nostalgia. Los lugares son lo único capaz de desatar en mí una violenta tempestad, pero la nostalgia no es un sentimiento que me guste cultivar.

Tengo una mente pragmática, con los pies en el suelo.

A comienzos de los años cuarenta, la niñita que yo era tenía aún por delante todo un universo que descubrir. Eso les pasa a todos los niños, pero el mundo que ofrece una civilización agonizante lleva en su seno algo de desordenado, de incoherente y de elegante. La coexistencia del halo de la Historia y los signos precursores de la modernidad, el hedor de la putrefacción, la lepra que carcome las paredes, las flores silvestres e indisciplinadas, las risas de una libertad insolente y el alegre fatalismo, todo eso conforma una mezcla que no necesita verbalizarse para dejar su huella en un niño.

De aquella felicidad, destaca en mí una imagen. Nos desplazábamos en coche a mi lugar de excursión favorito. Eran como veinte o treinta kilómetros por una carretera que bordeaba las vías del viejo tranvía que partía de la estación de Ramleh y se dirigía a Rosette. El tren de los pobres. Nosotros, en cambio, íbamos en Chevrolet. De todas maneras, en mi recuerdo, se hacía largo: carretas, perros, niños, cestas de verdura.

Al llegar, una bahía espaciosa, un arco muy abocinado, abierto a los cuatro vientos. Era Abukir.

La bahía tenía un poco la forma de un anzuelo, con un fuerte en ruinas en la punta.

La imagen deja entrever ese arco destensado, esa arena uniforme, peñascos oscuros que afloran aquí y allá, y que sirven de soporte a pequeñas plataformas de madera. Cafés, restaurantes (es difícil llamarlos así…). Aun cuando esta foto se tomó mucho antes de los atardeceres de mi infancia, nada ha cambiado en mi recuerdo. El tren se detiene en un apeadero bullicioso algunos metros más adelante; nosotros aparcamos el coche contra un talud, le dejamos las llaves a un «gorrilla» tuerto o manco y, por un sendero descuidado, a veces embarrado, llegamos a la playa. La impresión dominante es la de una engañosa tranquilidad. El silencio, el mar que lame muy suavemente la arena.

-Ve a elegir tus erizos de mar -decía mi padre.

Elegíamos los erizos. Si no había suficientes, le pedíamos a uno de los camareros que deambulaban alrededor de la mesa que los fuera a pescar. Diez, doce, veinte. Si el camarero era sordo o sordomudo, se lo explicábamos mediante señas. Regresaba rápido, chorreando, con unas tijeras oxidadas y un limón.

Doy gracias al cielo por haberme permitido vivir, hace mucho tiempo, atardeceres como aquéllos, en un lugar olvidado y silencioso, con erizos de mar y tijeras oxidadas.

Supe muy pronto, gracias a mi padre, que aquellos parajes

encerraban una historia de ruido y de furia. Fue él quien me relató la batalla del 1 de agosto de 1798. Después, a lo largo de toda mi vida y al azar de las lecturas, iría almacenando en mi memoria los detalles de esa batalla naval. Una memoria atenta: se despabilaba, como un animal curioso, cuando alguien empezaba a hablar de armas y de guerra. Siento todavía un poco de vergüenza al contar esto: una niña con vestidos de nido de abeja y volantes, y trajes de baño tricotados por su niñera, que conocía la diferencia entre los cañones de treinta y seis libras y los de treinta y dos, y si se cargaban con balas, obuses o metralla, o si requerían dos hombres o tres para sincronizar los tiros.

Pronto comprendí que era un poco raro que a las niñas les gustasen las batallas navales y, a partir de entonces, procuré siempre disimular discretamente mi saber marítimo y militar. Era un saber inexplicable, que no respondía a un temperamento violento, ni era producto de una erudición utilitaria, con vistas a sacarle algún partido. Era un saber autodidacta, atesorado sin razón, interés ni finalidad. No era adecuado para una niña de los años cuarenta, ni tampoco para la mujer que soy ahora.

Todavía hoy sigue siendo un saber furtivo, que me hace compañía.

A causa de las tardes de Abukir, los erizos de mar y las puestas de sol contempladas en silencio, dejaba a menudo volar mi fantasía ante los cuadros de batallas navales expuestos en los museos europeos; y me lancé a traducir (a pesar de no ser en absoluto mi oficio) *Salambó*, la más atronadora y sanguinaria de las novelas a mi alcance; una traducción que me dejaba, al final de cada página, exhausta de fatiga y espanto.

Para comprenderlos, de nada sirve contemplar estos enfrentamientos a partir de cuadros más o menos célebres. Nada, salvo la imaginación, permite ver y oír lo que, por ejemplo, sucedió una noche de verano en Abukir. Esa bahía -la vuelvo a ver bañada por una suave luz- se incendió como consecuencia de una sucesión de acontecimientos increíbles. ¿Cómo se desencadenaron los tiros aquella oscura noche de agosto? ¿Cómo disponer los barcos, cómo coordinar una ráfaga de órdenes, qué hacer para evitar que barcos de una misma flota se destruyan entre sí, cuando resulta imposible comunicarse de un navío a otro, sin otra iluminación que las pavesas oscilantes, sin saber quién sigue vivo ni quién ha sido ya mortalmente herido o arrojado por la borda?

Mi imaginación me permitía entonces escuchar también los gritos, los crujidos espantosos y las explosiones. Tiempo después, comprendería que las batallas navales, más que las otras, eran un símbolo trágico. Tanta pericia, tantos troncos de árboles transportados por chalanas hasta los astilleros, miles de horas laboriosas de hábiles

artesanos, tanto denuedo. Todo quemado, anegado en pocas horas. Para nada.

Sentada en la arena de Abukir, frunciendo un poco los ojos, podía ver avanzar esas criaturas imponentes de nombres hermosos y terribles: *Guerrier, Peuple-Souverain, Aquilon, Tonnant, Heureux*… y la más grande, la más pertrechada de todas (con mil doscientos hombres a bordo): *L'Orient*. Explotó a las once, en plena noche.

Me pregunto si aquella noche habría campesinos o beduinos, sentados como yo cuando era niña, en esa playa. Me pregunto qué aspecto ofrecería la playa a la mañana siguiente. Cuando las olas volvieron a lamer suavemente la arena.

Hacia finales de marzo, sentía siempre aflorar en mi madre una inequívoca impaciencia.

-… hace mucha humedad. El viento es pegajoso. No es bueno para la cría.

Me daba perfecta cuenta de que me utilizaba como pretexto. Era absolutamente necesario que «la cría» respirase el aire fresco y sano de Europa. Suiza, ¡ah, Suiza! Los recuerdos hacían que le temblara la voz. Nada mejor que Suiza para esta hija adorada. A lo sumo, Austria o el sur de Alemania. Los prados, las margaritas, las noches frías y el *bircher muesli* de las mañanas. La voz de mi padre se volvía muy desganada:

-… ¡pero hay guerra!

Era, en efecto, una magnífica razón para quedarnos tranquilos en la casa con terraza que daba al Sporting Club.

Un suspiro a modo de respuesta. De acuerdo, había guerra. Pero al menos nos las habríamos podido apañar. Los barcos de la compañía Adriática seguían zarpando dos veces al mes del puerto de Alejandría con rumbo a Génova, Nápoles o Venecia.

-… puede que haya guerra, ¡pero nosotros somos italianos!

-… tú no, tú tienes un pasaporte británico…

La madre con pasaporte británico (nunca había pisado Inglaterra y prestaba poca atención a las fuerzas militares en liza) se tuvo que resignar a pasar los veranos en casa.

A fin de cuentas, fueron años inolvidables para todo el mundo.

Muy pronto, las condiciones empeoraron. El padre «italiano», para evitar que lo internaran en un campo inglés, se vio obligado a buscar refugio en el delta del Nilo. Pasó allí años muy buenos, vistiendo galabiyas blancas y durmiendo en casas de paja y adobe. Bebía té con

los campesinos, reía con los niños, escuchaba a los hombres contar historias cotidianas (las mismas desde hace milenios), comía en fiambreras abolladas y veía cómo crecían las plantas de algodón con ojo experto.

La madre «inglesa» había descubierto, por su parte, esa libertad que los márgenes de la Historia conceden por un tiempo limitado. La ciudad se llenó de soldados británicos. Casi todos los días se oían retumbar los bombardeos por el oeste, del lado de Marsa Matruh y de El Alamein. Conducía ambulancias y tenía amigos en el comedor de oficiales. La guerra de ultramar hace que los jóvenes se vuelvan sentimentales. De noche, los animaba a declamar poemas, cerveza en mano, o a cantar baladas antiguas con la voz cascada y los ojos empañados. Algunos jóvenes intelectuales formados en Cambridge o en Oxford se encontraron de pronto vestidos de uniforme, encallados en una fatigada y encantadora ciudad de Oriente, a la edad en que habrían debido comenzar una vida erudita bajo cielos encapotados. Para ellos, fueron unas extrañas y peligrosas vacaciones.

Mi madre se iba volviendo cada vez más guapa. De aquellos meses, de aquellos años de felicidades insospechadas, sólo quedan ahora algunas fotos y algunos libros encuadernados entre los objetos personales preservados de la furia destructora que se apoderó de ella al final de su vida. Nunca me separé de una colección de poemas de Rupert Brooke (el hombre más guapo de Inglaterra según Yeats, que murió a los veintisiete años a bordo de un barco de la Royal Navy en el mar de Esciros: un héroe sin duda para cualquiera de los jóvenes oficiales destinados en Egipto). El libro está encuadernado en cuero azul oscuro, con el canto dorado. Lleva una dedicatoria entusiasta, y un poema subrayado:

Oh! Death will find me, long before I tire
Of watching you…

En lo que a mí respecta, los años de guerra fueron muy provechosos: aprendí griego con mi niñera Magda; árabe con Mohammed, el hombre para todo de la casa; bordado con una costurera armenia; a pescar con un primo que había suspendido bachillerato; danza con una rusa mitómana y pelirroja, y a cultivar gusanos de seda con una vecinita, Myriam. Me olvidaba: por la noche venían a hacerme compañía Bonaparte y Nelson. Leía también en mi cama *El médico a palos*, y se me saltaban las lágrimas de risa.

Esta historia de pasaportes de procedencias diversas en una misma

familia no era una peculiaridad exclusiva de la nuestra. La mayoría de mis primos poseían también otros pasaportes (alemanes, españoles, suizos: el colmo de lo chic), y no era realmente un tema de conversación entre nosotros. Estos documentos, carentes de toda simbología, no eran reflejo de una historia antigua, ni ponían de manifiesto ninguna raigambre específica. Tener un pasaporte únicamente nos distinguía del pueblo llano egipcio, que no lo tenía. Más adelante supe que, por regla general, los pasaportes italianos se compraban con mucha facilidad; en cuanto a los franceses, el asunto era un poco más complicado; los ingleses, en cambio, ponían muchas pegas y exigían comprobantes. Eso confería un valor indiscutible al pasaporte de mi madre.

En cualquier caso, bastante pronto, digamos hacia los nueve o los diez años, caí en la cuenta de que pertenecíamos a una sociedad que hablaba francés, vivía en edificios vagamente haussmanianos o francamente art déco, y amaba a Francia de forma exagerada y obsesiva. Esta sociedad ocupaba su tiempo en tomar el barco para ir «a Europa», practicar actividades más o menos poéticas y regresar en otoño al puerto de Alejandría. Con mucho equipaje y a menudo un rutilante coche nuevo que, prisionero en una robusta malla, era desembarcado en el muelle cautelosamente, bajo las miradas de una multitud admirativa y sentenciosa.

Sitúo aproximadamente hacia la misma edad la impresión de que todo era provisional, para nosotros, para los demás y para toda la humanidad. Inútil darle muchas vueltas: unos estaban más exiliados que otros y se amoldaban a ello, mientras que algunos, por el contrario, forjaban y cultivaban ilusiones de pertenencia: era un asunto inabarcable y delicado, así que más valía pensar en otra cosa.

Esta imprecisión relativa a la «nacionalidad» tenía su correlato en lo concerniente a la riqueza y la pobreza. Nosotros éramos ricos, sí, pero conscientes del carácter afortunado y accidental de esa riqueza: no era el fruto merecido de un trabajo, un comercio visionario o un talento especial; ni siquiera la recompensa por una virtud o un estado definitivo que garantizase un futuro confortable. Era ridículo presumir de opulencia y vergonzoso utilizarla como un instrumento de dominio.

El equilibrio era inestable.

Nunca oí decir a nadie que el cambio del valor de la moneda se debiera a razones económicas. Se disipaban los patrimonios, las carreras se hundían. Había quienes colocaban sus bienes en cajas fuertes suizas, pero eso los obligaba a adoptar aires conspirativos; su vida se volvía cada vez más complicada; no podían gastar con despreocupación un dinero del que ellos mismos se habían privado al invertirlo en un hipotético futuro.

Mucho más tarde me diría que la actitud que adoptaban los adultos de mi infancia hacia el dinero podía relacionarse con una desconfianza o un desprecio hacia el capitalismo. El vínculo, tan evidente en el mundo occidental, entre el trabajo, el mérito y el éxito social por un lado, y el dinero por otro, no regía para ellos, no existía.

No era ni una postura ni una elección filosófica, sino una fuerza natural que me marcó profundamente y cuya excentricidad no descubrí hasta que entré «en el mundo laboral».

Sin embargo, que no se respetara a los ricos no significaba que los pobres fueran venerados y dignos de admiración. Había tantos malos entre los pobres como buenos entre los ricos.

Vivíamos, por lo demás, rodeados de mendigos. Jóvenes y viejos, más o menos lisiados. Cuando era factible, repartíamos entre ellos tareas reales o imaginarias para que pudieran vivir de su trabajo sin tener que pedir siempre limosna. A todos se los nombraba vigilantes de algo (sobre todo de coches aparcados), recaderos, barrenderos, limpiabotas, carteros, improvisados floristas, pinches de cocina, encargados de buscar hilo de coser, planchadores de cortinas o recogedores de hojas muertas.

De la esquina de nuestra calle no se movía nunca una persona que decididamente no podía hacer nada: en una minúscula balsa de madera montada sobre ruedas diminutas, tuerto, sin piernas, tendía todas las mañanas la única mano que le quedaba al extremo de su único brazo. Fue él la causa de una humillación bochornosa el día en que, encargada de darle una moneda, repliqué: «… ¡pero si aún le quedan un brazo y un ojo!», queriendo decir con ello que quizá también él habría podido hacer algo.

Todavía resuenan en mis oídos los sarcasmos, las burlas y el bofetón de la palabra «avara»: la peor de las injurias en el vocabulario familiar.

A comienzos de los años cincuenta, se empezó a hablar mucho a mi alrededor del Canal de Suez, que, en lenguaje coloquial, se llamaba familiarmente «el Canal». Era un tema que suscitaba preguntas preocupadas aunque sobrias.

-¿Qué pasará con el Canal?

-¿Quieren controlar el Canal?

-¿Vendrán los franceses y los ingleses a defender el Canal?

-¿Tienen los rusos pretensiones sobre el Canal?

Nunca pude advertir una entonación trágica en tales interrogaciones que, sin embargo, después de la destitución del rey

(era turco o albanés o ambas cosas: tampoco tenía importancia) se volvieron muy frecuentes.

A los once o doce años, fui a ver ese famoso Canal con mi clase; montamos un campamento no muy lejos; creo que se trataba de una excursión de *scouts*, con falda azul marino y pañuelo al cuello. El Canal no me causó una gran impresión, y apenas conocía su historia y la importancia casi mitológica que revestía para el país donde había nacido.

Casi sin pretenderlo, comprando aquí y allá fotos de Oriente de finales del siglo XIX, acabé por reunir una copiosa colección de fotos del Canal, que permite formarse una idea de conjunto de lo que representó su apertura para los equilibrios políticos y comerciales del momento. Al modificar las distancias y abrir bruscamente el acceso a otros océanos, esa brecha hacia Asia y el Pacífico transformó la visión geográfica de los occidentales.

Ferdinand de Lesseps y las autoridades francesas impusieron a los ingleses una Compañía del Canal que, sin dejar de preservar los intereses de las dos grandes potencias coloniales de la época, otorgaba a Egipto la posibilidad de controlar una parte significativa de sus ingresos. Este equilibrio se hizo trizas cuando el jedive, tras haber gastado mucho más de lo que obtenía (y no habérsele ocurrido «invertir» -qué palabra tan inapropiada- en su país), revendió su parte casi a escondidas al gobierno inglés. Ahí reside el origen del control inglés sobre el Canal, basado además en la ciencia innata del gran pueblo británico en el ámbito de la marina mercante y militar.

Las obras de construcción, la apertura y la inauguración del Canal, en 1869, fueron acontecimientos seguidos día a día por las capitales europeas. La India se volvía accesible, el Extremo Oriente también. Podían desarrollarse otras colonias. Escalas estratégicas como Adén empezarían a prosperar.

Entre muchos otros locos aventureros, Rimbaud, Conrad y Monfreid vieron desfilar las dunas costeras a ambos lados de los buques en los que se habían embarcado, y sintieron cómo recalentaba el sol inclemente las ardientes cubiertas. El paso de los barcos se incrementaba, afluían los viajeros. Tanto en Port Said como en Ismailía y en Suez, las novísimas oficinas de correos hacían mucho negocio: los europeos que efectuaban escala enviaban diariamente tarjetas postales, correos comerciales y mensajes de amor. Expresaban en ellos los sentimientos encontrados de quienes emprendían una nueva vida, marcada por este pasaje estrecho y árido, casi un largo corredor: la excitación de la aventura, el miedo a dar la espalda a un mundo conocido y protector, y la conciencia de que para ellos ya nada volvería a ser como antes.

La fotografía estaba en pañales. Aproximadamente a partir de 1860, los fotógrafos, en su mayoría originarios de Europa, se instalaron en Egipto. Experimentaban nuevas técnicas. La impresión sobre papel albuminado, tan nítida en su definición, tan bella en sus claroscuros sepia, permitía asimismo imprimir a mano la firma del autor antes de que secara la prueba.

Francis Frith, Félix Bonfils, Pascal Sebah, Antonio Beato y los hermanos Zangaki fotografiaron Oriente Medio con amor. El Canal, en concreto, atrajo toda su atención. Dejaron miles de imágenes. Estoy segura de que todos los barcos que entraban en Port Said se hacían acreedores de un retrato. A veces, tanto de frente como de perfil. Otras, amarrados al lado de letreros colgantes con la inscripción en francés «Parada Límite Sur» o «Parada Límite Norte». En estos clichés, el agua semeja siempre plomo líquido. En algunos aparecen unas cuantas embarcaciones pequeñas acompañando a los buques. No pocas veces un personaje endeble, de espaldas, los mira pasar, y destaca, con su presencia, sus imponentes proporciones.

Estos pioneros fotografiaban los navíos de paso con una perceptible solemnidad, como si retrataran a unos recién casados. Para inmortalizar el recuerdo de una jornada única.

Un día, hace quince años, en un anticuario cerca de Aviñón, encontré dentro de una caja de zapatos una tarjeta postal que me estaba esperando. Representaba el edificio de la Compañía del Canal, en Port Said. Construido directamente sobre el muelle, con arcadas portentosas en ambas plantas y tres cúpulas de tejas vidriadas decoradas con arabescos. Una diminuta caligrafía pálida, casi ilegible a simple vista, ocupaba todo el espacio disponible, por delante y por detrás.

Por la noche, con ayuda de una lupa, descifré el texto:

Primera escala. Port Said, 9 de febrero de 1914.
Señor A. Andrau, Inspector de Enseñanza.
Calle Ferrer. Albi (Tarn).

Queridos hermano y hermana:

Les he dicho a nuestros padres, a quienes he escrito una larga carta, que os la enseñen. Quiero no obstante enviaros directamente mis besos más afectuosos a todos, mayores y pequeños, remitiéndoos tres postales de nuestra primera escala, Port Said, adonde llegaremos mañana a las dos de la madrugada. El barco sólo se detendrá cuatro horas por la noche para carbonar. Por tanto, no bajaremos a tierra. Por mucho que no valga la pena volver a ver Port Said, eso siempre resulta un fastidio. Aunque esta

vez lo sea menos porque el mar tenía una calma y una suavidad sin parangón y no nos hizo padecer. Al contrario.

¡¡Siempre muy apenados por haber abandonado a tantos seres queridos, procuramos levantar el ánimo y no apesadumbrarnos con la espantosa idea de un alejamiento tan, tan grande!! ¡Pero cada revolución de la hélice es un salto más en dirección al exilio y nos provoca un estremecimiento!

Ánimo y salud para todos.

Vuestra hermana Léo

A la mañana siguiente volví a pasar por el anticuario para intentar hacerme con las otras dos postales. En vano. Jamás sabré por qué Léo y la persona que la acompañaba (¿un marido, un hijo?) se estremecían de angustia a cada revolución de la hélice, por qué Léo atravesaba el Canal por segunda vez, ni cuál era su destino: ¿Yibuti, Reunión, Indochina quizá? Algo había tenido que pasar en Albi para que se viera empujada, implacablemente y contra su voluntad, rumbo al exilio.

Léo (Léonore o Léonie…) no ocultaba su miedo al porvenir. Algo más de cuatro meses después, se decretaría la movilización general. El epicentro de todos los peligros ya no se encontraría en Oriente sino en Europa. La Historia había optado por despoblar las muy tranquilas provincias francesas. ¿Qué habrá sido de su hermano, el inspector de enseñanza? ¿Se habrán vuelto a ver?

Y quienes desperdigaron las huellas tan emotivas de esas vidas, y vendieron las postales de Léo Andrau, ¿las habrán leído acaso antes de desprenderse de ellas?

A partir del comienzo de los años cincuenta, nubarrones cada vez más densos se fueron cerniendo sobre nuestro futuro. Pero aún no habían ensombrecido nuestra vida cotidiana. Reanudamos las travesías marítimas veraniegas hacia Nápoles, Génova o Marsella. Eran veranos que mi madre veía de tamaño más grande que el natural: comenzaban en marzo o abril y acababan alrededor del primero de octubre, justo a tiempo para el inicio de las clases. No recuerdo haber concluido un año entero de escuela, excepto durante los años de la guerra. El tercer trimestre había sido eliminado de nuestras vidas.

Además de Suiza, destino predilecto de mi madre tanto por su contraste con el paisaje egipcio como por razones íntimas, nos encandiló el descubrimiento de un pequeño puerto de la Costa Azul. Antibes, en aquella época, resplandecía por sus encantos y tenía todo lo indispensable para que me gustase.

Era Francia. Pero ¡una Francia tan dulce, tan mediterránea, tan luminosa! Tenía una Grand-Place, con mercados salpicados de colorido, terrazas de café y ningún mendigo (lo que me pareció el colmo del exotismo). Tenía los Remparts, los baluartes: desde lo alto de esas murallas podía contemplar el mar en lontananza y fantasear -secretamente, como de costumbre- con la llegada de las flotas enemigas, y los navíos hábilmente fondeados para poder cañonear con precisión la ciudad fortificada. Y tenía un puerto, pequeño pero bien protegido, dominado por un fuerte cuadrado, el Fort Carré.

En la calle que conducía hasta allí, en la acera de la izquierda, una tienda pintada de azul pálido alojaba la actividad de un peluquero de hombres. Se llamaba Jean-Louis, me parecía muy viejo, pongamos unos cincuenta años. La mayor parte del tiempo no hacía nada; no creo que tuviera muchos clientes; su «salón de peluquería» era, incluso para la época, demasiado estrecho y anticuado; en cualquier caso, como carecía de ayudante, tampoco habría podido ocuparse de más de un cliente al mismo tiempo.

Dedicaba gran parte de su tiempo a ordenar una vitrina donde pequeñas cestas separaban las conchas de los hipocampos y los erizos de las estrellas de mar. Como colección, no era muy variada: todo procedía de las redes de los pescadores que regresaban al puerto por la mañana. Nunca le oí decir a Jean-Louis que hubiera recogido él mismo algún ejemplar de esos tesoros. En cambio, me enseñó a secarlos adecuadamente, a barnizarlos cuando era necesario y a eliminar ese delicioso olor a podredumbre que a mí nunca me había molestado.

Nos hicimos amigos. Pasaba a verle al mediodía, y me apoderaba de un caballito de mar o una conchita; a veces yo insistía, tal como me había aconsejado mi madre, en comprárselos o en llevarle un cruasán.

Se ponía contento de verme, pero nunca lo expresaba.

Cuando, para explicar adónde iba, yo decía que no podía dejarlo solo, mi madre sonreía vagamente. Un día, cortante como una cuchilla, le oí decir:

-No es muy divertido ser pederasta en una ciudad pequeña.

De entrada pensé en una enfermedad. Una hora después me informé en el Larousse. Pude entender por mí misma la dificultad que suponía que le gustaran los muchachos en una ciudad pequeña a comienzos de los años cincuenta. Ahora tenía una explicación para la escasez de clientes de la peluquería, y las sonrisas provocadoras y un tanto despectivas de los pescadores que le suministraban los hipocampos y las estrellas de mar. Comprendí también por qué su mirada dulce y apática se iluminaba a veces. Muy brevemente.

En ocasiones almorzábamos o cenábamos en un restaurante de la Grand-Place. Todo lo regentaba Thérèse, que traía los menús del día revoloteando entre las mesas. Sus andares, su estatura y su fuerza resultaban prodigiosos. Podía levantar mesas ella sola y llevar bandejas enormes sin esfuerzo. Impartía órdenes sin dejar de reír. Perentoria y amable al mismo tiempo.

Mi pasión por la *ratatouille*, novedad culinaria absoluta para mí, se veía siempre colmada. A menudo, al levantarnos de la mesa, me tocaba aguantar un beso prolongado y autoritario. La quería mucho, aunque habría preferido que no se tiñera tan negro el pelo y que hiciera algo con el bigotito que afeaba su rostro.

Intuí que Thérèse era en cierto modo el doble de Jean-Louis. Lo que distinguía a Jean-Louis, y lo convertía en un hombre aparte, distinguía también a Thérèse. Observándola un día tras otro, pude percatarme de que sus miradas no se volvían casi nunca hacia los hombres, a quienes trataba con una deferencia profesional aunque distante. Intuí también que la singularidad de Thérèse era más fácil de llevar, cosa que me ratificó mi madre:

-Sí, no es tan grave.

El primer verano, tras pasar algunos días en un hotel, decidimos alojarnos en un piso del bulevar Albert-I.

Pertenecía a una vieja dama a quien apodábamos entre nosotros general Dourakine: al haberse casado en su juventud con un ruso blanco de buena familia, tenía en efecto un nombre ruso, que sonaba de manera aristocrática y contrastaba con su aspecto de vieja dama del Midi francés en pantuflas. Al enviudar, había comprado un piso de grandes dimensiones, cuya parte mejor orientada alquilaba por meses. Disponíamos pues de dos dormitorios, un salón y un cuarto de baño para nosotros, mientras que ella se reservaba, naturalmente, su dormitorio y la cocina.

Pero ¿por qué mi madre, ajena a toda disciplina y en aquella época exenta de dificultades monetarias, había elegido compartir la vida con una desconocida tan cargante? Habida cuenta, además, de que el general tenía otras rarezas: un tic le deformaba cada dos o tres minutos la cara, acompañado de una sonora inspiración nasal (se la oía de lejos); tenía también una pasión obsesiva por los remedios naturales, especialmente por la fabricación artesanal de los yogures. Empleaba una técnica compleja y rigurosa que me explicaba doctamente: los fermentos que se guardan; la temperatura de la leche, primero caliente y luego tibia; un paño para cubrir los tarros, y el escrupuloso respeto de los plazos para una buena transformación.

El general Dourakine dedicaba todos los días al menos hora y media a la fabricación de los seis yogures que se comía a la mañana

siguiente.

A su veneración por los yogures se añadía su devoción por el ajo, que supuestamente habría de protegerla de todos los males. Y el olor intenso de tres o cuatro dientes de ajo pelados religiosamente se propagaba desde el amanecer por la cocina y el pasillo.

Las mañanas de verano en Antibes eran memorables. Nos vestíamos con premura y acordábamos el plan del día: Antibes, o el Cap, o Juan-les-Pins. Este último destino era mi preferido; tomábamos una carretera, entonces estrecha y bordeada de flores y árboles aromáticos, que atravesaba el istmo: el Chemin des Sables. Me invadía una sensación de felicidad y sosiego. En sandalias, a merced de nuestro antojo, a veces cantando, llegábamos a las playas ya bastante urbanizadas, pero todavía no escandalosas.

En una de esas playas fue donde oí, a mis espaldas, hablar a dos hombres de mi madre. Una expresión extraña resonó en el aire. Por prudencia, no se la repetí cuando salió del agua. Con un nudo en el estómago, tuve que aguardar hasta la noche para averiguar su sentido; a lo largo del día me repetía una y otra vez esa palabra extraña para no olvidarla.

Cuando llegó el momento, sentí tanto alivio que rompí a reír. Pues claro, *tanagra*, a pesar de su sonoridad agresiva, no significaba nada vergonzoso ni insultante. Mi madre era, claro que sí, una auténtica *tanagra*: más bien pequeña, perfectamente torneada, con fino talle y largas piernas. El azar había querido que esos hombres, al verla por primera vez, evocaran una estatuilla de mujer alejandrina que data de hace más de un milenio. Acertaron de lleno.

Hicimos también, gracias a mi insistente demanda, dos o tres peregrinaciones a Golfe-Juan. En un Dauphine amarillo, bonito coche redondeado que la *tanagra* conducía de mala gana, exasperada al ver cómo se afianzaba mi ridículo culto a Napoleón. Yo, que acostumbraba a aceptarlo todo sin rechistar, no me rendí y exigí que me llevaran al lugar donde el Emperador había desembarcado después de su exilio en la isla de Elba.

Me bajé del coche y adopté una pose interesante y concentrada en la cornisa de Golfe-Juan. Todo eso no era más que una pequeña película íntima carente de importancia: en realidad, si Bonaparte y sus campañas de Italia y de Egipto me fascinaban hasta el punto de dormir a veces con el retrato del joven general bajo la almohada, todo lo que siguió me interesaba mucho menos; con excepción de la batalla de Austerlitz, sobre la que podía rivalizar con cualquier otro fanático.

Hacia el mes de septiembre de ya no sé qué año, mi padre nos vino a buscar. Regresaba de un viaje de «negocios» por Italia y debía reunirse con nosotros en Génova algunos días después para coger el barco. Al escuchar una conversación entre mi madre y él, sentados en una terraza, quizá la de Thérèse, fue cuando descubrí que su francés, el nuestro, no lo hablábamos como era debido. No era el acento cantarín del Midi francés, propio de casi todos los demás clientes que se sentaban a las mesas. Tampoco el acento parisino que había aprendido a reconocer mientras jugaba en la playa. Era realmente diferente, muy articulado, sonoro, marcando las «erres» con exageración. A veces se mezclaban en las frases palabras griegas o italianas; otras, alguna expresión árabe. En este último caso, servía para subrayar una situación disparatada, un recuerdo gracioso.

¿Para qué molestarse en pensar tanto en Francia y entregarle el corazón si luego descuidamos la buena pronunciación de su lengua? Decidí que no volvería a hablar francés a la manera oriental. Al menos, yo no.

Milagrosamente, cuando se reanudaron las clases ese año, todo el mundo se percató de que mi acento francés era totalmente francés. Mis padres también, pero no dieron ninguna muestra de sorpresa.

Cada cierto tiempo me planteaba preguntas a propósito de esta lengua electiva. ¿Cuándo se había incorporado a mi familia? El abuelo de mi padre había nacido, al parecer, en Constantinopla y se había casado con una joven nacida en la otra orilla del Bósforo. ¿Cómo averiguar qué lengua hablaban entre ellos? Mi abuela materna, tan pelirroja y con la piel tan blanca, me decía que era española, nacida en Ceuta. Cuando le preguntaba si hablaba español, me respondía «un poco». Si insistía para saber qué lengua utilizaba con sus hermanos, respondía «francés», pero a regañadientes, apurada por cambiar de tema. Mi abuelo materno, muerto poco antes de mi nacimiento, había nacido en Bagdad de padre anglo-indio y de madre india: ¿hablaban inglés entre ellos? ¿Por qué y cuándo abandonaron su lengua?

Dos o tres veces, no fueron más que pesquisas abortadas. Carecía de los medios y la convicción necesarios para ampliarlas.

Una visita a los cementerios (había varios, todos contiguos, de cultos diferentes), con ocasión de la muerte de un tío, me hizo desistir de toda investigación. ¿Qué se podía esperar de una familia que incluso en sus propios monumentos funerarios hacía inscribir bajo sus floridos bajorrelieves elogios en varias lenguas? ¿Cuando Henry se convertía en Enrico o Harry, y Filippo se llamaba Phil, el mismo a quien Rosa, su adorada y desconsolada esposa, llamaba Fifí?

¡Ni que estuviéramos en un salón de té de la Belle Époque, cuando de una mesa a otra se saludaban las Nelly, Loulou, Domi, Fifi, Gaby, Fred, Peggy o Nini! Estos diminutivos anticuados e intercambiables seguían siendo otra forma más de ignorar las fronteras entre las lenguas y las nacionalidades. Aceptados en los documentos oficiales, acababan posteriormente, como una prolongación lógica, grabados en las estelas de mármol blanco del cementerio judío o católico u ortodoxo, o el -tan alejandrino- de los «librepensadores».

Estos recuerdos imperfectos, estas reconstrucciones de historias familiares de vagos contornos, estos relatos que no se contradecían pero tampoco concordaban, me alentaron en mi elección: tenía que ceñirme a un francés correcta y sobriamente hablado. Las otras lenguas no eran mi lengua materna.

A mí siempre me escolarizaron (esta palabra no se utilizaba) en el internado Nuestra Señora de Sión de Alejandría, de la calle de Abukir. Yo no era interna sino mediopensionista. Almorzaba en el colegio y un autobús rojo conducido por un ogro risueño tocado con un *tarbuch* me llevaba de vuelta a casa por la tarde.

Un inmenso jardín rodeaba un edificio alargado, de dos pisos, con arcadas y ventanas ojivales. Este jardín ocupa un importante lugar en mis recuerdos porque allí pasé incontables horas. Allí, en la parte más tupida y húmeda, se encontraban a veces camaleones. Me acuerdo de uno pequeño verde oscuro, con casco y garras cual animal prehistórico, que giraba los ojos a derecha e izquierda, y lanzaba su lengua a sacudidas, lento en sus movimientos como si estuviera un poco drogado.

Me paseaba sola y observaba las colonias de hormigas mientras esperaba a que acabase la hora de catecismo (que, para las alumnas musulmanas, se llamaba «la hora de moral»). Cada año estudiaban en mi clase unas veinte niñas cristianas de diferentes observancias y una decena de musulmanas pertenecientes a la burguesía acomodada egipcia. Cansada probablemente de esas exploraciones solitarias, hacia los nueve o diez años tomé la decisión de recibir el bautismo y me incorporé a esas lecciones, siempre administradas con tacto y sin autoritarismo, con el interés acrecentado de una neófita.

Las religiosas eran adorables, o en todo caso lo son en mi memoria. Desde el parvulario hasta el último año del bachillerato, al frente de una numerosa manada de chiquillas, pertenecientes a comunidades y familias muy diversas, esas monjas se las arreglaban para no perder un humor ecuánime y equitativo. Las bandas de honor y los premios de consolación se distribuían con tanta generosidad que no podían

provocar envidias. La madre superiora elegía a las profesoras con instinto certero. No guardo de ellas ninguna impresión desagradable.

Hacia los catorce años, gracias a una profesora no muy guapa aunque de profunda mirada, abordamos la literatura griega. Homero. Se había propuesto que leyéramos la *Ilíada* en clase. De buenas a primeras, nos explicó que este poema no relataba más que un episodio de la guerra de Troya, el de la cólera de Aquiles; lo recalcó bien: unidad de tiempo y lugar, ante las murallas de Troya durante unos cincuenta días. Dedicaríamos un cuaderno a los resúmenes de los cantos, el estudio de los personajes, los célebres epítetos (les concedía una gran importancia), los dioses y la mitología.

El primer canto me produjo una fuerte impresión: esa historia de Aquiles, que decide retirarse de la batalla porque Agamenón le había arrebatado a su esclava amada, me pareció muy audaz, sobre todo leída en voz alta ante una clase de adolescentes. Homero nos contaba así que un hombre podía volverse loco de dolor y de rabia porque un compañero de guerra obligaba a una mujer joven y bonita a abandonar su lecho. Aquiles, «llorando», invocaba en su ayuda a su madre y a los dioses, mientras la bella cautiva Briseida lo dejaba «de mala gana», arrastrada hacia la tienda de otro rey. Algo incómoda, sentí ganas de soltar una risita tonta, pero no me secundó nadie.

El segundo canto me dejó alucinada. Nuestra profesora nos había advertido claramente que no teníamos la obligación de leerlo entero: tenía fama de aburrido. Era una letanía de las fuerzas combatientes, habitualmente denominada «el catálogo de las naves». Lo releí entero por mi cuenta, por curiosidad y a pesar de sus consejos, porque se trataba de guerra y de barcos.

Aún hoy la belleza de esa enumeración de tribus, caudillos guerreros y localidades, a la que se añade siempre el número de naves que formaban parte de cada contingente, me deja anonadada. La fuerza que ese listado de nombres transmite a través de los siglos tiene, estoy segura, algo de milagroso. Por primera vez comprendí que la poesía podía decirlo todo. Que el arte tenía el deber de concederse todas las licencias. Ser nombrado por un poeta equivalía a un salvoconducto para la eternidad.

> *A los que poseían Argos y la amurallada Tirinto, Hermíone y Ásine, situadas en una profunda bahía, Trecén, Éyones y Epidauro, abundante de vides, y los jóvenes aqueos, poseedores de Egina y Masete; a éstos, por su parte, los acaudillaba Diomedes, bravo en el grito de la guerra, y Esténelo, el querido hijo del famoso Capaneo. Junto a éstos venía un tercero, Euríalo, mortal a un dios semejante, hijo de Mecisteo, el soberano Talayónida. Pero quien mandaba*

sobre todos era Diomedes, bravo en el grito de la guerra. A éstos los acompañaban ochenta negras naves.

Por su parte, Odiseo conducía a los magnánimos cefalenios, quienes poseían Ítaca y el frondoso Nérito; los que habitaban Crocilea y la abrupta Egílipe; los que tenían Zacinto y habitaban los alrededores de Samos; los que ocupaban el continente y poblaban la costa frente a las islas. A éstos mandaba Odiseo, comparable a Zeus en astucia. A éstos lo acompañaban doce naves de bermeja proa.

Y así seguido a lo largo de centenares de versos, como interminables créditos de una película, abigarrados y austeros a la vez. Con aplicación, tracé un cuadro esquemático de los contingentes, de sus mandos y las naves; puedo ver aún la cara de nuestra pobre profesora que no sabía qué pensar de este celo imprevisto.

La *Odisea*, estudiada detenidamente al año siguiente, no me produjo el mismo efecto. Su lectura apasionó y divirtió a toda la clase, pero el relato me pareció mucho más cercano al de las *Mil y una noches*, mucho más «oriental», con sus episodios pícaros y rocambolescos, Calipso y Nausícaa, el Cíclope y el regreso a Ítaca. Nada que ver con la fuerza de la *Ilíada*, que hablaba de la vida, la muerte, la amistad y el destino. Donde se decía que los vencedores no eran mejores que los vencidos, donde la naturaleza hacía notar su presencia y donde los animales compartían el destino de los hombres (cómo no emocionarse con el relato de los caballos de Patroclo llorando, al margen de la batalla, la muerte de su amo).

Los meses en que trabajamos la *Ilíada* son los únicos de los que guardo un recuerdo preciso, los únicos en que me sentí arrebatada por un fervor contagioso. Tres o cuatro de mis compañeras compartían la misma opinión que yo: intentamos algunas adaptaciones pseudoteatrales durante las horas de recreo en el jardín, y a veces intercambiábamos de broma algunas injurias homéricas, extraídas del poema, pero todo eso no tuvo mayor trascendencia.

Al fin y al cabo éramos niñas; empezaban a hacérmelo notar.

El momento fatídico en que «una niña se vuelve mujer», según la expresión gazmoña empleada por una de mis tías, ocurrió en el verano de mis catorce años, en Antibes. A pesar de que se me había prevenido vagamente, ese derrame de sangre me pareció una catástrofe más grave de lo que había imaginado.

¿Cómo soportar durante toda la vida semejante sujeción? En aquella época incluso se desaconsejaba el baño; toda la playa podía

adivinar el motivo que obligaba a la pequeña enfurruñada a quedarse sentada bajo la sombrilla. A la rabia se añadía la vergüenza. Por mucho que me repitiera que a todas las mujeres les pasaba lo mismo, que había que aceptarlo, si no con orgullo, al menos con fatalismo, me sentía francamente furiosa.

Había tanta contradicción entre mis gustos, mis ensoñaciones y estas restricciones que experimentaba un sentimiento de rebeldía.

Sorprendentemente, el único que, a su manera, intentó consolarme fue mi padre. Este hombre dulce y recatado, de ojos azules, no muy alto pero elegante, me acarició la mano en silencio. Con prudencia, evitó las expresiones que empleaba habitualmente ante sus amigos para referirse a mí:

-Es un chico fallido pero será una mujer muy exitosa.

O bien:

-Tengo la seguridad de que siempre se las apañará.

Organizó una salida en barca exclusivamente para nosotros dos, tras la puesta de sol, para ir a pescar con lámpara pulpos y calamares. Con los pies descalzos, en short y un jersey azul marino, en la humedad de la noche, sentí un impulso de gratitud hacia él.

La primavera y el verano de 1956 estuvieron marcados por una tensión difusa. Durante los disturbios de 1952 se habían producido los episodios atroces de la quema de hoteles en El Cairo; luego la vida cotidiana volvió a ser poco más o menos como antes. Pero todo el mundo, y no solamente los adultos, se dio cuenta de que algo iba a suceder. Ese año, entre enero y febrero, familias enteras comenzaron a hacer sus maletas. No sería yo la única en abandonar el colegio antes de finalizar el tercer trimestre. Se oían frases estúpidas o presuntuosas:

-Sí, nos vamos a Australia, pero vendréis a vernos en vacaciones.

-Nosotros, a Canadá, parece que es muy bonito.

Marguerite Azzoppardi se iba a Malta, Pierrette Zaccour a Beirut, Marlène Andrawos a Zúrich, las hermanas Haneuse a Marsella, las Benachi a Atenas, las Pinto a Nueva York o a Milán en su mayoría, las Naggar a Nueva York, Cléa Badaro a Creta, las tres hermanas de mi madre a Australia (hazaña suplementaria: a tres ciudades distintas), las Terni a Roma y mi querido primo a Hong Kong.

Mi madre decidió que ya veríamos en otoño, pero que de momento era preferible marchar de vacaciones a Roma. Ese plan se avenía perfectamente con la exposición prevista para mayo y sería beneficioso también para mi italiano (muy básico: sólo lo hablábamos

con Gioconda, llegada del Friuli para el servicio doméstico, semianalfabeta y metida siempre en la iglesia).

He olvidado decir que la *tanagra* de mi madre se había convertido en una reputada artista. Sus esculturas y sus dibujos se exponían y se vendían en la Galería Breteau de París, y representaba a Egipto en las Bienales de Venecia. En las críticas, la mayoría muy elogiosas, se comparaba su talento al de Zadkine o Germaine Richier. Tenía un trazo vigoroso; sus desnudos femeninos y masculinos eran audaces y traslucían un humor mordaz. Conservo un par de bronces que resisten muy bien los sesenta años transcurridos, y cientos de dibujos, retratos y desnudos que manifiestan un profundo conocimiento del cuerpo humano y una mirada osada y certera.

La travesía del Mediterráneo de la primavera de 1956 fue muy excitante. Se me hizo partícipe de un secreto: las dos íbamos a desafiar las leyes y a los aduaneros. El rostro de mi padre, a quien dejamos al pie del portalón para embarcar a bordo del *Esperia*, mostraba todos los signos de la inquietud y el disgusto. A mí me pareció que mi madre, al abrir sus maletas antes de que se lo pidieran y sonreír como una atractiva pasajera ya de vacaciones, se excedía en la despreocupación coqueta. Para compensar, yo me atuve al papel de la adolescente circunspecta.

Llevaba encima, ocultos en el forro de una chaqueta a rayas, tres sobres repletos de libras egipcias. Mi madre había repartido los suyos, más numerosos, en escondrijos cuidadosamente elegidos. No era la primera vez que notaba (habría de comprobarlo muchas otras veces en el curso de los años siguientes) hasta qué punto las transgresiones de la ley, de los reglamentos internos de los establecimientos y de los usos bancarios o postales la seducían y la ponían de un buen humor duradero y contagioso.

La inspección de los aduaneros del puerto, agotados y bonachones, por lo demás, se llevó a cabo sin percances. Yo pensaba en la preocupación de mi padre: intenté dirigirle una señal de victoria desde lo alto de la cubierta. Demasiado tarde: ya se había marchado.

Esa suma de dinero, importante pero cuyo valor para nosotros era forzosamente fluctuante e impreciso, debía servir para la compra de un piso en Roma, donde probablemente aterrizaríamos el día en que abandonáramos Alejandría para siempre. ¿Por qué Roma? Para mi madre, era evidente: a causa de nuestro pasaporte italiano y de las relaciones de negocios de mi padre. Que nuestro italiano fuera completamente rudimentario, que hubiera que encontrar una solución para mis estudios interrumpidos y que careciésemos de conocidos en Roma: todas esas objeciones estaban fuera de lugar. La exposición provocaría interés, tendríamos ocasión de conocer gente; en cuanto al

colegio, sólo habría que informarse: seguro que había monjas de Nuestra Señora de Sión en algún lado.

La travesía fue muy hermosa. Era en segunda clase, mucho menos confortable que la primera: se eligió probablemente para que, al viajar entre los pasajeros menos pudientes, no despertáramos sospechas de evadir divisas… Oíamos el golpeteo de las máquinas. Ese ruido, que ya no se percibe en los barcos actuales, me recordaba el ritmo regular de un gran corazón, tan tranquilizador para mí, que acompasaba el tiempo.

En Roma, ocupamos una habitación en la Pensione Pinciana, en la parte más alta de la vía Veneto. Ya nos habíamos alojado allí cuando era niña. Con sólo cruzar dos calles, desembocábamos en el parque del Pincio. Y bastaba con bajar tomando la acera de la derecha para que viéramos desplegarse a nuestros pies la vía Veneto en todo su esplendor, amplia, ondulante, tan animada. La ciudad nadaba en la ingenua efervescencia de la posguerra. Era la capital del cine, era la capital de los norteamericanos liberadores. Vía Veneto se había habituado a las aglomeraciones festivas alrededor de Cadillacs dorados o de estrellas maquilladas como ídolos paganos que, entre una avalancha de admiradores, salían a cenar en una terraza con vistas a las ruinas.

Vacaciones en Roma, con Audrey Hepburn y Gregory Peck, enteramente rodada en Roma, había sido un taquillazo dos años antes y había contribuido a cauterizar las heridas al amor propio de una ciudad humillada por la ocupación alemana. La ciudad entera se había enamorado de ambos actores. Pero las chicas que recorrían las calles no eran del tipo de Audrey Hepburn. El éxito de las dos rivales, Gina Lollobrigida y Sophia Loren, que encadenaban una película tras otra, había dejado su huella en la moda, las costumbres, la ciudad y el país entero. Las chicas habían aprendido a lanzar oblicuas miradas negras y aterciopeladas como Gina, y llevaban enaguas que se alzaban sobre sus bellas piernas finas y musculadas como Sophia. En cuanto a los chicos, Vittorio De Sica era su modelo: un macho sentimental de dientes resplandecientes.

La presencia constante de sacerdotes y monjas que deambulaban en grupo por las calles del centro no atenuaba, sino al contrario, una atmósfera muy especial. Por muy poco al corriente que estuviera en las cosas del sexo, yo era, como suelen serlo los hijos únicos, bastante observadora. Sentía la ciudad entera invadida por un impulso de sensualidad. Y la densidad de Ginas y de Sophias con vestidos escotados, sonrientes y provocativas, creaba un ambiente que, sin dejar de ser cándido, yo encontraba, sobre todo al acabar el día, a la clara luz del ocaso, especialmente caldeado.

Todavía hoy Roma conserva el parecido con los cuadros que le

pintó Corot; es incluso una de las escasas capitales cuyas calles y plazas se reconocen sin dificultad en las salas de los museos consagradas a los paisajistas del siglo XIX. El color rosa amarillento de los muros de Corot era el mismo que impregnaba la ciudad aquel año. Y la agitación de las vespas no perturbaba su gran belleza.

En aquel mes de mayo los intelectuales ocupaban todas las mesas de los dos cafés situados uno frente a otro en la Piazza del Popolo. A partir del cappuccino de la mañana hasta la hora de la cena, las conversaciones discurrían a buen ritmo: sobre el comunismo (tema de cháchara acompañadas por gestos ampulosos), el arte poético o cinematográfico… y los divorcios.

En lo referente al comunismo, una esperanza teñida de mala fe empapaba las conversaciones. Nuestros amigos esperaban, ante una copa de Campari, que la instauración del comunismo en Europa trajera consigo una justicia universal. Todos los participantes en dichas discusiones tenían su carnet del Partido. Únicamente Elsa Morante, me contó mi madre, había pasado una noche y se había burlado de los controversistas: «¡Vuestro Stalin no es mejor que Hitler!» No se había sentado y se volvió a marchar con su aire huraño e indignado.

El cine y su apabullante creatividad ocupaban otra parte de las conversaciones, y en el centro de éstas se encontraba la persona de Fellini. Genio para la mayoría, y medio genio para los demás, que le ponían algunos bemoles. Yo había visto *La Strada*, y lloré a lágrima viva. Más adelante vería *La dolce vita*, y la película confirmaría, con mucha gesticulación, la exactitud de mi intuición sobre el despertar sensual y sexual de esa ciudad que había atravesado durante los años del fascismo pequeñoburgués una especie de somnolencia forzada y contra natura.

La obsesión por el divorcio, por su parte, era chocante. Como el Código Civil no lo reconocía, los romanos pudientes se divorciaban a su manera: desde el minúsculo observatorio de que disponía, mi sensación era que mucha de la gente que conocíamos dedicaba media jornada a las gestiones para conseguir que la Sacra Rota (el tribunal del Vaticano encargado de este tipo de asuntos) certificara un matrimonio no consumado o su nulidad por vicios de consentimiento. Nadie parecía extrañarse en exceso por esos padres de tres hijos que declaraban ser impotentes desde su pubertad, o por esas mujeres dispuestas a declarar que sus propias familias las habían amenazado de muerte antes de conducirlas con un vestido blanco de cola al altar.

Las peripecias relacionadas con la compra de nuestra vivienda resultaron bastante complicadas, pero pueden resumirse así: el dinero

que habíamos traído tan brillantemente a Europa no bastaba para comprar un piso en el centro de Roma, y a ser posible con terraza, tal como habíamos imaginado. Tampoco llegaba para comprar un piso en los barrios burgueses, como Parioli, adonde se mudaba la nueva burguesía de los *palazzinari* (los constructores de *palazzine*, los pequeños inmuebles que florecían como champiñones) y de los *cinematografari* (los trabajadores de todos los niveles de la boyante industria cinematográfica).

Uno de los *palazzinari* fue quien localizó el piso acorde con la suma que poseíamos: tres habitaciones muy nuevas, con un gran cuarto de baño y una cocina, en un edificio que acababa de construirse. Estaba situado en viale Adriatico, en la otra orilla del Aniene, el pequeño afluente del Tíber, al extremo de vía Nomentana. No me atrevo a calificar ese barrio, entonces en plena construcción, como suburbio, porque el término ha adquirido desde entonces una connotación muy diferente a la que le correspondía en aquel momento. Era, según se mire, el final de la ciudad o su comienzo, digamos: el lindero. Nuestra calle, que comenzaba cerca del puente del Aniene, recién pavimentada y dignamente calificada de avenida, acababa su recorrido en los prados en mal estado de una árida colina donde por la mañana temprano rebaños de cabras hacían sonar sus esquilas. Como todo es relativo, los jóvenes pastores que cuidaban sus rebaños se quedaban pasmados, con la boca abierta, llenos de admiración y envidia ante la belleza de nuestra flamante casita con balcones pintados de azul.

No tardamos en instalarnos. Algunos días después, surgida de no sé dónde, llegó Gioconda para tomar posesión de un sofá cama plegable en la sala de estar y empezar a velar por nosotros, con su ojo izquierdo entornado, como si todo fuera lo más natural del mundo.

Nos quería. Ya no sé dónde ni cómo la había encontrado mi madre año y medio antes, ni por qué le había pagado sin dudarlo el viaje a Alejandría y, algunos meses más tarde, el regreso a Italia. Querida Gioconda, tan cándida, que desembarcó un día en una gran ciudad de Oriente Medio cuya misma existencia ignoraba. Con la bondad de los inocentes (de niña, se había caído de un avellano, de cabeza, por lo que entendimos), Mohammed y las personas que trabajaban en la casa la aceptaron sin problemas. En cuanto a nuestra corte de mendigos, sería poco decir que Gioconda estaba entusiasmada; era como si se creyera devuelta milagrosamente a los relatos evangélicos escuchados en las misas diarias a las que asistía. Un día mi padre tuvo una discusión con ella al respecto. Intentaba hacerle comprender que, desde luego, tenía todo el permiso para abrazar a los mendigos si ellos así lo deseaban, pero que no eran leprosos, que la lepra ya había sido erradicada de Egipto.

Cuando se instaló en viale Adriatico, la perspectiva de hacer una excursión al Vaticano, y quizá incluso de ver al Papa, la ponía radiante; sin pérdida de tiempo, puso en orden nuestros asuntos, se encargó de la intendencia e hizo que mi madre pudiera ocuparse de su exposición.

La inauguración fue todo un éxito. Pericle Fazzini, escultor de moda a quien habíamos conocido en la Bienal de Venecia, con un estudio muy frecuentado detrás de vía del Babuino, había convocado a bastante gente, y proclamaba a diestro y siniestro que mi madre estaba dotada de un enorme talento. De un natural generoso e inquieto, e intrigado por la pareja madrehija que formábamos, nos obsequió con sus recomendaciones sobre multitud de asuntos prácticos. Sus gruesas manos acompañaban los consejos más solícitos con amenazantes aspavientos. Gracias a él, nuestra vida se simplificó, y frecuentábamos los restaurantes, las tiendas y los lugares que había elegido para nosotras. Nos describía a sus conciudadanos como grandes estafadores y grandes bribones: en este caso sus advertencias también nos fueron útiles, al menos a mí, ya que mi madre daba la impresión de dejarse guiar más bien, como acostumbraba, por su buena estrella.

Creo recordar que la mayoría de las esculturas y todos los dibujos expuestos se vendieron durante los quince días de la exposición. La mitad del dinero ganado se depositó en un banco, recomendado también por Fazzini, en una cuenta abierta a nombre de las dos (como yo era menor de edad, era un gesto sin trascendencia, pero me emocionó); le dieron otra parte a Gioconda, que la guardó debajo de su cama, y la última parte sirvió para comprar un encantador Fiat Seicento verde oliva, que utilizábamos para explorar los alrededores, especialmente las playas.

Fregene y Ostia, muy diferentes una de otra, eran por aquella época las más concurridas, y nosotras las frecuentábamos alternativamente.

Popular y ruidosa, Ostia, cuya actividad principal, más que el baño, consistía en grandes banquetes al aire libre, me permitió descubrir las costumbres familiares italianas de la época, con madres ocupadas en llamar a sus hijos sin descanso. Una melopea se elevaba de las tumbonas, interrumpida cada tanto por chillidos.

Fregene era menos concurrida, y de un modo más selecto; la perfumaba una espléndida pineda, y a su sombra, después del baño, jugábamos al *tamburello*. Durante la semana, había sobre todo elegantes abuelas que vigilaban y atormentaban a los niños mucho menos que en Ostia. Una de ellas nos contó sus problemas de dinero:

había decidido ayudar a su hijo a «divorciarse» (decididamente…) y los abogados costaban muy caros. Los procedimientos de anulación matrimonial eran largos, pero en el caso de su hijo habían resultado providenciales, un auténtico don del Señor: no se casó con la joven por la que había decidido emprender esa carrera de obstáculos, sino que, al cabo de tres años, lo hizo con otra que era mucho más del gusto de su suegra. Aún la estoy oyendo decir con una cómica seriedad:

-*Questa è molto più carina*. Ésta es mucho más guapa.

Deduje que las madres romanas, en connivencia con el buen Dios, tenían predisposición a ocuparse de todo lo concerniente a sus hijos, incluidos divorcio y segundas nupcias.

Al caer la tarde, regresábamos a Roma por una carretera muy congestionada; el agua del radiador se recalentaba a menudo, pero yo sabía cómo solucionarlo: arrimábamos el coche a un lado, me bajaba, abría el maletero, añadía agua con experta desenvoltura, aguardábamos diez minutos y luego partíamos de nuevo hacia la ciudad.

En resumidas cuentas, nuestras propias «vacaciones en Roma» habían transcurrido muy bien. Todo estaba preparado ahora para emprender una nueva vida.

Las noticias de Egipto no eran buenas.

El 26 de julio de 1956, Nasser pronunció en Alejandría un gran discurso fundador que proclamaba la nacionalización del Canal de Suez.

Ese día, ante una muchedumbre exaltada, desplegó su programa de emancipación de toda influencia occidental y de acercamiento a la Unión Soviética.

Ese día se presentó como líder del mundo árabe.

Ese día concluyó de manera oficial la anomalía, tan endeble, constituida por la sociedad cosmopolita alejandrina: «Cuando pudimos con los cómplices del imperialismo, el ocupante comprendió que no podía permanecer en una tierra donde estaría rodeado de enemigos… ¿Quién os convirtió en nuestros tutores? ¿Quién os pidió que os ocuparais de nuestros asuntos?»

Nuestra salida se anticipó por poco a ese momento.

Un puñado de días antes, alarmadas por lo que mi padre dejaba entrever en cartas de tono prudente pero apesadumbrado, nos

volvimos a embarcar en Nápoles. Le avisamos por telegrama, y tres noches después nos esperaba en el muelle, agobiado por el calor, la humedad y la angustia. La compañía de la que era socio hacía frente a un sinnúmero de dificultades, la atmósfera se había envenenado; había habido denuncias, acusaciones de corrupción, detenciones; el incremento de hostilidad hacia los extranjeros, sus negocios y sus protegidos era palpable.

-Todo puede arder en poco tiempo, como una caja de cerillas.

Repitió dos veces «una caja de cerillas».

En casa, sólo nos esperaba Mohammed. Todos los demás, incluso los mendigos, se habían evaporado. Creo que mi padre, para evitarles problemas, los había alejado y había recolocado a algunos. También compró tres billetes para una salida de fin de semana. No demasiadas maletas, nos recomendó, no debíamos dar la impresión de que abandonábamos definitivamente el país; nos acarrearía molestias y, además, era peligroso. Hicimos rápido las maletas. En silencio.

La mañana de la partida, Mohammed, habitualmente tan poco hablador, vino a sentarse a mi habitación. Me contó episodios de mi primera infancia; quería que me llevase un poco de lo que habíamos vivido juntos, él y yo. Me habló del pavo que nos había obsequiado para el Domingo de Pascua del año en que mi padre volvió del Delta tras la guerra; ese pavo enorme que brincaba por la trascocina y me dio tanto miedo; yo había gritado: «¡Mohammed, socorro, un dragón, un dragón!», corriendo a sus brazos. Me contó la cólera de mis padres cuando se enteraron de que alguien había picado perejil con una medialuna muy cortante sobre un icono bizantino del siglo XVIII. Y cuando me negué a subir al autobús sin él, el primer día de escuela, y tuvo que acompañarme, muy orgulloso, a Nuestra Señora de Sión. Y cuando un policía subió y llamó a nuestro piso porque habían visto a una niñita valerse durante toda la tarde de una pistola de agua para regar a los transeúntes; él le había dicho al policía: «Pues claro que hay una niña aquí: mire qué lista es, se pasa el día leyendo.» Y cuando mi abuela me comparó con una rosa, y él le dijo: «¡Qué va, Nonnitza, es una niña de aquí, es un jazmín de Egipto!»

Y cuando nuestra perra parió en la alacena de las escobas siete lindos perritos cruzados, húmedos y atolondrados, y la nana de servicio puso cara de asco… Por lo demás, rezongó, nunca se ha sabido muy bien para qué sirven las niñeras…

Pero se recreó sobre todo en su historia favorita, la de mi difteria. Yo tenía cinco años. Me volvió a hablar de las noches de fiebre, de delirio; me repitió que había tomado la decisión de acostarse esas noches atravesado ante mi puerta para poder entrar en caso de que me ahogara; y a la mañana siguiente, cuando el asno empezaba a rebuznar al extremo de la calle, me decía: «¡Despierta, despierta, te

está llamando tu hermanito!» Y sólo el día en que, finalmente, al oír los rebuznos de mi hermano el asno, me eché a reír en mi lecho de enferma, sólo ese día se dio cuenta de que estaba ya curada.

Luego besó la palma de mi mano. «Que Dios te proteja.»

Un coche nos llevó hasta el puerto.

Fue nuestra última travesía. Yo habría de poner nuevamente los pies en Egipto algunas décadas más tarde. Pero ellos, el dulce «italiano» rubio de ojos azules y la bella «anglo-india» morena de ojos muy negros, jamás volverían a ver su país.

Tengo la certeza de que lo sabían: ninguna ilusión de retorno o de reanudación pasaba por sus cabezas. No se habían llevado casi nada de su vida anterior, las tres maletas estaban atiborradas de objetos sin valor, elegidos con el personalísimo sentido de las prioridades de mi madre.

El segundo día, en alta mar, mi padre nos anunció que, en efecto, había encontrado un trabajo en Italia, entre los contactos de uno de sus empleados de Alejandría. Estaba bien, nos dijo; podía empezar inmediatamente, aun estando a comienzos de julio. Era en Milán.

Hubo un pequeño silencio. No sabíamos muy bien dónde quedaba Milán. Al norte, ¿verdad? ¿Y el piso de viale Adriatico en Roma?

Un vago suspiro:

-Seguro que es una buena inversión.

¡Una buena inversión! Ni siquiera el encantador y pícaro *palazzinaro* que nos lo había vendido se habría atrevido a calificarlo así. Una buena inversión el piso en la *palazzina* que, de momento, daba a la colina y los rebaños de cabras, pero que a poco tardar iba a verse rodeado por otros pequeños edificios construidos deprisa y corriendo. Mi padre tenía que intentar tranquilizarnos…

Incluso durante las travesías estivales, las más tranquilas, el mar Egeo podía mostrarse agitado. A mi padre y a mí nos gustaba eso: mirábamos sin cansarnos cómo se formaban las olas, cómo la espuma blanqueaba el mar. En una tumbona de madera, humedecida por las salpicaduras pues era por la mañana, fue donde me regaló su ejemplar en inglés de *Los siete pilares de la sabiduría*. Un libro grueso, encuadernado en tela azul claro, publicado por Jonathan Cape, edición revisada de 1955: sigue estando en mi biblioteca.

Comencé a leerlo el último día de navegación. Qué tono tan extraño para un escritor inglés: la elección enfática de los adjetivos, la fuerza de las imágenes, las alusiones a la pequeña y la gran historia, la

precisión relativa a los paisajes, el viento, los uadis, los suelos arenosos o de pedregal, las zarzas espinosas o las acacias. Y aún más: el tono misterioso que teñía los diálogos indirectos, el poema exaltado que sirve de obertura, la minuciosa descripción de armas y explosivos, y la extraordinaria foto de la entrada en Damasco, con las cabezas de los caballos, hocico contra hocico, en el desorden y el polvo. Sentía que ese libro era memorable; narraba una idea, un sueño, y ese sueño se había hecho trizas. Era el relato de un amor insensato por una tierra que no era la del autor. Era también una historia que no era la de la nación a la que pertenecía el escritor-soldado. Lawrence estaba tan poco legitimado para negociar en nombre de su propio gobierno como para acaudillar tribus rebeldes contra el imperio otomano. Había elegido tener dos maestros: Allenby y la corona británica, por un lado, y Feisal y las tribus árabes por otro. Un equilibrio insostenible, una existencia consagrada al esfuerzo extremo.

No ignoro cuántos elementos enturbian hoy su imagen: la homosexualidad, el supuesto papel como agente de los servicios secretos, el deseo de expiación, la vergüenza, la muerte extraña. Todo eso lo contó algunos años después una película muy sensacionalista, que hizo que su figura se volviera popular y un tanto estereotipada, demasiado psicoanalizada y en ocasiones kitsch. Pero aquel día en el mar creí comprender el meollo de esa historia. Un soldado, con no muchos galones y poco sumiso a la disciplina militar, que amaba la arqueología y temblaba de emoción al trazar la topografía de los castillos de Oriente, había intentado remodelar una parte del mundo. Y de paso inventarse un gran destino: «La historia no es la del movimiento árabe, sino la de mí mismo dentro de él. Es un relato de hechos cotidianos, de sucesos menores y gente humilde… una narración llena de cosas triviales… y del placer que me ha producido evocar la camaradería y la rebelión. Todos estábamos llenos de amor, gracias al impulso de los espacios abiertos, al gusto por los fuertes vientos, el sol y las esperanzas. El frescor matinal del mundo que había de nacer nos embriagaba. Nos espoleaban ideas inexpresables y vaporosas, pero por las que valía la pena luchar. Muchas vidas vivimos en el torbellino de aquellas campañas, sin reservarnos nunca.»

Me pareció que, en el fondo, no había diferencia con la acción del Bonaparte de las campañas de Egipto y de Italia. Salvo una: había pasado casi un siglo entre las dos, y probablemente el XX ya no dejara lugar para las epopeyas individuales.

Pensaba en mí y me entristecía: ¿qué podía hacer ahora? Soy perfectamente consciente de que esta identificación es algo ridícula y está muy fuera de lugar. Pero todo el mundo tiene derecho a identificarse con un sueño; eso ocupa el tiempo de los intersticios, tan

difícil de definir, aquel en que se cree que muchas cosas son todavía posibles. Los períodos de ruptura, al producir la ilusión de que desdicha y felicidad, suerte e infortunio se barajan como cartas y de que tal vez el juego vaya a abrirse, nos alejan de la realidad y nos precipitan hacia «ideas inexpresables y vaporosas».

Lawrence embargó hasta tal punto mi mente al final de ese viaje bisagra, que ya no me acuerdo de lo que pasó entre la entrada al puerto de Génova y la llegada a Milán, a un hotel detrás del Duomo que se llamaba Albergo Rosa.

Por supuesto, no era más que una etapa antes de encontrar un piso de alquiler, aunque fue una etapa bastante dura. La habitación era pequeña para tres, no podíamos deshacer las maletas; el propietario había instalado un sistema ingenioso para que sus clientes no despilfarraran electricidad: cuando se encendía la luz central, la lámpara de la cabecera se apagaba, y cuando se encendía la lámpara de la cabecera, la luz central se apagaba. Era fastidioso: en pleno mes de agosto la única ventana daba sobre un pequeño patio interior, cobijo de horribles palomas, y había muy poca luz.

Paralizadas por un apocamiento apático, solas durante el día cuando mi padre nos dejaba por su nuevo trabajo, mi madre y yo no sabíamos qué hacer. Milán siempre ha sido un infierno de humedad en pleno verano; sin embargo, habríamos debido ponernos en movimiento, buscar una vivienda.

Los primeros días salíamos poco de nuestro antro. Yo seguía leyendo *Los siete pilares*. El esteticismo de las descripciones no me cansaba en absoluto. Me decía que yo también había visto el alba violeta sobre el desierto, que conocía el silencio mineral de los paisajes pétreos, el ruido del viento en los grandes espacios y la complicada maniobra de los camellos y dromedarios al echarse para descansar. «… los camellos, mirando hacia abajo, tanteaban el suelo para encontrar un lugar blando; luego, el golpe sordo, apagado, y la repentina exhalación, cuando se dejaban caer sobre sus rodillas…»

El arranque vino de mi madre.

Una mañana desplegó sobre la cama el plano de la ciudad donde tendríamos que vivir a partir de entonces. Deslizó su anillo con un rubí cuadrado, su única joya, en un cordoncito.

-Verás, el péndulo nos va a decir dónde está nuestro nuevo piso.

El péndulo permaneció inmóvil en el centro, arriba, a la derecha, abajo, y se movió un poco hacia la izquierda. Luego el movimiento se acentuó, festivamente. Con un trazo de lápiz triunfante rodeó un sector del plano, tres o cuatro calles.

-Lo hemos encontrado. ¡Vamos allá!

Para mi estupefacción, la búsqueda del piso concluyó ese mismo día; gracias al péndulo, podíamos mudarnos la semana siguiente.

Esta pirueta de bruja valiente, esta bravata insolente y desesperada pusieron simbólicamente fin a una época de la vida de mi madre y de la mía.

AL FINAL DE LA MAÑANA

Extensión del desastre.

Enorme.

Nadie estaba allí para escucharnos, juzgar o animar, pero si tuviéramos que explicar nuestro caso a un tercero y pedirle consejo, antes que nada habríamos tenido que presentarnos. Esto es lo que habríamos podido decir sobre la pequeña familia recién llegada a Milán:

El padre. Cincuenta años. Sin religión. Ex gerente de una sociedad familiar de importación-exportación. Hombre de negocios arruinado. Habla y escribe cuatro lenguas (francés, italiano, inglés y árabe). Experto en la Bolsa del Algodón de Alejandría. *Scratch* durante varios años en los torneos homologados de golf (lo que quiere decir «con hándicap 0» y, por tanto, campeón internacional). Cinco años consecutivos campeón de Egipto de regatas de dinghy de 12 pies (pequeño velero con casco de madera, muy rápido y elegante). Muy buen pescador de peces grandes.

La madre. Cuarenta y un años. Sin religión. Escultora bastante conocida en Europa, un «valor en alza». Habla y escribe francés; otras lenguas habladas: griego e italiano. Muy buena nadadora; excelente estilo espalda. Gran capacidad y resistencia para conducir vehículos todoterreno.

La hija. Diecisiete años y medio. Católica. Estudios interrumpidos un año antes de acabar el bachillerato. Habla y escribe francés y árabe; otras lenguas habladas: italiano, inglés y griego. Lectora omnívora. Buena nadadora. Conocimientos y pasiones poco corrientes en una jovencita. Calificada como «espabilada» por sus padres.

Cuando un grupo de animales o humanos se desplaza, las capacidades de adaptación de estos recién llegados a un hábitat son muy importantes para el éxito de su integración; pero además deben conocer las expectativas de este nuevo medio. En este terreno,

carecíamos de información, nos encontrábamos realmente inermes. No conocíamos la ciudad, ni los códigos, ni a nadie. Aquello que en nuestra vida anterior surtía efecto en el entorno no servía ahora ya de mucho.

Apenas había posibilidades de que mis padres exhibieran sus logros. Pero, de todos modos, si lo hubieran intentado ante conocidos ocasionales con el fin de levantarse el ánimo, sus palabras se habrían malinterpretado o ridiculizado. Tan difíciles eran de explicar sus orígenes: de haber intentado decir de dónde venían y por qué, habrían suscitado estupor, distanciamiento y un poco de compasión.

Más valía asumir la realidad: estábamos poco adaptados a una ciudad alejada de la orilla del mar y de clima continental; bastante austera, en aquella época se había apiñado bajo el estandarte del trabajo, el dinero y los valores familiares tradicionales.

Es una regla universal: la más dotada se revelaba la más frágil. Mi madre, que habría podido conducir un jeep en las montañas de Afganistán, era incapaz de hacer la compra adecuadamente. Las primeras semanas, la hora de las comidas fue para ella (y para nosotros) una prueba inédita. Muy pronto comprendimos que el motivo por el cual las comidas fueran siempre frías -pícnics organizados, pese a todo, con originalidad- era que mi madre no sabía utilizar la cocina. Del mismo modo que algunos analfabetos intentan disimular su ignorancia, ella no quería confesar que la sucesión de gestos que permiten encender el fuego bajo una cacerola le era totalmente extraña. Esperaba que uno de nosotros lo hiciera.

-Ah, sí, habría podido recalentar..., qué buena idea.

Un día, con prudencia, la llevé aparte y le expliqué cómo había que hacerlo, mostrándoselo dos o tres veces; esa noche no dijo nada, pero se fue a acostar muy temprano. Fue quizá a partir de ese episodio cuando desconectó.

Septiembre, el mes de la matriculación en el colegio, había comenzado. Tenía que hacer algo. Había un instituto a cien metros de casa e intenté obtener una cita. Los trámites de una muchacha sin título, sin certificados y, de momento, sin permiso de residencia le parecieron incomprensibles a la joven secretaria, la única que estaba en la oficina a finales de verano. Mostró incluso alguna prisa por retomar sus ocupaciones y me aconsejó volver dentro de dos semanas, si es que efectivamente insistía en ver a alguien; entonces ya estaría la directora.

Salí un poco aturdida; en el fondo, no se equivocaba. Pero había que actuar rápido. Santa Maria delle Grazie es la iglesia más bella de Milán: fue allí donde un sacerdote a punto de acomodarse en el confesionario me dijo que, por lo que él sabía, no había un colegio de Nuestra Señora de Sión en Italia, pero que las hermanas Marcelinas tenían un excelente instituto para chicas y que no estaba muy lejos.

Guardo un verdadero cariño por la persona que me atendió, una novicia con acento extranjero. Supe después que era argentina de origen y que sólo estaba allí por seis meses, en el marco de un intercambio entre institutos. Me escuchó. Yo había aprendido a concentrar mis fuerzas. Intenté explicar simplemente. No mentí acerca de mis inmensas lagunas (nunca había escrito ni una línea en italiano); dije de entrada que no tenía conmigo las notas del año porque me había marchado antes de que acabaran las clases; mentí únicamente a propósito de mis padres: «sí, son católicos», y añadí para dar más verosimilitud: «no practicantes». Llamó a la madre superiora, le contó mi caso en mi presencia.

¿Acaso son propicios los conventos a la rápida toma de decisiones? ¿Acaso el hecho de estar poco más o menos unidos a Dios conlleva un desprecio de la burocracia? ¿O es que sencillamente había despertado compasión?

Se ausentaron diez minutos y luego volvieron con su veredicto en la mano a la pequeña sala toda de blanco donde yo temblaba de angustia. Podía inscribirme; tenía que repetir curso, y no sería evaluada en el primer trimestre. La hermana Gisella me haría trabajar dos horas todas las tardes para intentar ponerme al día. Con una única condición: querían ver a mis padres.

Cuando salí, el sol, que se filtraba a través de las pequeñas nubes redondeadas que recorrían el cielo, formaba manchas en la plaza.

Y otra vez me acordé de Homero; dos años antes, nuestra profesora había analizado en clase tan minuciosamente sus comparaciones que yo podía hacer con ellas un pastiche sin dificultad. Era como un juego y no me privé de hacerlo. Por su construcción extensible y su acumulación de imágenes ingenuas y coloristas, me entretenían y me permitían reconquistar cierto equilibrio.

Por qué no en esa ocasión:

> «*Pero cuando la estrella de la mañana se alzó para anunciar su luz sobre la faz de la tierra y, por detrás, la Aurora, de peplo de azafrán, se extendió sobre las aguas, en ese momento la pira se fue apagando y su llama cesó. Entonces los vientos emprendieron el camino de regreso a su hogar por el mar de Tracia, que rugía al encresparse lleno de furia.*»

Homero o no, había superado una primera etapa.

Hay un pasaje de *La cartuja de Parma* que me encanta. Gina da consejos a Fabrice, y le transmite fielmente las ideas del conde Mosca, como viático antes de su marcha a la Academia eclesiástica de Nápoles (leí la novela algunos días antes del comienzo de las clases en las Marcelinas, algunos días antes de cumplir mis dieciocho años). Es un epítome de la visión stendhaliana, un precipitado de juventud, rapidez y amoralidad.

Podría ser un buen comienzo para un tratado de supervivencia:

«… el conde, que conoce bien la Italia actual, me ha encargado que te diga algo. Cree, o no creas, lo que te enseñan, pero no les lleves la contraria nunca. Imagínate que te enseñan las reglas del whist; ¿harías objeciones a esas reglas del whist?» Y más adelante: «La segunda cosa que el conde me encargó decirte es la siguiente: si se te ocurre una idea brillante, una réplica victoriosa para cambiar el hilo de la conversación, no se te ocurra ceder a la tentación de deslumbrar, sigue callado; la gente aguda verá tu talento en tus ojos. Ya tendrás tiempo de tener talento cuando seas obispo.»

¡Ah, cuánto me gustaba también ese conde Mosca! Su moral era flexible, su juicio siempre despejado y su acción decidida. Estas cualidades no entraban en contradicción con su bondad y su tolerancia: sabía amar.

Puesto que acompañaba y narraba paso a paso la juventud de Fabrice hasta su madurez, ¿pertenecía el libro a la categoría de las novelas de formación (habíamos tenido, a comienzos de año, una clase sobre el tema)? *La cartuja*, sin embargo, estaba exenta del tono melancólico, un tanto desengañado, que emana de los libros de preparación a la experiencia de la vida. En esta novela, nadie aceptaba nada de la sociedad, las duras reglas de adaptación a las realidades de la existencia en verdad no se respetaban. Se explicaban, se eludían o se aplicaban. Pero -se me impuso como una evidencianunca se tomaban en serio. ¡Se simulaban!

Como yo no había leído nada parecido y no podía cotejar con nadie esta cuestión de interpretación, releí varios pasajes y subrayé las frases que, al parecer, me daban la razón.

Las reglas, los códigos y los hábitos: eran un juego, como las reglas del whist, y nada más; un juego que se podía acatar sin humillación. Bastaba con esperar para exteriorizar lo que uno pensaba; esperar a ser obispo: antes de eso, abstenerse de «réplicas victoriosas». Como método de supervivencia, se recomendaba no expresar el propio pensamiento. Pasar por el molde. Disimular.

Daba vueltas a estas ideas, hasta el momento en que me di la razón. No era necesario hacer piruetas para complacer a gente que no me agradaba: bastaba con no exteriorizar, con ocultar todo lo que

pudiera molestar, sorprender o disgustar.

Y en los momentos de duda, había que pensar en el conde Mosca.

Los primeros días en clase, pues, se enmarcaron bajo el signo de la aplicación y la prudencia. Mis compañeras eran en su mayoría guapas y, sobre todo, iban muy bien vestidas. Las milanesas tienen fama de ir a la última moda, con una elegancia muy *british*; y eso era cierto también en un colegio de chicas de buena familia a finales de los años cincuenta. No me pareció difícil de imitar: nada de extravagancias, no más de dos colores y siempre haciendo juego entre ellos, zapatos impecables, uñas cortas y bien cuidadas. Las chicas no eran muy curiosas; se conformaron con una frase del estilo de «sí, mi padre trabajó mucho tiempo en el extranjero y yo recibí una educación francesa, era más práctico» para explicarse mi increíble retraso. Este instituto era lo mejor que me podía suceder, me sentía protegida. Estaba en período de formación. Iba a integrarme en la sociedad italiana y pronto formaría parte de un país europeo en plena expansión (era el *boom económico*, celebrado todos los días por la prensa y la naciente televisión). Había dejado Oriente para siempre y Occidente me abría sus brazos: no era tan desventajoso, porque Oriente ya nunca volvería a ser aquel en que habíamos nacido.

Sin embargo, el regreso a casa después de las clases me recordaba que, para mi madre, el traslado definitivo a Occidente era algo mucho menos fácil. Habitualmente tan dinámica, al estar sola, pasaba la mayor parte del día acostada. Acostada en la cama. Y mintiéndole a su hija: «… he hecho una pequeña siesta…, leía…, tenía un poco de dolor en la espalda».

Yo no podía entenderlo, ni siquiera había oído nunca la palabra depresión. Ella no estaba enferma. Solía tener un poco de frío. No hablaba mucho, no manifestaba ninguna melancolía; a duras penas sonreía cuando yo llegaba; mis relatos no provocaban en ella el menor comentario. Cada tarde, yo probaba alguna cosa para animarla a salir; ella aceptaba para darme gusto, pero volvía agotada y se precipitaba de nuevo en su cama. Hasta el día en que me di cuenta de que le agradaban las visitas al supermercado: como los tahitianos ante la llegada del capitán Cook y su tripulación engalanada, abría los ojos como platos ante las estanterías llenas de mercancías desconocidas. ¡Por fin algo le interesaba! Decidí perseverar: haríamos una visita al supermercado cada día. Descubrimos los productos de limpieza (aparte del jabón y los estropajos metálicos, no conocíamos nada). Me cautivaban la abundancia y los colores de las confecciones y los frascos, pero también la lectura atenta de las etiquetas con sus promesas de resultados prodigiosos. La sección de bricolaje despertaba en nosotros las ganas de mejorar nuestra vivienda: comparábamos los martillos, los clavos, los alicates, las tenazas. ¡Y los productos de

belleza! Desdeñados en nuestra vida anterior, relucían en los expositores prometiéndonos maravillas. Mi madre devoraba con la vista la gama de pintaúñas, productos para manicura, lápices de labios, cremas para las manos y pasadores de pelo.

Me siguen gustando mucho los supermercados. Cada vez que desembarco en una ciudad desconocida, para sellar mi primer encuentro con el país al que acabo de llegar, voy a darme una vuelta por ellos, preferiblemente sola. Necesito recogimiento. Desde luego, atrás quedó la época en que los productos no se asemejaban, y los hábitos alimentarios, la riqueza y la pobreza, las obsesiones y los mitos se podían captar a primera vista. Pero, aun así, la uniformización no es absoluta; las diferencias de fondo de almacén y de presentación subsisten y siguen siendo reveladoras. Cambian los nombres o se adaptan de manera extraña. Los promotores mercantiles globalizados le añaden a veces su toque, un algo que aporta sabor «local».

Años después de nuestras incursiones en el UPIM de Corso Vercelli, sigo experimentando una sensación de placidez y respiro con mayor sosiego tras una vuelta atenta por unos grandes almacenes.

Mi vida había quedado partida en dos: el colegio, por una parte, donde mis dones de adaptación hacían maravillas (los tres meses de clases intensivas de la hermana Gisella le habían dado la razón: yo era recuperable, y eso reforzó su afecto por mí), y el piso familiar, por otra, donde tenía que enfrentarme a una situación desconocida.

Me sentía más cómoda en mi nueva vida que en la antigua. Atenta y concentrada en el empeño de no disgustar, no se me había pasado por la cabeza que pudiera gustar. Y eso era lo que estaba a punto de suceder. Sentía nacer la amistad a mi alrededor, se me admitía en el grupo con sencillez e incluso cálidamente; los recreos se llenaban de conversaciones y el camino de regreso a casa se prolongaba en acompañamientos recíprocos. No perdía de vista que no era del todo yo quien gustaba, pero al fin y al cabo… era una parte de mí, apenas suavizada y pulida por los consejos del conde Mosca.

El balanceo era brutal. Estaba a punto de cambiar de lengua de uso, y eso implicaba una revolución íntima. Los neuropsiquiatras han escrito tratados sobre el tema. Cambia el modo de entenderse, decimos cosas que no habríamos dicho, pensamos de un modo algo diferente, no reaccionamos de la misma manera. La lengua de uso influye en el cuerpo y en los sueños. Otra cultura se infiltra por intersticios insospechados, tenemos acceso a canciones y bromas, entendemos las alusiones y el humor se vuelve posible. Cuando

hablamos una nueva lengua todo el día, la existencia puede tomar otra dirección y el carácter modificarse.

Años después, un amigo me recomendó *La lengua absuelta* de Elias Canetti: lo leí con pasión. Esa cantidad de lenguas en su infancia (peor que yo), para llegar al uso exclusivo de una de ellas, la más difícil y la última por orden de adquisición. Me pareció que sus identidades fraccionadas coexistían en la dificultad, a veces en la cólera. Explicaba muy bien qué es lo que cada lengua aportaba, y los caminos de transformación que el uso de una o de otra acarreaba. En él, se parecía al arte de darse a la fuga y adquiría en ocasiones un tono quejumbroso. Ni turco, ni búlgaro, ni suizo, ni británico, ni austríaco: eligió el alemán como patria, la lengua preferida de su madre, la de sus libros.

Fue con la aceptación, por lo general feliz, de mi nueva vida cuando comenzó la destrucción más o menos consciente de la antigua. Las dos lenguas que a partir de ahora no servían para nada y que ya nadie me hablaba, el árabe y el griego, se volatilizaron en pocas semanas (conservo en la memoria, sin haberlo pretendido deliberadamente, dos canciones infantiles, una en cada lengua, cuyas palabras ya no reconozco). Eliminé de mis conversaciones todas las referencias a Oriente. Tenía la suerte de que Alejandría fuera también el nombre de una ciudad mediana del Piamonte, y más de una vez contesté a la pregunta «*Alessandria? Sei piemontese*?»(«¿Alejandría? ¿Eres piamontesa?») con una sonrisa complaciente y en absoluto discrepante.

Abukir, las travesías bianuales del Mediterráneo, Bonaparte y Nelson, el asno y sus rebuznos, Mohammed y los mendigos, el desierto y las grandes tiendas marrón oscuro de los beduinos, los bocadillos de atún comidos en barca, los relatos de guerra y de barcos, el chasquido de las hojas de palmera bajo mi ventana, las pastelerías griegas, el campo del Delta y las plantaciones de algodón, el canal de Suez: todo lo que era yo, la trama comprimida de mi ser, ocupaba ahora tan poco espacio como joyas muy preciosas de familia encerradas en un cofre. Cuidadosamente cerrado con candado, cuidadosamente guardado en un escondrijo al fondo de un armario. Cada vez más olvidado.

Nunca nos controlamos del todo. Mientras iba del paso moderado y prudente de mis comienzos al alegre trote ligero los meses que siguieron y al franco galope del siguiente año, fui adquiriendo confianza en mí misma y me dejé llevar un poco. Tengo que confesar que disfrutaba con mis éxitos; bajé la guardia cuando ya me quedaba poco tiempo para acabar mis estudios superiores. Me olvidé de Mosca: me precipitaba para ser la primera en entregar mis exámenes,

participaba en todos los debates, no me privaba de alguna «réplica victoriosa» y me permitía llevar la contraria.

Vi cómo se resentía mi reputación, no ante los profesores, que estaban satisfechos desde un punto de vista profesional, sino ante mis compañeras. Me di cuenta de que corría el riesgo de provocar caras de exasperación, y quizá comentarios ofensivos. Sólo me produjo pavor la idea de dejar de ser aceptada en el grupo de mis amigas. La niña un poco salvaje y batalladora, la adolescente con sueños de gloria había cedido su puesto a una joven ansiosa que temía por encima de todo ser excluida.

Sin humillar demasiado mi amor propio, al modo de una aprendiz de gimnasta en busca de un difícil equilibrio, decidí corregir mi actitud con premura para lograr una rehabilitación. Se acabaron los ejercicios entregados con demasiada prisa; se acabaron los trabajos perfectos, ni en latín, ni en matemáticas; se acabaron los impecables exámenes escritos. Una falta o dos (no demasiado graves en cualquier caso), añadidas sistemáticamente al final de cada trabajo, provocaron las observaciones extrañadas de los profesores: «¿Pero qué te sucede? ¡Qué pena! ¿Estás distraída últimamente? Ah, la próxima vez pon más atención. Y repasa tus ejercicios.»

Y todo volvió a su cauce por lo que respecta a mis compañeras.

Valía más distraída o descuidada que otra vez sola.

Si me cuesta contar esta anécdota, y siento vergüenza al hacerlo, es porque no sé qué pensar de ella. ¿Una prueba de cobardía? ¿Una prueba de valor? Ambas se pueden argumentar. ¿Arrogancia? ¿Humildad? ¿Doblez? Las tres están presentes. Ubico en esta época la instauración de un movimiento pendular perpetuo que corregía con diligencia todos los excesos a los que me arrastraban mi naturaleza y mis sueños. A veces incluso antes de que fueran visibles para mis íntimos. Visto desde la distancia, presenta aspectos graciosos; el disimulo de las propias capacidades como si fueran taras vergonzosas tiene algo de inusual e incomprensible. Pero funcionaba. Me ejercitaba en el mimetismo. Cuanto mayor era mi adaptación al nuevo entorno, más se me aceptaba y más éxitos de mi edad cosechaba: exámenes, amistades de facultad y, más adelante, amistades de oficina.

Eso tenía algunas desventajas: cuando afloraban mis rasgos de carácter naturales, incluso los más anodinos, el interlocutor se quedaba desconcertado e intimidado; por lo general, se veía llevado a pensar que se trataba de una discrepancia, y a confundir el fondo y la superficie, el núcleo y la corteza.

Mucho más grave e inevitable era la separación que se consumaba

entre mis padres y yo. Al volverse totalmente milanesa, su hija se alejaba a todo trapo. Mientras ellos marchaban a la deriva en su balsa de soledad, yo navegaba por mi lado. Su cama (hacía años que dormían en habitaciones separadas, pero en Milán la compartieron) era su metáfora evidente. Por la noche, sentados o acostados, pegados uno al otro, con la mirada perdida y clavada en una pantalla de televisión azulada, aguardaban que les llegara el sueño casi sin hablar. Ambos náufragos miraban sin parpadear, durante horas, los programas más estúpidos de la época, éxitos populares del tipo *Un, dos, tres*, con el célebre presentador Mike Bongiorno, el Festival de San Remo o las rivalidades entre las cantantes estrella, Mina y Milva.

Era desgarrador.

Guardo de la facultad (lenguas y literaturas extranjeras) un recuerdo apagado con excepción de algunos meses del último año que coincidieron con el conocimiento de un joven profe inglés, galés para ser exactos. Lector y profesor de prácticas, dedicaba su tiempo a enseñar Shakespeare a un alumnado casi exclusivamente femenino. Se las daba alegremente de playboy con las chicas, pero Thomas no podía conmigo. Por mucha experiencia de la vida que tuviera, yo había logrado instintivamente una mezcla de distancia, admiración y timidez que hizo que se fijara en mí y le gustara.

Y luego estaba Shakespeare.

Había encargado a sus alumnos la redacción de una breve memoria de unas treinta páginas sobre la obra preferida de cada uno. Yo elegí sin titubear *Antonio y Cleopatra*. Para escribirla, abandoné toda cautela; se había acabado el colegio y la facultad estaba a punto de hacerlo; ya no tenía que reprimirme, máxime para hablar de esta obra tan paradójica, tan incandescente, tan política y, al mismo tiempo, tan íntima. En cuanto a Cleopatra, es poco decir que la conocía. Leyendo y releyendo apasionadamente cada escena, tuve la impresión de comprenderla desde dentro. Ella ocupó casi toda la memoria. Shakespeare, que había tenido acceso a las fuentes históricas de los vencedores, casi todas penosas y a menudo vulgares, las transformó con exuberancia y se abstuvo de cualquier juicio negativo. Su obra era un enfrentamiento entre Roma y Oriente, dos mundos sin lenguaje común. Describió y construyó a su protagonista atribuyéndole una amplia gama de cualidades y defectos contradictorios. Cleopatra se expresaba con una fantasía trepidante; desprendía electricidad de cabo a rabo; decía y hacía cosas extrañas, que habrían tenido que causar asombro incluso a los primeros espectadores familiarizados con la desmesura isabelina. Por ejemplo, ¿de dónde saca, y por qué, esa

imagen casi enternecedora de la reina (verosímilmente no muy joven, ya una mujer madura, una madre) que da saltitos sobre un pie y luego se detiene para tomar aire, por las calles de Alejandría? Enobarbo, el amigo de Antonio, es quien lo cuenta:

> *La vi una vez saltar cuarenta pasos en público por la calle, y tras quedarse sin aliento habló y jadeó de un modo que convirtió en perfección el defecto y exhaló, de la falta de respiro, un poder seductor.*

Pero, al fin y al cabo, diez años antes, ¿no se había enrollado en una alfombra para llegar a conocer y seducir a César, según Bernard Shaw? Reinaba sobre un imperio, pero la asaltaban los cándidos sentimientos de una chiquilla. Era cruel y sentimental, magnánima y celosa («Enana y de voz gruesa. Rostro redondo hasta la imperfección. La mayor parte también son tontas, si así son», decía de Octavia, la mujer de Antonio). La oímos decir frases de niña pequeña y, pocos minutos después, expresarse como la todopoderosa reina de Oriente, una diosa en la tierra. ¿Qué quería decir, por ejemplo, este extraño verso?:

> *En mis días de ensalada cuando estaba verde de juicio…*

(Pues sí, Shakespeare le hace decir: «*My salad days*». Es una broma simpática: la mayoría de los traductores tratan de encontrar una solución para esquivar su rareza.)

Seguido algunas escenas más adelante por este otro:

> *Es mucho el gasto que hacemos en la guerra, y como jefe de mi reino debo mostrarme aquí como si fuera hombre.*

Sus hipérboles al hablar de Antonio:

> *Era el cielo su rostro… Sus piernas abarcaban el océano… Delfines parecían sus placeres: mostraban el lomo por encima del elemento en que vivían.*

Y su voluntad de sorprenderle siempre:

> *Si lo hallas triste, di que estoy bailando; si alegre, infórmale que me enfermé súbitamente…*

El último acto, tan lírico, cuando amor y muerte se encuentran y entrelazan mutuamente con el desparpajo de la fatalidad, me parecía complejo y hermoso. El poeta osa interrumpir el encuentro entre la reina y Octavio con una corta escena chirriante en que Seleuco, el

tesorero tan honrado, traiciona a su ama, delante de ella y sin vergüenza. La traiciona porque está derrotada, tan simple como eso, y, a la manera de los mamarrachos, incluso tiene buena conciencia.

En suma, trabajaba fogosamente. Mi memoria fue un éxito: estaba bien articulada y era muy personal. Llevé mi coquetería al extremo de concluir con la sentencia definitiva de Enobarbo, un romano, y por tanto un enemigo nato, que pese a todo no oculta su admiración:

> *La edad no puede marchitarla ni arranciar la costumbre su variedad infinita.*

Los meses que pasé con Thomas fueron felices. Los primeros días de nuestra convivencia yo me vigilaba mucho por miedo a espantarlo. A dosis homeopáticas primero, luego con alguna moderación y, finalmente, ya sin reprimirme, a medida que la pasión se iba enriqueciendo de confianza, empecé a contarle lo que no le había confesado a nadie.

Tanto él como yo dedicábamos los días al estudio, pero por la noche la aspirante a Cleopatra dejaba paso a una Scherezade principiante. A medida que pasaban las horas, susurrábamos más bajo. Él escuchaba, sonreía, también contaba algo, dormía un poco, me apretaba con fuerza y hablaba del futuro. Pero, sobre todo, no me parecía que se cortara, que se sintiera a disgusto con mis relatos. No lo atemorizaba en absoluto. Estaba totalmente asombrada. A veces le hacía reír. Nunca dejó traslucir la menor perplejidad cuando, mezclando el pasado, el presente, mis lecturas, mis gustos, lo que había perdido, mis sueños de gloria y mis angustias, me dejaba llevar para ser casi yo misma. Una noche, como para someterle a una prueba definitiva, le hablé de batallas navales y de mis conocimientos, bastante técnicos, sobre armas de fuego antiguas y también modernas. A cambio obtuve un sobrio «eso le gustaría mucho a mi padre», que tuvo el efecto de sumirme en un apacible estado de embeleso.

Hiciera el tiempo que hiciese, dormíamos con la ventana abierta; por la mañana, yo intentaba prolongar esos momentos en que los rayos de sol doraban sus antebrazos. Miraba sus cejas. A veces, para prolongar un poco más su sueño, y también mi felicidad, desplegaba astucias de sioux conteniendo la respiración, me escurría para extraer un hombro, acercaba la mano al despertador y desplazaba la aguja de la hora.

La separación fue un horror. Creo que tuve la culpa. Cada vez que él me hablaba del futuro, me quedaba callada. Sin embargo, yo sabía que el año de lectorado en Italia se acababa en julio y que él debía regresar para incorporarse a su puesto en la universidad, donde debía

ejercer su carrera como profesor. Si yo no decía nada era porque no sabía cómo hacerlo. Tenía la sensación de que no podía marcharme de nuevo a los veinticinco años, abandonar a los dos náufragos en su balsa y cambiar otra vez de lengua y de país. No podía.

Thomas lloraba, y yo huí sin dejar de llorar.

El movimiento del 68 llegó a Italia con franco retraso. Los periódicos cubrieron bien los acontecimientos de mayo en París, sin más. Luego, el verano transcurrió con mucha tranquilidad en todo el país. Hasta septiembre u octubre las cosas no empezaron a moverse en Milán, y sólo estallaron verdaderamente al año siguiente. El Sessantotto, que había empezado tardía y lentamente, se prolongó y fue transformándose en un movimiento cada vez más marcado por el terrorismo, los atentados, la violencia urbana y la radicalización de los movimientos estudiantiles y obreros.

Viví ese extraño período, que se inició en la ciudad con alegres manifestaciones estudiantiles y «obreras», para seguir con batallas campales entre facciones, desde el puesto privilegiado de la redacción de un periódico.

Había buscado y encontrado trabajo. Me presenté, sin recomendaciones especiales, en dos periódicos. Tenía la certeza de que eso era lo que quería hacer; el oficio que me permitiría, tal como creía entonces, aproximarme a las fuerzas agentes de la política, viajar y narrar el mundo. Los dos interlocutores con quienes me reuní me dijeron las cosas que suelen decirse y escucharse en estos casos: que carecía de experiencia, que no tenían ninguna plaza vacante. Hice como si no hubiera entendido: envié artículos de actualidad o crónicas teatrales que nadie me había solicitado y pasé asiduamente para hacerme ver.

Al cabo de cuatro semanas me llamaron de una redacción para decirme que me publicarían una reseña teatral; el otro periódico me envió un contrato por un año. Con tacto y contención fingida, jugué la carta de la competencia. Finalmente, sin negociar el salario, acepté el periódico que me pareció más prestigioso. Pertenecía a uno de los grandes grupos que se repartían el universo de los medios de comunicación italianos, ricos en diarios y semanarios de todo tipo, propietarios de editoriales y participaciones en radios libres.

La tarde que cobré mi primer salario fue casi una fiesta. Pasé por casa de mis padres para anunciárselo sabiendo que les daría una gran alegría. Me hacía tanta ilusión poder decirles que tenía el propósito de ayudarles y que, a partir de ese año, podrían salir de vacaciones.

Saqué el tema del lugar que elegirían para esa estancia. Oí destinos sobre los que no se ponían de acuerdo. Me preguntaron si les acompañaría. Dije que sí, pero que no me quedaría. Les propuse Antibes. Se hizo el silencio. Un minuto después, ambos se negaron con obstinada delicadeza. Me marché dejándoles un tema de conversación que iba a ocuparles durante algunos días.

El alivio inmenso de tener un trabajo y, además, de haber conseguido el que con total certeza yo quería iba acompañado aquella noche por un sentimiento doloroso. Hacía mucho tiempo que me había dado cuenta de que cada paso adelante, cada etapa superada, reducía el abanico de posibilidades. Cada vez que alcanzaba una meta, renunciaba a miles de otras cosas y me alejaba de aquello que había creído ser mi destino. Ya sé que es muy tonto decirlo así, pero había empezado a sentir que, al igual que otros miles de bolitas coloreadas, entraba por un embudo, y que cuanto más profundamente me introdujera en él, bajo los aplausos de un público imaginario, tanto más daría la espalda a aquellas «ideas inexpresables y vaporosas» que habían caracterizado mi juventud.

Tardé mucho en comprender que el hecho de ser una mujer era, como suele decirse, un hándicap; no me había parado a pensar en la evidencia de que era difícil proyectar un destino similar al de Lawrence de Arabia perteneciendo al sexo femenino. Por lo demás, tampoco había recibido ninguna llamada de atención sobre este asunto. Dado que mis padres habían olvidado prohibirme cualquier cosa, nunca en mi vida había oído decir que no podía emprender algo por el mero hecho de ser una chica. La infancia y la adolescencia en una ciudad de Oriente Medio, adormecida en una engañosa modorra, no podían abrirme los ojos sobre eso: la diferencia hombre-mujer estaba enmascarada por la verdadera división, que era social; se nacía o bien entre los autodenominados occidentales acaudalados, o bien entre el pueblo llano que vivía poco más o menos como en tiempos bíblicos. En cuanto a mis estudios en las monjas, en clases no mixtas, al privarme de una confrontación física e intelectual con los chicos, me habían alentado paradójicamente a lo que cabría llamar un extravagante malentendido.

Las primeras semanas de trabajo de mi vida me gustaron tanto que casi no salía de mi asombro. Por la mañana, saltaba con ímpetu sobre el escalón del tranvía (en aquella época eran de un feo verde botella y todavía no articulados). Las melancolías existenciales se disipaban ante una sensación de vigoroso bienestar: el que me invadía con la idea de que comenzaba la verdadera vida. El momento era

apasionante. La ciudad apostaba por vivir en una revuelta permanente. Las asambleas de redacción se sucedían. Todo el mundo hablaba de política. Tenía la sensación de estar en un patio de recreo para jóvenes adultos, pero me abstenía mucho de decirlo: la seriedad impregnaba el ambiente, y mis nuevos amigos tenían la cara fatigada y preocupada de los resistentes al alba de una revolución o, como mínimo, de una nueva página de la historia.

El periódico salía con regularidad, pero las ideas expuestas oscilaban a diestro y siniestro. El director encargado de dar cuenta de su orientación ideológica ante los accionistas, supuestamente conservadores, trataba de mantener un equilibrio. Su cara inspiraba confianza y yo le estaba muy agradecida porque me había contratado. Intentaba pues conciliar ambas cosas, el ardor en el trabajo y la participación en las charlas austeras y nebulosas que tenían lugar en la sala del comedor.

Se formó una pareja, que poco a poco (nunca se sabe con certeza cómo nace el liderazgo, su alquimia es muy compleja) se puso al frente del movimiento en el periódico. Vittoria y Paolo estaban casados cada uno por su lado, creo que con hijos de corta edad, pero el fervor político había hecho saltar en pedazos su «confort burgués». Así era como lo decían ellos mismos y a todo el mundo le parecía bien, casi una heroicidad, y en cualquier caso conforme con el momento que estábamos viviendo. Habían tenido reputación de buenos periodistas, pero el trabajo era ya la última de sus preocupaciones. Estaban día y noche, su amor sincero y recíproco también, al servicio de la lucha de clases. Así que, a la hora del almuerzo, nos tocaba aguantar lecturas piadosas de la obra de Gramsci, y procurábamos no hacer demasiado ruido con nuestros cubiertos para no perturbar la concentración y la reflexión requeridas. Gramsci fue un descubrimiento para mí: me parecía apasionante y muy bien escrito, pero tenía algunas dudas sobre el método, y creía exagerada la instauración de una especie de misa diaria obligatoria.

Algunos días después, me pidieron que tradujera un texto de Ho Chi Minh redactado en francés. Leí las doce páginas del texto en cuestión, una mezcla de idioteces escritas en una jerga ingenua y relamida, y decidí advertir a ambos líderes en privado, con las precauciones habituales, de que me parecía un texto carente de valor, y probablemente una falsificación. Se ofendieron: «¡Nos lo envían nuestros camaradas franceses de Boulogne-Billancourt!» Confieso que, ante mi incapacidad para resultar convincente, hice lo que se me pedía sin oponer más reparos. Con una punzada en el corazón: no por la falsa epístola de Ho Chi Minh que debía traducir, sino porque una vez más me veía obligada a regirme por el modelo imperante y a reanudar mis acrobacias miméticas para evitar ser diferente.

Simplemente había cambiado de medio; ya no era una clase de jovencitas de buena familia: se trataba ahora de un pequeño grupo cordial de autoproclamados guerrilleros, zelotes testarudos, profetas de un mundo en transformación.

No obstante, Vittoria era una mujer culta, imagino que había sido siempre la primera de su clase; el tipo de chica lista con la que puedes contar. No habría deslucido en el instituto de las Marcelinas. Un poco chica guía, peinada con una eterna cola de caballo, zapatos planos, vigorosa y atlética. Se había vuelto una comisaria ideológica. El amor que sentía por su compañero se había reforzado por una apasionada admiración; de vez en cuando nos exigía silencio con severidad: «Paolo está diciendo algo importante.»

Paolo, por su parte, había delegado en ella generosamente el trabajo y los esfuerzos. Simpático, astuto, no carecía de encanto, pero todavía no consigo explicarme la influencia que ejercía sobre Vittoria, primero, y luego sobre el resto de la redacción. Sobre todo porque se aprovechaba de los acontecimientos históricos para no hacer ya apenas nada y ya no escribir en absoluto en el periódico. Cuando la dirección le pedía un texto, adoptaba un aire amigable y condescendiente del tipo: «Si verdaderamente insistís, vale, por qué no, pero, con todo lo que está sucediendo, acaso es razonable…», y lo dejaba ahí.

De vez en cuando yo intentaba convencer al director para que me integrara en la sección de «política interior». Sin mucho éxito; no conseguía salir de la sección de cultura e, involuntariamente, porque había entrado en el periódico por esa vía, me estaba especializando en teatro. Por pragmatismo, decidí aguardar un poco, no forzar las cosas y ver si con el tiempo lograba ser recibida por el accionista principal y convencer a mis superiores de que estaba hecha para analista política.

Mis padres eligieron Lugano, en el cantón del Tesino, para sus primeras vacaciones. Ese destino tenía muchas ventajas; su proximidad me permitía ir a verlos de vez en cuando sin necesidad de quedarme más de medio día. La habitación alquilada en un edificio de apartamentos amueblados era minúscula, pero no muy cara e impecable. Recordé una frase de mi abuela: «Cuando nos hacemos un poco viejos, nos da por preferir Suiza a cualquier otro país.» La ciudad brillaba por su pulcritud; encastrada entre dos montañas suaves y boscosas, se extendía sobre las orillas de uno de los más pequeños lagos prealpinos; los cafés, los bancos y las pastelerías se sucedían en las aceras.

Todo menguaba en sus vidas: el destino los había obligado a

abandonar los grandes puertos a cambio de simulacros lacustres. Ya no había oleaje y vendavales, sino el chapoteo del agua en los pontones de madera. Ya no había transatlánticos y muelles, sino barcos blancos de opereta para las «giras por el lago» y variopintos patines de pedales con forma de coche. Pero eso era lo que les convenía (intuía que adoptarían Lugano, y no me equivocaba: volvieron todos los años). Estaba también casi segura de que, entre sus grandes atractivos, se encontraba la cercanía de un casino.

Quienes no frecuentan los casinos creen que están destinados a gente rica que arriesga en ellos su fortuna. Pero a quien procuran más placer los casinos es a la gente con poco dinero. Vestirse con esmero, esperar la hora de apertura, apostar módicamente, pensando mucho (en qué, Dios mío…), regocijarse por una modesta ganancia, hablar de ella con seriedad, aplicar supersticiones enrevesadas, comentar la repetición imprevista de un número, un caballo o una transversal: todo eso da para entretenerse por las tardes. Y si uno es un jugador, abandonar la mesa de la ruleta a una hora previamente convenida, sea cual sea la situación del juego y el estado de las finanzas personales, es un acto heroico que proporciona satisfacciones desconocidas a los no iniciados.

Nunca les reproché que se gastasen una parte de sus magras economías de esa manera. Me parecía incluso bien, coherente con su vida anterior y su actitud poco reverente con el valor del dinero. Lugano y el casino de Campione tenían una influencia benéfica en el humor de ambos, y sobre todo en el de mi madre. Se animaba al contarme las tardes de juego, y empezaba a interesarse por otras cosas: la pintura y la escultura para las que no sólo tenía un don, sino también un gusto y una memoria visual especiales.

En una suntuosa villa al borde del lago, se abrió al público una colección de gran belleza. Era la colección Thyssen-Bornemisza que, al cabo de unos años, dejó Suiza y ocupa ahora un palacio de Madrid. Cuadros relativamente pequeños, como suele suceder en las colecciones privadas, con predominio de retratos, que incluyen obras excepcionales, eran la meta de sus muy frecuentes visitas. Tranquilizado, aliviado, mi padre le seguía. Una exaltación que no había sentido en las palabras de mi madre desde hacía como mínimo doce o trece años la llenaba de vida. Recuerdo el retrato de un joven, de Rafael, mucho más audaz e insolente que el conjunto de su obra. Era una maravilla. Mi madre me hizo notar la habilidad con que el pintor había elegido una pose un poco perfilada para que la mirada fuera oblicua sin dejar de ser franca; el hoyuelo de la barbilla, el labio superior ligeramente fruncido. Su mirada provocativa destilaba humor. «Está tan bien», me dijo, «que no creo que sea enteramente suyo.»

En la misma sala, un niño rubio de Piero della Francesca, que vestía un abrigo de terciopelo púrpura con una manga bordada en oro, miraba a la lejanía.

Y ante un Carpaccio sereno, que representaba frontalmente a un joven solitario y pensativo frente a un paisaje estilizado, con una armadura de pies a cabeza y a punto de desenvainar su gran espada, mi madre adoptó un aire malicioso: «¿... has visto cómo se te parece?»

No era una menudencia convencer a mi dirección y obtener al menos una entrevista mensual con un político. Intenté todas las vías y propuestas que se me ocurrían -entrevistas, retratos, retratos cruzados-, con la promesa de que no descuidaría mis artículos habituales sobre teatro ni los trabajos de revisión que tenía a mi cargo. La estrategia que había empleado para mi contratación -hacer primero, sin permiso, y mostrar luego mi trabajo- no podía funcionar en este contexto. No me habría atrevido a solicitar a un ministro una entrevista que pudiera no ser aprobada luego.

Fue uno de los pasos de mi vida en los que puse mayor determinación; imaginaba que eso podría abrirme puertas, hacerme viajar y ponerme un poco en peligro. Le atribuía una exagerada importancia; luchaba por no dejarme encajonar en un empleo cultural al que, a todas luces, me destinaban tozudamente mis directores.

Mis tentativas fracasaron. Pero provocaron una mejora inesperada.

Logré reunirme con el propietario, que era hijo del fundador. Era un hombre distinguido y culto, se decía que su tesis de filosofía, veinte años antes, había sido sobresaliente. También tenía fama de guapo. Yo no habría ido tan lejos: dejémoslo en elegante. Solía fruncir los ojos como un lagarto. Como un lagarto giraba de pronto la cabeza, dirigía una mirada a su interlocutor y se quedaba inmóvil. Luego, haciendo un esfuerzo por sonreír, planteaba preguntas al margen del tema; no escuchaba realmente las respuestas (que por lo demás también estaban necesariamente fuera de lugar) y se levantaba o se sentaba sin ningún motivo. Daba la impresión de hacer enormes esfuerzos para no aburrirse escuchando al prójimo. La primera entrevista fue bastante larga, pero no desembocó en ninguna propuesta y salí de la sala convencida de que no había sabido hablarle o de que no había conseguido inspirarle verdadera confianza.

Pasadas dos semanas, me llamó. Dedicó media hora larga a consideraciones deshilvanadas, dándoselas a veces de chistoso, y a menudo de perversamente sarcástico a propósito de sus colaboradores, que derivaban en historias de cambio de despachos, haciendo hincapié

en el momento agitado e incluso catastrófico que estábamos atravesando. Finalmente, llegó su propuesta. La formuló con autoridad y sin los rodeos habituales. Necesitaba un director para su imprenta (era la época en que todavía los periódicos poseían su propia imprenta). Estábamos «ante mutaciones importantes»: había que sustituir todas las máquinas y reducir el número de obreros por máquina, por lo que eran de temer disturbios sindicales en los meses venideros. Me proponía la dirección del conjunto. Doscientos ochenta obreros, quince oficinistas. La imprenta se encontraba en la periferia este. Por cierto, ¿sabía conducir?

Un mes después, me encontraba sentada en un avión al lado de un técnico amable y resignado, en un vuelo con destino a Düsseldorf, donde se celebraba una feria de máquinas de imprenta. Había aceptado. Todo lo que pude alegar acerca de mi absoluta incompetencia y mi inexperiencia casi cómica lo había despachado de un revés.

El problema no era ése. Para dirigir, me dijo con una sonrisa irónica, había que saber sorprender. Los tantos te los anotas cuando pillas las cosas y a la gente a contrapié.

Nunca me había imaginado este tipo de situación. Una mujer joven, una periodista que escribía principalmente sobre teatro, incompetente en finanzas, que ignoraba la logística, que había participado en lecturas revolucionarias en el comedor, bisoña en lo que empezaba a llamarse *management*… Así era la jefa que había elegido para dirigir una gran imprenta, la futura interlocutora de los representantes del personal, la supervisora de la buena gestión financiera de la fábrica, la dirigente que debía hacerse respetar. No había nada que discutir. Y nadie a su alrededor rechistó. Se decía que, en el fondo, pocas veces tomaba decisiones, que prefería dirigir dejando que las cosas se pudrieran, pero cuando tomaba una casi siempre funcionaba.

Yo no lo sabía aún: todo jefe es un tirano edulcorado. Lejos de mí la idea de formular un juicio moral: es así, inherente a la función, y conozco muy pocos casos que no se ajusten a esa regla. Un jefe de una gran empresa (como un tirano clásico) necesita rodearse de una combinación equilibrada de devotos incondicionales y de personalidades fuertes y activas. Mientras se mantenga el equilibrio, su éxito está casi asegurado. Si, entre sus colaboradores cercanos, proliferan demasiado las personalidades originales, puede instalarse el desorden y desbocarse la máquina. Pero si, en cambio, quienes predominan son los devotos, eso quiere decir que el jefe está fatigado o es vulnerable, o sencillamente se está haciendo viejo. Entonces la empresa se adentra en zonas turbias que la hacen correr riesgos

mortales.

En la época en que, con una docilidad incomprensible y una angustia opresiva pero muy explicable, acepté este inesperado encargo, el punto de equilibrio de mi jefe era todavía más o menos satisfactorio.

Justo al final de la década de 1960, apareció en la editorial Einaudi una breve antología de poemas de Constantino Cavafis traducidos del griego. Yo vivía los meses de adaptación a mi oficio de directora de una gran imprenta, y esa publicación, que tuvo inmediatamente cierta resonancia en el medio que seguía yo frecuentando en la medida de mis posibilidades, me pasó desapercibida. «Tienes que conocerlo, tú que naciste en Egipto», me dijo mucho después uno de mis ex camaradas de lecturas gramscianas. Pues no, nunca había oído hablar de él. Les pregunté a mis padres, y me contestaron con su habitual displicencia cuando se trataba del pasado: «Sí, me dijeron que trabajaba en el Departamento estatal de Riego, bueno, lo que es trabajar… Parece que no daba golpe en la oficina en todo el día», fue la respuesta de mi padre. «Creo que soy demasiado joven para haberlo conocido», concedió mi madre, dando a entender que si fuera tan importante como yo decía, ella lo habría sabido.

La traducción de Nelo Risi y Margherita Dalmati era espléndida. Los poemas se volvían casi transparentes. Un agua cristalina, falsamente cristalina, que reflejaba la Alejandría de ayer o la de antaño, figuras de gente humilde o personajes históricos, héroes o comparsas, paisajes en ruinas o palacios revestidos de oro. A través del estilo preciso de una crónica depurada, se dejaban vislumbrar insignificantes historias de personajes minúsculos durante un momento o un día de sus vidas. Su lectura producía la sensación física del tiempo transcurrido, el polvo acumulado, las paredes erosionadas por el viento. Al igual que Homero, su ascendente lejano, Cavafis, que no tuvo la suerte de vivir tiempos heroicos sino que se adaptó a una época de desmoronamiento y descomposición, al dar nombre a la gente y a las cosas, les imprime eternidad. Transmite, con medios deliberadamente sobrios, el carácter conmovedor que emana de los restos de un pasado, de un fantasma del pasado, nos gustaría poder decir: del fantasma de un fantasma.

Su ciudad, donde nací algunos años después de su muerte (y en el mismo Hospital Griego), se nombraba o estaba presente en cada una de sus páginas. Por la noche, mientras lo leía con cierto sofoco, me imaginaba que era a mí misma a quien se dirigía:

No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares.
Tras ti irá la ciudad. Y por las mismas
calles vagarás. Y en los mismos barrios envejecerás
y canas te saldrán en estas mismas casas.
Siempre arribarás a esta ciudad. ¿A otra parte ir?
-no lo esperes-, ya no hay barco ni ruta para ti.
Al arruinar tu vida aquí, en este rincón mínimo,
para toda la tierra tú ya la has destruido.

Alejandría nació justo en el momento del declive de la Grecia clásica. Y desde su fundación, hace dos milenios, se convirtió en el adalid de la decadencia. Contribuyendo con sus períodos oscuros a la transformación y al semiolvido de las historias verdaderas y las leyendas, sobrevivió adaptándose. Ese espíritu alejandrino, cuyo heredero plenamente consciente es Cavafis, era demasiado versátil y adaptable para desaparecer por completo. Su fuerza residía en su flexibilidad. Y en un fatalismo especial.

Y si no te es posible hacer la vida que deseas
intenta al menos esto
en la medida que puedas: no la envilezcas
en el contacto asiduo con la gente,
en asiduos ajetreos y cháchara.
No la envilezcas arrastrándola,
dando vueltas constantes y exponiéndola
a la idiotez diaria
del trato y relaciones,
hasta que se convierta en una extraña cargante.

En esta obra donde se trata a la Historia con el respeto debido a las viejas damas embusteras, hay poemas narrativos. Un ejemplo casi milagroso de las dotes del poeta es el poema «Reyes alejandrinos», que narra la coronación de los tres hijos de Cleopatra. El contraste entre la puesta en escena oficial y la realidad histórica es violento, de ahí -fuerte y sutil- el sentimiento de precariedad que transmite. Sin que la burla sea explícita. Pero con la aceptación tranquila del aspecto irrisorio de toda existencia:

Y de pie, Cesarión, más adelante,
con sus ropajes de seda rosada…

Lo nombraron Rey de Reyes, pero nadie se engaña:

Los alejandrinos percibían sin duda

que todo aquello eran palabras y teatro.
Pero el día era cálido y poético,
el cielo un azul claro…

Y también encontramos poemas íntimos, amorosos. Aquellos que hablan de la soledad o el deseo. Como éste que me gustaba tanto y que ahora me produce un poco de miedo:

Las doce y media. Rápido ha pasado el tiempo
desde las nueve en que encendí la lámpara…

Y que concluye así:

Las doce y media. Cómo ha pasado el tiempo.
Las doce y media. Cómo han pasado los años.

El Alejandrino, como lo apodaron bastante pronto sus admiradores, conoció probablemente bien la ligera embriaguez que provoca la vida mundana, pero igualmente la sorda tensión que genera la gran soledad. No eligió. No hay consejos de vida en la obra de Cavafis. No es cuestión ni de bien ni de mal, y no hay ninguna diferencia entre cosas importantes o banales. Me parece muy acertado el esbozo sintético que hizo de él E. M. Forster, que lo conoció en su juventud, cuando no era más que el inútil funcionario del Departamento estatal de Riego y autor de una veintena de poemas impresos en hojas sueltas: «Podíais encontrarlo en un cruce de calles. Era un caballero griego, con un sombrero de paja, que se quedaba en pie absolutamente inmóvil, en un ángulo ligeramente inclinado con relación al universo.»

Desde siempre, ya sea en la localidad donde vivo o en una ciudad de paso, la gente me aborda por la calle para preguntarme una dirección. Hasta tal punto que se ha acabado convirtiendo en un motivo de chanza para mis allegados: podríamos apostar cuántas veces durante un paseo me van a preguntar por el camino que hay que tomar para llegar a un sitio, un restaurante marroquí en las inmediaciones, la plazoleta más cercana o la farmacia de guardia en domingo. Ya tengo alguna experiencia, me expreso con pocas palabras que acompaño con gestos precisos, a la derecha, a la izquierda, todo recto. Si se trata de una ciudad que no conozco y cuya lengua ignoro, esbozo una sonrisa de disculpa y abro las manos en una mímica de impotencia afligida.

Mi madre, a quien este asunto le divertía mucho, lo explicaba de forma contradictoria, según su humor: se nota que tienes madera de

general; tienes un aspecto más servicial que los demás; no tienen miedo de hacerte perder el tiempo; es tu lado pijo… Thomas decía que yo era reconfortante, que todo el mundo sentía ganas de hablarme. Que inspiro confianza, otros lo han confirmado.

En mi opinión, es porque doy la impresión de saber adónde voy. Con la edad, se ha vuelto casi cierto, pero durante muchos años todo eso era tan desatinado como preguntarle la dirección a un niño perdido. También yo venía de una encrucijada descentrada, y estaba «en diagonal con relación al universo».

Pero hacía como que estaba en mi casa.

Casi cuatro años duró la aventura de la imprenta. Me exigió mucho esfuerzo, y empleé las armas de que disponía: curiosidad y nervios bien templados.

Mis enormes ineptitudes, puesto que las reconocía, permitían que mis colaboradores se sintiesen cómodos, se situaran unos con relación a los otros, se sintieran superiores a mí en sus ámbitos respectivos, me hicieran partícipe de sus inquietudes, expusieran sinceramente los riesgos y celebráramos juntos los éxitos. Fue para ellos una buena época. Y, bien pensado, para mí también. La catástrofe no fue a mayores.

Cada cierto tiempo, el lagarto de mi jefe pedía informes. Como no había nada especial que contar, aparte de algunas huelgas, ni se perdía dinero, ni mis colaboradores -interrogados a escondidas- despotricaban demasiado contra mí, deduje que debía de estar contento. Carecía de la suficiente experiencia para imaginar y comprender que si, por el contrario, la situación se hubiera revelado crítica o incluso catastrófica, tampoco se habría mostrado realmente disgustado.

Quizá le habría parecido más entretenido.

Reanudé mi vida como periodista. Sin haberlo solicitado esta vez, se me encargaron temas de sociedad; era algo que se adecuaba perfectamente a mis propósitos. Rebosaba de ideas para las series veraniegas. Para extensos reportajes. En lo que se refiere a las grandes entrevistas, mi jefe me dijo que ya veríamos más adelante. Por primera vez, reparé en sus labios, tan finos que le daban una expresión abúlica y autoritaria al mismo tiempo. Un rastro de saliva blanca en las comisuras. Me repitió una vez más que pocas empresas me habrían permitido una experiencia tan amplia y variada.

Le di la razón.

He sentido una predilección especial por las grandes empresas. La gente suele compararlas con ejércitos y batallones; se recurre con frecuencia a metáforas militares. Creo que no es en absoluto en esa dirección por donde hay que buscar las similitudes. Si se trata de una empresa privada, pensaría mejor en un gran burgo medieval. Con ritos que se van consolidando a lo largo del tiempo, una vida de pueblo, y las principales funciones que se adaptan unas a otras, se completan y se encajan. Es un cuerpo vivo; tiene necesidad de movimiento, de sacudidas, fiestas rituales y dramas purificadores. Se pueden reconocer personajes recurrentes, que se encuentran casi idénticos por todas partes. Arquetipos: el príncipe, su gran chambelán, el gran duque o la gran duquesa, la sensible devota, el colérico bonachón, el hipócrita neurótico, la Casandra siempre afligida, el sabelotodo impaciente, el sonriente traidor, el traidor triste, la kapo, el esforzado caballero, el tipo brillante, el alegre vivalavirgen, y el discutidor o la discutidora que nunca cede.

Cuando de lo que se trata es de una sociedad más grande, o de una multinacional, pasamos a una ciudad de alta tecnología, incluso con un pequeño flanco de ciencia ficción. Como no existe ya ningún príncipe, o está obligatoriamente de paso, el poder se oculta en una nube; el lenguaje común está más codificado; los momentos de fiesta o de drama siguen rituales más elaborados. Pero en ella se pueden reconocer también arquetipos, con las mismas expresiones e idénticas relaciones de fuerza, a veces (es sorprendente) cuerpos, apariencias o rostros semejantes.

Fue en Lugano, durante un verano -recuerdo el color de mis alpargatas-, cuando empecé a darme cuenta de que mi madre respiraba cada vez con mayor dificultad. Andábamos cincuenta pasos y teníamos que hacer una pequeña pausa en la acera. Y era un gran alivio cuando nos sentábamos en la terraza de un café. Sonrisas forzadas. Al día siguiente, en Milán, ya no volvía a pensar en ello.

Fue también en Lugano, una fría primavera -recuerdo mi impermeable azul con capucha-, donde tuvo lugar una escena silenciosa en una pastelería. Un hombre esbelto, ágil, con cara angulosa, acompañado por otro hombre más joven que se le parecía mucho, entró y se dirigió hacia el mostrador para elegir y comprar pasteles. Aunque hacía mucho tiempo que no lo veía, lo reconocí: más de una vez había venido a visitarnos cuando veraneábamos en Antibes, estuvo presente en la inauguración de la exposición en Roma, me regaló un collar de turquesas; era un amigo de hacía mucho

tiempo, fiel y afectuoso, profesor de arquitectura en Zúrich. Dispuesta a saltar para llamar su atención y decirle buenos días, me volví hacia mi madre. Con fuerza, ella me apretó el brazo y, sin decir nada, me conminó imperiosamente a que me volviera a sentar. Se ocultó detrás del periódico abierto de par en par. Era mi *Corriere della Sera*, que agarró con rabia.

No entendía nada, pero poco a poco empecé a hacerlo. Al cabo de algunos minutos, el hombre y su hijo recogieron su paquete, pagaron y, sin volverse hacia las mesas del salón de té, desaparecieron por la puerta giratoria con ligeras zancadas. Las lágrimas también eran silenciosas detrás de aquel pobre *Corriere* arrugado. Mi madre permaneció así algún tiempo, hasta que le dije que podía dejar el periódico: Werner se había ido.

Dejé pasar todavía algunos minutos. Me levanté para pagar la cuenta, volví a la mesa, le limpié la cara con su servilleta como si tuviera tres años y le dije con firmeza que se levantara. Teníamos que dar un paseo.

Media hora después, aflojó los dientes para decir: «… no quería que me viera así, ya no soy yo».

Cuando, después de cenar, al volante de mi Mini Cooper blanco del que me sentía tan orgullosa, volví a tomar la autopista en dirección a Milán, muchos episodios de mi infancia y mi adolescencia se amontonaron en mi cabeza. Los fragmentos desperdigados volvían a ocupar su sitio uno al lado de otro y encajaban con facilidad. Volví a pensar también en todos aquellos sobres en la alacena de su cocina, en la parte de arriba, detrás de las especias, que llevaban siempre el nombre de mi madre y la indicación «lista de Correos». Se habían enviado desde países diferentes. Había varios fajos. Algunos sellos tenían fechas muy antiguas, pero también las había bastante recientes.

Ahora ya lo sabía: el amor puede atravesar vidas como un río subterráneo; regarlas sin salir a la luz. Pero, al final, es complicado.

Al conceder al director de mi periódico la autorización para que me nombrara responsable de las páginas de «Sociedad», el gran jefe lagarto me hizo un grandísimo regalo. Yo zigzagueaba entre los temas serios y los menos serios, tejía vínculos no forzados con la actualidad política y me servía de informaciones culturales para enriquecer sin pedantería mis páginas. Tenía bajo mis órdenes un equipo tan reducido que no era posible ninguna comparación con años anteriores. Ritmo diferente, ningún problema de gestión de personal,

poca información e implicación en los resultados financieros.

Estaba contenta. Me volví prudente.

Si me hubiera dejado llevar por mi verdadero estado de ánimo, habría podido dar brincos de alegría. En lo más hondo de mí misma, zapateaba de placer. Esta vez, el conde Mosca no se olvidó de mí. Me inspiró una actitud pausada, moderadamente optimista. Hice saber que distaba mucho de estar segura de colmar la expectativa que había suscitado; no era fácil poner en marcha una renovación; con el paso de los días, se volvería complicado acertar el cóctel de ingredientes necesarios para llenar esas páginas.

Necesitaba ayuda e ideas; se las pedía a todo el mundo, sobre todo a mi benevolente director; en cuanto a la persona que me había «proporcionado ya, con tan gran generosidad, tantas oportunidades profesionales» (eran sus propias palabras, delatadas por una amiga), le deslicé, en el curso de una entrevista, que no creía que tuviera muchas posibilidades de éxito, y también le pedí que me concediera un año antes de emitir un juicio sobre mí; iba a hacer todo lo posible para no defraudarle, pero la tarea, que requería a la vez inventiva y estímulo para conseguir una renovación sin romper con la tradición, era quizá demasiado ardua para mí.

Reprimió su sorpresa. Vi un brillo de desconfianza en sus ojos grises que desapareció inmediatamente, y sus párpados se fruncieron en una sonrisa.

Tuve paz durante más de un año.

Guardo un agradable recuerdo de una serie veraniega en que me aparté un poco de mi terreno lanzando cinco reportajes sobre ciudades de la Antigüedad que habían prosperado bajo el reinado de una mujer. Una idea un tanto artificiosa, digamos que muy poco original: Cartago y Dido, Alejandría y Cleopatra, Palmira y Zenobia, Rávena y Teodora, Constantinopla e Irene. Reinas o administradoras juiciosas. Por un momento tuve la tentación de añadir a Judit, sobre todo a causa de la *Juditha triumphans*, el vigoroso «oratorio militar» de Vivaldi, pero me pareció un poco rebuscado. Al fin y al cabo, Judit sólo había triunfado sobre un Holofernes dormido ebrio y enamorado. A lo largo de los siglos, un aura increíble acompañó el relato de este acto de alevosía, e inspiró decenas de cuadros y obras de arte, y todo por haber degollado a un jefe guerrero enemigo. Una idea pasó por mi cabeza; traicionar al Lagarto, quizá, pero no, yo no podría a pesar de todo rebanarle el cuello mientras dormía. Fuera Judit. Me concentré en las verdaderas triunfadoras.

Cedí Alejandría a un periodista brillante (yo no tenía fuerzas para

intentarlo), repartí los demás temas y levanté el vuelo hacia Damasco. Después de un día de paseo por el zoco y de compras de manteles bordados con hilos de plata, me fui a Palmira en coche con un fotógrafo y una arabista con ojos de cierva. Había un hotel en el centro mismo de las ruinas que, sin hacer alarde de una escandalosa originalidad, se llamaba Zenobia (recientemente ha sido saqueado, profanado y quemado). Vetusto, las habitaciones amuebladas con camas y cabezales de dormitorio o de hospital de campaña, había alojado a generaciones de arqueólogos. Una terraza ofrecía una vista sobre el conjunto de la ciudad antigua, las tumbas y el castillo árabe. La noche de nuestra llegada, dos asnos descansaban contra el muro del recinto. Un pequeño escorpión dormitaba bajo mi silla.

Nos dieron una habitación para tres, cosa que me gustó mucho porque daba a la escapada el aire de unas vacaciones de adolescentes. La segunda noche, anuncié a mis acompañantes que planeaba irme a dormir al sereno dentro del recinto del castillo árabe. ¿A alguien le apetecía venirse conmigo? ¿Era peligroso? No tenían ninguna duda de que preferían dormir en una cama, y a la segunda pregunta Farid contestó: «No, no más peligroso que cualquier otra parte.» Su cara redonda, sus bonitas manos cuidadas y su conocimiento sin ostentación de la historia de su país me inspiraron simpatía.

Me acompañaron en la subida a la colina, que era bastante empinada; charlamos un poco y después me dejaron sola. El castillo, que domina el emplazamiento e impresiona por su rudeza, está destrozado y su interior no tiene mucho interés. Elegí un rincón más o menos limpio y me acomodé contra una pared.

Esa noche no dormí. El cielo titilaba. Muy pronto, el frío comenzó a morder. Contrastaba con las caricias de aire templado. Había pequeños ruidos, pero nada que diera miedo. Las horas transcurrieron sin fatiga. Tiritaba. Antes del amanecer, el paisaje se cubrió durante algunos minutos con una pelusa malva. Luego todo se iluminó de rosa y de púrpura. Y el calor regresó repentinamente, en oleadas que golpeaban cada vez con más fuerza.

Durante el desayuno en la terraza del hotel, me reía. Estaba orgullosa de mí misma. Me había demostrado que era posible trabajar mucho y con seriedad, constreñirse y adaptarse a todos los moldes, pero, con un poco de organización, hacer también una escapada de vez en cuando. Saltar el muro.

Al día siguiente cogimos de nuevo el coche hacia Damasco. El reportaje estaba en la guantera. El conductor (bautizado «orejas grandes» a causa de su supuesta pertenencia a la policía) sobre todo nos oyó cantar a grito pelado. Fui ovacionada por «Emmenez-moi» y las palabras de Aznavour…, *un beau jour sur un rafiot craquant de la*

coque au pont… La hermosa arabista canturreó un *Ya habibi*, con inflexiones a la manera de Asmahan que iban de lo aterciopelado a lo estridente.

A mitad de camino, en medio de una llanura árida, vi un cartel deteriorado que señalaba hacia el este, del lado del Éufrates: «Bagdad, 400 kilómetros». Veinticuatro horas después, me encontraba dirigiendo una reunión de proyectos en el periódico.

Mi madre pasó los últimos meses de su vida tendida sobre un costado, con la cabeza alzada por almohadas y una bombona de oxígeno al alcance de la cama. La bella nadadora era ahora un pobre pez varado en una playa de guijarros que intentaba vanamente respirar; las costillas prominentes se elevaban a sacudidas por el esfuerzo, y se hundían a continuación de un modo brutal y por un tiempo muy breve. Verlo me resultaba insoportable.

Se hacía todo lo imprescindible: visitas, controles, análisis. Ella sabía que no había mucho que esperar, intentaba ofrecer resistencia para ahorrarse esos desplazamientos, y luego aceptaba para darme gusto. Contestaba con precisión a los médicos; les había pedido taxativamente que no le contaran cuentos y le dijeran cuándo iba a terminar todo aquel calvario. Los médicos más jóvenes le cogían la mano, le decían que debía ser valiente. Un recién llegado al servicio le preguntó un día su fecha de nacimiento para rellenar sus fichas. Le tocó aguantar su última coquetería: «Lo lamento, doctor, he mentido tanto sobre ese asunto a lo largo de mi vida que ya no me acuerdo.»

El joven se volvió hacia mí, sin obtener respuesta. Sentí más bien ganas de felicitarla.

Cuando acabó todo, al día siguiente de una noche tan interminable y tan corta a la vez (la imagen del reloj de arena se impuso a lo largo de toda la noche, terrible: algunas horas todavía, algunos minutos, algunos segundos, tan sólo unos granos de arena), preparé el café a mi padre, me fui poniendo en movimiento, llamé al médico, experimenté un triste alivio. Abrí las ventanas y eché un vistazo al piso.

En la alacena, en la parte de arriba, detrás de las especias, ya no había nada, ningún fajo de cartas. Todos los álbumes de fotos habían desaparecido de la biblioteca. Una gran caja roja, que yo había visto llena a rebosar de un batiburrillo de fotos y de pequeños recuerdos acumulados con el paso del tiempo, estaba vacía. Alguien tuvo que ayudar a mi madre a destruir y quemar no sólo lo que le pertenecía, sino también los retratos de familia, nuestra correspondencia y

nuestros recuerdos. Como solía pasarse un poco de la raya, tampoco pudimos encontrar las declaraciones de la renta, los títulos de copropiedad, el permiso de conducir ni los pasaportes. Una enfermera, una señora de la limpieza o quizá la cuidadora le habían obedecido sin avisarnos.

En cambio, encontré un sobre que había dejado para mí, muy visible, en el cajón de su mesilla de noche. Era breve:

> *Querida mía*:
>
> *Deseo ser incinerada (después de mi muerte, naturalmente).*
>
> *Gaby*

Estoy segura de que había preparado la jugada con mucho tiempo de antelación: una incineración general, de cuerpo y bienes, acompañada de una broma delicada. Para hacerme reír.

Estuvo a punto de conseguirlo.

El hijo de mi jefe lagarto no se parecía en absoluto a una cría de lagarto. Era un joven bien plantado, de mirada franca, que había elegido estudiar una carrera universitaria científica. En mi recuerdo, ya era profesor ayudante en la universidad de una gran ciudad. Su padre, que atravesaba, como era habitual, una crisis de hipocondría, lo convenció para que lo abandonara todo, se formase en la empresa y lo relevara un día. Era hijo único: al fin y al cabo era un deber.

Había descubierto el dispositivo ganador. Instituía un tándem compuesto por su hijo y yo, al que añadía un director financiero que habría de asesorarnos y vigilarnos. En resumen, según los días, se trataba de un dúo, un trío o un directorio. Por lo que se refiere a él, nos había dado su promesa solemne: algunos meses después de poner al frente de su grupo de periódicos, radios e imprentas a dos personas de su confianza y a su propio hijo heredero, se iría eclipsando paulatinamente, con la cabeza y el corazón tranquilos.

Yo era reacia a abandonar el periodismo por el *top management*. La sección de «Sociedad» era muy apreciada; tenía cierto margen de libertad, y podía escribir y solicitar textos a mi antojo. También tenía la posibilidad de evadirme cada cierto tiempo. En cuanto al dinero, había aprendido a desconfiar de él. Por tanto, rechacé la oferta sin dejar de expresar mi agradecimiento: dije que no me sentía capaz de encargarme de esa codirección, o en todo caso no inmediatamente.

Se desató una guerra subterránea. Nada era ya tan fluido como antes. Nunca sabía qué subterfugio se utilizaría para hacer que mi

vida cotidiana fuera más oscura y más resbaladiza. Un paisaje conocido y querido se transformó en un bosque de cuento fantástico: las praderas se convirtieron en ciénagas, los bondadosos árboles en ogros maléficos, las flores se transformaron en animales feroces. Sombras amenazantes se extendieron sobre los días más banales; antes, a veces, de disiparse como por encanto. Mis colaboradores no sabían ya sobre qué pie danzar y se volvían precavidos. Tenía su interés, pero era invivible.

Acabé deponiendo las armas y aceptando ese «nuevo desafío», como dice la gente de empresa, porque por primera vez en mi vida me sentía realmente cansada. Era la mejor solución: me embarcaba en una nueva fase ardua de esfuerzo y de adaptación, y evitaba al mismo tiempo los nubarrones psicológicos y sus tempestades inútiles.

Me equivoqué. Seis meses después la cría de lagarto tenía enormes ojeras y llegaba cada vez más tarde por las mañanas, el director financiero tomaba pastillas para la úlcera y daba cabezadas y yo adelgazaba a ojos vistas. El único al que le iba realmente bien era a nuestro jefe: habían desaparecido sus manifestaciones de hipocondría.

Cuando murió mi padre, año y medio más tarde, repetí con la misma triste convicción las etapas que habían seguido al último suspiro de mi madre. Mi padre no me había formulado ninguna voluntad de viva voz, y, sin pensarlo demasiado, organicé las mismas sobrias exequias, incluida la incineración.

Tres semanas después, al abrir por casualidad un libro ilustrado sobre los grandes campeones de equitación (en sus últimos meses de vida había sustituido el casino por una inesperada asiduidad al hipódromo, que no se hallaba demasiado lejos de su casa), me topé con una nota en la que me pedía que le evitara la presencia de curas y rabinos, rechazaba la incineración y elegía un entierro en un cementerio al norte de Milán.

Me dio un ataque de pánico: era imposible dar marcha atrás. Le habían tocado una misa católica, una incineración y un columbario. ¡Cómo habría podido saberlo!

Pero en el sobre había un regalo para mí. Una foto pequeña en blanco y negro, por supuesto, dentada como todas las de los años treinta y cuarenta. Superviviente de la destrucción general, debía de estar guardada entre sus cosas personales.

Estoy segura de que fue tomada en Agami, la playa de moda en aquella época, cincuenta kilómetros al oeste de Alejandría. Ríen. Juventud al sol. Ella está sentada, con sus bellas piernas desnudas bien a la vista y sus ojos negros mirando al objetivo. Él está de rodillas, de perfil; viste con exagerada elegancia: short blanco, jersey color crudo metido en el short y mangas amplias. Apoya su frente contra la mejilla de ella. A lo lejos, puede divisarse el mar.

Es la única foto que me queda de ellos juntos.

Sé que los amores de los demás son siempre incomprensibles. Sé que mirar intensamente una imagen no basta para animarla por arte de magia. Es una pena.

Con todo, yo lo hice.

Me habría gustado saber qué es lo que se decían antes o después de la foto; me bastaría muy poco para conseguirlo: el final de una frase, una entonación. Sobre todo, querría oír la voz de mi padre. En cambio, mi madre nunca me inspiró confianza en la descripción de sus sentimientos, ya a los veinticinco años debía de ser capaz de engatusar a su gente. Risueña, bien dotada, con una desenfadada picardía.

Todavía no eran padres ese día en que alguien, un amigo o un familiar, los había fotografiado en Agami. Antes del baño, todavía vestidos, con el pelo seco. Quien me interesa, sobre todo, es mi padre; no practicaba la mala fe como un deporte cotidiano. El espacio que ocupa en mis recuerdos es reducido; mi madre, sin querer, lo ha apartado a un lado, al rincón invadido por las brumas que vuelven para siempre inciertas mis interpretaciones. Soy una traductora de imágenes a la que se le han facilitado muy pocas pistas. Me apoyo en unas cuantas certezas. Mi padre está contento, orgulloso, pero su sonrisa es la de un hombre tímido. Creo que lo que siente por su mujer es un amor cohibido.

¿Qué sabía de ella entonces? ¿Y a qué se dedicaba durante los cinco o seis meses que ella pasaba en Europa? Incluso antes del nacimiento de su hijita (que tanta necesidad tenía de respirar el aire de países templados), mi madre levantaba el vuelo cada primavera como una tozuda golondrina. ¿Tenía mi padre «flirts» para colmar la ausencia, tal como decían mis tías? Mucho tiempo después, cuando ya vivían pegados uno al otro en una tediosa soledad, fui testigo de una despectiva alusión de mi madre a propósito de «una horrible rubia de uñas pintadas». Dio la impresión de que la injusticia de la observación había exasperado a mi padre. Pero ninguno de los dos contestó a mis preguntas.

A esa época se remonta una anécdota que mi madre contaba entre risas, adornándola con el paso de los años. Su propósito oficial era instruirme en las estratagemas más eficaces para que una mujer joven

y bonita se quitara de encima a un pretendiente molesto. Imaginación y firmeza eran los requisitos indispensables. Tacto y determinación. Iba al volante, y a su lado tenía a un hombre al que se le había metido en la cabeza convencerla de que abandonase a su marido para casarse con él. «Hablaba, y no paraba de hablar; yo ya no sabía qué hacer. Nos íbamos acercando a casa, era bochornoso. Quería que se bajara del coche. Yo era toda su vida, por qué no, de acuerdo, pero ya me había cruzado con el Buick de mi hermana Arlette y algún otro coche. Y él declaró que no tenía la menor intención de bajarse antes de que yo le contestara con claridad sí o no. Pero ya le había dicho que no y no me había creído…»

Y se le ocurrió una idea genial. A un lado de la calle había aparcado un carromato cargado de fruta y verdura, cuyo propietario charlaba, en la acera, a unos cuantos metros. Ella dio un bandazo y embistió sin frenar contra la carreta. «¡Menudo caos! ¡Toda la calle había quedado llena de cebollas, melones y tomates! ¡Todo el mundo gritaba! Y el tráfico, no te digo. Los niños y los mendigos se lanzaban a por la fruta. ¡El barrio entero olía a melón!»

El final de la historia era lacónico: el pretendiente, «que no había querido escucharla», se alejó sin decir nada y ya no se volvió a oír hablar de él. Ella pidió perdón al vendedor ambulante jurando que no lo volvería a hacer. Mi padre, que también regresaba a casa, se bajó de su propio coche para indemnizarle por el desaguisado.

El relato formaba parte de su patrimonio común; mi madre lo contaba haciendo hincapié en la macedonia de frutas; mi padre añadía detalles técnicos no exentos de gracia. Pobre pretendiente: ¿qué se le habría perdido en aquel avispero?

Cuando le anuncié a mi jefe que pensaba dejar su empresa, no me escuchó. Era un especialista en complicadas maniobras consistentes en destruir los equilibrios internos, reconstruirlos de un modo diferente y derribarlos de nuevo al cabo de unos cuantos meses. Sabía asombrarse por adversidades que él mismo había provocado, promocionar por sorpresa a hombres y mujeres a quienes antes había desalentado y debilitado, sin dejar de pregonar que él sólo estaba de visita y que teníamos el poder en nuestras manos. Todas estas artimañas, que le producían un enorme regocijo íntimo, no habían logrado erosionar la prosperidad del grupo. La capacidad de los asalariados occidentales para aguantar situaciones gratuitamente vejatorias es mucho mayor de lo que se imagina. Y el amor al trabajo bien hecho contra viento y marea es a veces asombroso.

Estaba acostumbrado a ahuyentar a la gente, pero no a que lo

abandonaran contra su voluntad. Eso no le gustó en absoluto. Durante varios días me debatí como una hormiga atrapada en una gota de miel (cuando me prometía maravillas) o como una hormiga ahogada en un charco de vinagre (cuando me profetizaba una sucesión de desgracias terribles o de lamentables fracasos).

Una tarde, la hormiga, un poco maltrecha, cerró la puerta a sus espaldas. Prefería desperdiciar su vida en otro lado.

POR LA TARDE

Me había convertido en la mujer que no habría debido ser.

Nunca triunfante, siempre prudentemente disimulada; nunca orgullosa y directa, siempre un tono por debajo y campeona de eslalon; nunca tajante, a menudo humilde, a veces incluso penosamente sumisa. Mi impaciencia ahogada, mi carácter reprimido y mis sueños anestesiados.

El Oriente de mi juventud (sus valores fantasiosos, su fascinante descomposición) había ido borrándose poco a poco, una tachadura tras otra. No había habido lugar para la nostalgia tras instalarnos en Europa, pero ahora los recuerdos, en sí mismos inertes, habían dejado de acudir. ¿Qué habría sucedido si la Historia hubiese esperado un poco, dos o tres décadas, antes de sacudirnos como un perro se sacude las pulgas? ¿Qué habría sido de mí? ¿Me habría casado con un compañero del instituto San Marcos, tocada con una pamela rosa, habría llevado a mis hijos a la playa en un coche descapotable, habría ido a hacer pícnics en el desierto?

Me había adaptado al cambio como una planta trepadora a las fantasías de su jardinero. Mis padres, por su parte, se habían quedado al margen, arrojados en una esquina del jardín como arbustos de los que ya no se espera gran cosa, sólo que se mueran sin hacer ruido. Leía en los periódicos las noticias de Egipto o del Líbano o de Siria. Estábamos muy lejos todavía del destrozo que iba a desfigurar esos lugares y sus poblaciones a comienzos de este nuevo siglo, pero, a pesar de los artículos cultos y optimistas de todos mis colegas periodistas y grandes reporteros, me atreví a decir sin ser escuchada que nos encaminábamos hacia una catástrofe (siempre he comprobado que la voz de alguien que conoce un poco el tema es sospechosa, en ocasiones ridícula, y en todo caso infunde menos respeto que la de un especialista).

En cuanto al Occidente de mis esperanzas, al que me había adaptado con una buena voluntad obstinada e ingenua, y al que había entregado mi destino, no me provocaba ya ningún entusiasmo; se había reducido a una sucesión de despachos en un universo

urbanizado y monótono. Todos mis esfuerzos, encarnizados y un poco ridículos, no habían desembocado en otra cosa que esto: una asimilación mediocre obtenida a costa de seriedad y renuncias. También de este lado del Mediterráneo iba a empequeñecerse el mundo; el vigor y el impulso de la historia pasada serían sustituidos por un razonable repliegue, progresivo sin duda, pero irreversible. La grieta sobre la que yo había vivido revelaba una fractura apenas camuflada. El comienzo de un derrumbe.

Ya no quería servir, pero tampoco había sido capaz de otra cosa. Yo era la única responsable.

Habiendo dejado de ser joven, sin marido ni hijos, abandoné por una cabezonada una situación profesional que había creído elegir y amar. Esta revisión de mi existencia, justo en el momento en que amenazaba con cuajar en eso que se llama éxito social, parecía una locura. Pero mi cuerpo y mi cabeza me pedían una tregua. Las semanas que siguieron a mi dimisión, después de una dolorosa ruptura a sacudidas, abrieron un largo período de convalecencia. De calma absoluta. Como una huelga.

Conrad habla de ese estado y el que le precede con una precisión clínica en las primeras páginas de *La línea de sombra*, su único relato autobiográfico: «Y, súbitamente, abandoné todo aquello. Lo hice a la manera, para nosotros irrazonada, del pájaro que abandona su rama.» (El paralelismo con el narrador me parecía tanto más asombroso cuanto que, entre tantas otras expresiones brutales e inapropiadas, mi ex jefe me espetó varias veces con insolencia que nunca me atrevería a abandonar «un nido tan seguro».)

«Y el tiempo también camina, hasta que, de pronto, vemos ante nosotros una línea de sombra advirtiéndonos que también habrá que dejar atrás la región de nuestra primera juventud. Éste es el período de la vida en que suelen sobrevenir aquellos momentos de que hablaba… Es decir, esos momentos en que los aún mozos propenden a cometer actos irreflexivos, tales como el matrimonio improvisado o el abandono de un empleo, sin razón alguna para ello.»

Con un nudo en el estómago por la náusea, compañera de la agonía de mi juventud, opté por la inmovilidad y la espera. Antes de atravesar mi propia línea de sombra.

Estaba recostada sobre uno de esos enormes bloques de piedra blanca de Istria que, durante kilómetros, componen los *murazzi* del Lido de

Venecia, cuando de pronto sentí una pequeña brisa de felicidad; como si la vida reanudara su curso.

Los *murazzi* se hallan entre las más sobrias e impresionantes construcciones humanas. Se trata de un dique, que se extiende sobre tres cordones lagunares, construido en el siglo XVIII para proteger Venecia. Inmensos bloques de piedra frente al Adriático, alineados prudentemente ante el mar abierto, un trabajo hercúleo realizado a lo largo de varias décadas. En una punta de la isla de Pellestrina, una placa conmemorativa reza: *Ut sacra aestuaria urbis et libertatis sedes perpetuum conserventur colosseas moles ex solido marmore contra mare pusuere curatores aquarum* (Los curadores de las aguas levantaron estos diques colosales de sólido mármol para que los sagrados estuarios de la ciudad y de la libertad quedasen protegidos del mar).

La ciudad y la libertad: la asociación de ambas palabras restallaba como una bandera. Yo había llegado a Venecia algunos días antes, en el tren de la mañana, con la firme intención de proseguir mi huelga personal y descansar en una pensión del Lido. Llevaba una semana alojada en una habitación deslucida, pintada de amarillo, con vistas a la explanada que está delante del embarcadero. Por las mañanas, alquilaba una bici y salía hacia los faros o a lo largo del sendero que domina los *murazzi*, comía un bocadillo de jamón y berenjenas, sesteaba sobre una piedra caldeada por el sol, me bañaba cuando me apetecía (mojando bien el pelo: es una receta sencilla para recuperar el gusto por la vida), pedaleaba sin prisa y me paraba al dictado de mi capricho. A veces, en Malamocco, en una cafetería al aire libre, me tomaba una Coca-Cola helada viendo pasar los viejos autobuses. Los tilos escupían sus pegajosas melazas. Los petroleros entraban y salían de la laguna hacia el puerto de Marghera o hacia el estuario de Alberoni. Otros ciclistas dejaban apoyadas sus bicis contra los troncos de los árboles y encargaban pescados a la parrilla con patatas fritas.

Reanudé mi lectura de *La línea de sombra*: «… todo lo cual fortalecía en mí aquella vaga sensación de que la vida no era más que una sucesión de días malgastados, sensación que, casi inconscientemente, me había hecho abandonar un buen puesto y camaradas a los que apreciaba para escapar de la amenaza de semejante vacío… Me sentía presa de un gran desaliento, de una especie de embotamiento moral… No había nada nuevo, original, revelador que esperar de este mundo, ninguna sabiduría que adquirir, ningún placer que gustar. Todo era estúpido y artificial… Y eso era todo.»

No sé si acostumbra a pasarles a los demás, pero me he dado cuenta de que mi cuerpo va a veces un paso por delante de mí misma;

lo que experimento se anticipa entonces a lo que después percibiré mediante el razonamiento o la observación. La tarde del día en que me sentí renacer suavemente sobre una piedra del dique, supe que me habían estado buscando, que había recibido dos llamadas telefónicas. Una me invitaba en nombre de un gran empresario milanés a una cita muy urgente; la joven recepcionista de la pensión estaba un poco alterada: le habían insistido mucho en que telefoneara inmediatamente. «Dijeron que les costó trabajo localizarla», añadió. La otra era de Giacomo. «Este señor me encargó que le dijera que llega mañana; reservó una habitación al lado de la suya.» No telefoneé hasta el día siguiente: quería preservar la soledad de esa velada y el sentimiento todavía frágil de la renovación.

Nunca olvidaré ese día de septiembre, despejado pero un poco brumoso hasta las diez. La oferta de trabajo que recibí por teléfono fue tan inesperada que iba a dar un nuevo rumbo a mi vida. Conseguí aplazar tres días la cita en Milán que otorgaría un carácter oficial a este nuevo comienzo. Cerca del mediodía llegó Giacomo, con la chaqueta al hombro, una bolsa en la mano y una amplia y encantadora sonrisa: «Quería entender lo que nos está pasando.» Yo sonreí también: «Tengo muchas cosas que contarte.»

Nubes tornasoladas, colinas naífs salpicadas de casitas y campanarios estrafalarios, aviones que dejan sus estelas en el cielo, detalles realistas pero transfigurados por un rasgo original, un humor socarrón: los paisajes que hicieron famoso a Giacomo constituían la mayor parte de su obra como pintor de diseño. A eso se añadía un pasmoso talento como retratista; le gustaba bosquejar a tinta china artistas trabajando -escritores, músicos, pintores- en papeles esmeradamente elegidos, gruesos, a veces ligeramente tintados. El efecto, nunca del todo caricaturesco, era muy fuerte; me había regalado un Proust joven, con los párpados hinchados y muy atareado, tan extraño como desgarrador.

Durante mis años de periodismo, había proporcionado trabajo a Giacomo; él había ilustrado con infatigable fantasía mis páginas dispares dedicadas a los viajes inteligentes, los destinos originales, el *far niente* reparador… Sus dibujos habían esquivado y burlado con gracia todos los clichés de nuestra época turística pero cultural. Su talento enriquecía periódicos a menudo mediocres, les otorgaba esa elegancia risueña que se desprende de una mirada impermeable al espíritu de seriedad. «Ilustro, pero me burlo», podría haber sido su divisa.

Se pasaba todo el tiempo dibujando: en el café, en el tren, en la

calle; se sentaba como podía y sacaba de su bolsillo los bártulos de acuarelista; si no encontraba agua, le bastaba con un poco de saliva.

No muy alto, más bien fornido, con cara de aire libre (quiero decir que era guapo cuando paseaba pero se apagaba en los eventos sociales, en los que se aburría). Había venido a verme para comunicarme algunas ideas sencillas y afianzadas: teníamos que casarnos enseguida, a mí me vendría muy bien, y el futuro sería muy divertido.

Yo reía de buena gana; mis respuestas se atropellaban: es inoportuno, iba a aceptar un trabajo en el extranjero, en París, un verdadero mando de buque almirante; casarse, menuda idea, y desde cuándo viene bien el matrimonio; sí, me encontraba mejor, pero iba a dar un terrible paso adelante, la línea de sombra, Conrad; era triste e inevitable al mismo tiempo, había que irse acostumbrando; si optaba por la vía que se me ofrecía, la encrucijada quedaría a mis espaldas, olvidaría la angustia; ya que avanzábamos hacia la nada, era preferible agilizar el paso; sí, me encontraba mejor, pero qué idea casarse conmigo, era una mujer libre; no estaba segura de que me amase mucho tiempo; me iba a una ciudad casi desconocida, qué podíamos hacer; había venido y eso ya era un regalo del cielo; sí, me encontraba mejor, no estaba tan herida como eso, no necesitaba protección; era espabilada, todo el mundo lo decía; tenía aguante, no había que temer por mí.

Articulando de manera exageradamente clara, como se hace con los niños soñolientos o con los lentos de entendederas, me dijo que había que simplificar las cosas; el matrimonio era ideal para eso, me haría precisamente más libre. ¿No estaba harta ya de esos cuentos progres? ¿Acaso el 68 no había debilitado a las mujeres? Al derribar el antiguo orden y contar todas esas sandeces sobre el futuro de la pareja, había causado estragos: bastaba con que mirase a mis amigas, psicoanalizadas y quisquillosas. Si tenía que marcharme a trabajar a París, él me seguiría, podía dibujar en cualquier lugar. «Y no olvides otra cosa, pequeña», remedó a Humphrey Bogart: «Los fuertes son los que necesitan más protección.»

No se me ocurría nada que replicar a sus paradojas. No acababa de entenderlo todo; su teoría sobre los fuertes que necesitaban protección era tan extraña y poco cristiana como la que me había susurrado mi madre poco antes de morir: «Ten cuidado: los débiles acabarán con nosotros.»

Me costaba trabajo seguirle, pero en cambio mi cuerpo había entendido ya las líneas mayores de su discurso: sin esperarme, sin aguardar a que reflexionara y pusiera en marcha mi legendaria sensatez, mi cuerpo había abandonado toda desconfianza y toda prudencia, e irradiaba felicidad; tenía también mucha hambre, mucha

sed y mucho sueño.

Algunos libros fueron muy importantes en mi vida; quiero decir que estuvieron presentes en esos momentos en que la vida aceleraba su ritmo y tomaba un nuevo rumbo. Desempeñaron en ella un papel determinante. Incluso creí oír voces fraternales que se elevaban de las páginas de Stendhal, Conrad o Proust, y me dejé guiar en mis decisiones por lo que decían. Son responsables de muchas cosas, me ayudaron a elegir y bastantes veces a partir. No se trata de cultura literaria, no podría transmitirla a mis allegados o a unos alumnos. No es un saber que se pueda enseñar. Es otra cosa: vínculos casi familiares. Digamos que confío en los textos que me gustan. Entonces, cuando encuentro algo que me atañe, profundizo durante años. Ahondo para comprender mejor, para captar mejor su sentido y su belleza. Leo y releo, pocas veces subrayo.

Esta confianza se tiñe de asombro y gratitud cuando no sólo el texto se adapta a mi situación sino que además consigue aclararla.

Acepté, pues, ese puesto de trabajo inesperado por su importancia, su lustre y su remuneración, en parte desde luego porque así me alejaría de Milán y cambiaría de país, pero también porque Conrad estaba a mi lado con su melancolía y sus aventuras lejanas: sus textos me daban valor.

Ya no tenía miedo de no merecerlo, de no estar «a la altura» (diez años antes me habría torturado). La suerte me sonreía un poco por casualidad, pero decidí entregarme a ella con desparpajo, sin regatear, negociar ni pedir demasiadas explicaciones. Justo lo suficiente para no dar la impresión de ser indiferente. Una multinacional italiana, después de desarrollarse en España y Alemania, se había lanzado a la compra de dos empresas en Francia (dos *assets*, tenía que adaptar rápidamente mi lenguaje) y había pensado en mí para dirigirlas y formar parte del comité ejecutivo central. El poder, en esta enorme empresa, se filtraba a través de una sucesión de organismos de control. Eso me alejaría de las crueldades veladas de un jefe legítimo.

Mi relativa desenvoltura se debía a un nuevo fatalismo; no deseaba ya adaptarme a la sociedad, no soñaba ya con transformarla o con dejar huella. Sonreía pensando en Bonaparte o en Lawrence; se habían unido a Aquiles y a Héctor, habían encontrado su lugar en el panteón de la infancia. Era posible vivir simplemente, dejarse llevar, hacer el

muerto contemplando las nubes. Y, al mismo tiempo, aceptar una nueva aventura. Que saliera bien o mal no tenía ya la menor importancia: la aventura valía por sí misma.

La lectura de *La línea de sombra* acompañó muy estrechamente esas semanas de transformación. Este eco me repetía, apenas deformada, la voz del narrador: «Ante todo, me sorprendió mi estado de ánimo. ¿Por qué no estaba más sorprendido? ¿Por qué? En un abrir y cerrar de ojos me veía investido de un mando, y no de acuerdo con el curso habitual de las cosas, sino como por arte de magia. Realmente, debería estar mudo de asombro. Pues no. Me semejaba a esos personajes de los cuentos de hadas, a los que nada sorprende nunca. Cuando de una calabaza brota una carroza de gala perfectamente equipada para conducirla al baile, Cenicienta no se maravilla, sino que sube muy tranquila a la carroza y parte hacia su magnífico destino.» También hacía mías las palabras que acompañaban esta nueva partida: «¡Un barco! ¡Mi barco! Aquel barco era mío… Yo jamás había sospechado su existencia; ignoraba su aspecto; apenas había oído su nombre y, sin embargo, he aquí que estábamos ya indisolublemente unidos para una cierta porción de nuestro futuro, destinados a hundirnos o a navegar juntos.»

Sin embargo, un vago escrúpulo de veracidad me obliga a confesar que el paralelismo entre el narrador de *La línea de sombra* y yo no estaba perfectamente trazado. Es cierto que Conrad, o su personaje, había sido nombrado capitán por un azar encantado; pese a todo, existían razones para esta solemne investidura: el bagaje de conocimientos técnicos de un marino de altura, la experiencia de los puertos de Oriente y la asidua frecuentación de hombres y lugares.

Yo era periodista; durante cuatro años llevé a cabo sin percances la modernización y la gestión de una gran imprenta; eso era todo, no era gran cosa en comparación con lo que se me había propuesto.

En la cesta había semanarios femeninos, más bien de baja gama, dos lujosas revistas de decoración, tres publicaciones mensuales de viajes y de geografía, una revista de historia bastante bien hecha y una agencia de publicidad. Seguro que me olvido de algo, y además el «perímetro» estaba destinado a cambiar y a seguir «la evolución del mercado». La responsabilidad de este grupo consistía en el compromiso de no perder dinero, de aumentar las páginas de publicidad y el volumen de negocio correspondiente. Sin olvidar las «sinergias» que obligaban a utilizar en la medida de lo posible, para ahorrar, los reportajes y fotos encargados en Alemania e Italia. Adaptándolos, pues había que «respetar las identidades».

Pero sucedió algo que yo no había previsto: me arrastró una ola de

afectividad. Puesto que era responsable, iba a tomarme las cosas en serio. Era un gran barco, y era el mío. Me iba a pertenecer. Incluso antes de ponerme al mando, me di cuenta de que me gustaba. Me concernía la existencia de la gente que trabajaba allí, en todas las categorías. Lo que íbamos a hacer juntos tenía una importancia relativa, pero era obligatorio pilotar el barco cabalmente y con brillantez. En el improbable caso de que dos incendios devastadores se declarasen simultáneamente en mi casa y en la oficina, sabía perfectamente hacia dónde correría con el corazón palpitante.

Las cosas se precipitaron. Sobrenadan episodios y ambientes. El matrimonio me seguía dando miedo. Por otra parte, estaba seriamente convencida de que era imposible por razones administrativas.

-No puedo casarme. No tengo partida de nacimiento.

-¿Y eso qué quiere decir? Todo el mundo tiene partida de nacimiento.

-No la han enviado. Al parecer, la tenían que haber recibido y registrado en Livorno, pero allí no está.

Giacomo se reía. Yo no: las dificultades administrativas me dejaban quejumbrosa, me provocaban accesos de pánico y despertaban mis inseguridades.

-Bueno, naciste, ¿no? Puedo atestiguarlo. Y luego encargaremos los trámites a una gestoría. ¿No queda ya nadie en Alejandría que pueda arreglarlo?

-Nadie.

-Diré a la gestoría que lo hagan como quieran y que les pagaré tres veces la tarifa.

Sentí alivio por no tener que ocuparme ya del asunto. Al cabo de cinco días, no daba crédito a mis ojos al comprobar cómo hacía su aparición una partida de nacimiento.

Llegó el día de las despedidas en mi antiguo periódico. Las despaché con una sonrisa.

El día en que intenté traspasar la verja del cementerio sin conseguirlo.

El día en que me hice las fotos de carnet en el fotomatón de la esquina para la renovación de mi pasaporte: tenía realmente mala cara.

El día en que llevé mi Mini Cooper blanco al desguace. No sabía que le arrancarían las placas de la matrícula. Tenía lágrimas en los ojos.

El día de la boda. Estamos muy alegres, salgo guapa en las fotos, llevo un vestido con margaritas blancas. Cumpliría cuarenta años una semana después.

El día en que me compré una magnífica gabardina roja de piel de melocotón, botas de piel flexible y una chaqueta gris azulada de espiga. Para marcharme con ropa nueva.

El día del traslado. Hice lo mínimo. Menos que lo mínimo.

El día en que dije adiós a la portera y a su perro.

Había previsto muchas cosas referentes a nuestra nueva vida en París, pero no se me ocurrió pensar que tendría problemas con mi lengua materna, el francés. Lo hablaba y lo leía como antes, desde luego. Pero ya no era mi lengua cotidiana. Con el acento todo iba bien. Y por escrito también. Pero las expresiones, las imágenes y las fórmulas se habían multiplicado. Mi francés tan correcto, tan encorsetado, parecía salido del frigorífico.

Varias veces a lo largo del día una expresión desconocida me chocaba; la mayoría de las veces el sentido general bastaba para continuar la conversación; memorizaba sin dificultad la recién llegada, la archivaba en mi diccionario personal y asunto concluido. Pero a veces el terreno se volvía inestable, la expresión no se parecía a otras análogas en las lenguas conocidas y el contexto no ayudaba. Peor aún si el interlocutor se reía de su frase ingeniosa y se tragaba las sílabas, que resultaban incomprensibles.

Me acuerdo del «boca a oreja» omnipresente en mi oficio como directora de una empresa de medios de comunicación y que tanto me había sorprendido; de cómo molaba todo a comienzos de los años ochenta; de los eslóganes de la publicidad indirecta, divertidos sólo a condición de haber visto una y otra vez los anuncios de la tele. Algunos de mis colaboradores se pasaban el tiempo (según sus benévolos colegas) «vendiendo la moto», cuando no descubrían el Mediterráneo o gimoteaban porque la «habían cagado». Anotaba diariamente metáforas deportivas chulescas y machaconas; alusiones a la micropolítica o a las frases brillantes de los políticos locales. Había estribillos de canciones que se inmiscuían en la vida cotidiana; las onomatopeyas de cómics desconocidos me desorientaban. La gimnasia cotidiana para revigorizar mi francés (y no perder autoridad en el trabajo) era más bien excitante, pero tenía el inconveniente de prolongar el tiempo de vigilia. Por la noche, mi cerebro pegaba brincos; me agitaba, dormía poco; las palabras chocaban unas contra otras: era cómico pero agotador.

Aunque no tuve tiempo entonces, por curiosidad habría debido dirigirme a un neurólogo para exponerle mi caso y comprender qué me estaba sucediendo. Era la segunda vez en mi vida: mis esfuerzos, siempre coronados por el éxito, tenían como contrapartida un empobrecimiento por otro lado. Fue así como mi inglés, bastante fluido y gráfico, se momificó, se acartonó, se redujo a una lengua esquelética; no me afectó a la lectura, pero me amputó el vocabulario hablado y me privó de soltura en una lengua que amaba profundamente.

Regresaba tarde a nuestro piso de la calle Monsieurle-Prince. Atravesaba un largo patio y subía rápidamente las escaleras del edificio, cuyos únicos inquilinos éramos nosotros. Giacomo limpiaba sus pinceles al anochecer, y desde el rellano se olía el aguarrás; me gustaba ese olor casi tanto como el de las estrellas de mar secas de mi infancia.

Fue en París, algunas semanas después de instalarme, cuando cobré conciencia de ser «judía».

Por supuesto, sabía que algunos matrimonios de mi familia alejandrina se habían celebrado en la sinagoga y que algunos de mis antepasados estaban enterrados en el cementerio judío. (La tía de mi abuela estaba enterrada cerca de una abuela de Patrick Modiano; una Esther y una Dora, una al lado de la otra, entablaban probablemente conversación y, como buenas madres judías, cotejaban los enormes méritos de sus propios hijos.) Pero otros miembros de la familia descansaban en el cementerio católico o en el de los librepensadores, y había una rama que venía de la India. Mis padres nunca me hablaron de religión; me bautizaron a los nueve años y me escolarizaron siempre en centros católicos.

Durante los años que pasamos en Italia, a nadie, absolutamente a nadie, se le ocurrió recordarme que era sin lugar a dudas de origen judío. Una bendita indiferencia rodeaba todo lo concerniente a mi lugar de nacimiento, mi familia y mis antepasados. Nunca se mencionaba siquiera la noción de comunidad. En suma, a todo el mundo le traía sin cuidado.

En París, en cambio, el asunto cobró una relativa importancia; a medida que iba conociendo gente y haciendo nuevas amistades, observaba un verdadero interés en lo tocante a «mi historia». ¿Apreciaba más Francia los encantos del exotismo que Italia? Tenía

una explicación: Francia había sido un imperio colonial y un país de acogida; Italia, por el contrario, hasta hace poco fue una tierra que generaciones enteras abandonaron para hacer su vida en otro lado, aunque fuese lejos: de América a Australia.

Cuando las preguntas amistosas se hicieron más insistentes, cuando comenzaron a proliferar los sobrentendidos, cuando finalmente amigos muy recientes se tomaron la molestia de llamarme para compartir su alegría con ocasión de fiestas judías cuyo nombre y celebración yo ignoraba, aquellas atenciones empezaron a parecerme molestas.

Una noche un reputado intelectual me espetó en plena reunión mundana:

-Ah, judíos de Alejandría, vosotros sois la sal de la Tierra.

¡Alguien a quien había conocido apenas ocho días antes sabía quién era mejor que yo! Sonreí. Imposible protestar en tales circunstancias, inútil dar explicaciones sin meterse en un atolladero. Me sentía también un poco culpable: tal vez habría debido interesarme por esos orígenes con un poco más de seriedad.

Pero hubo situaciones más perturbadoras. No supe qué replicar cuando mi ayudante, tan bien educada, me recibió con aire compungido el día en que profanaron un cementerio judío en el sur de Francia:

-Ah, señora, me he acordado mucho de usted, qué asunto tan horrible…

Tardé algunos minutos en comprender que me estaba dando sus condolencias.

Le confesé mi incomodidad a una nueva amiga, pizpireta y seductora, judía declarada. ¿Qué hacer? ¿Qué decir en tales circunstancias, cuando mi pasado era tan borroso y me era imposible retroceder tanto para averiguarlo? ¿Y de qué estábamos hablando? ¿De prácticas religiosas, de comunidad, de raza? Ignoraba si yo era realmente judía; me había habituado a asentir por amabilidad, pero cada vez me preguntaba si hacía bien.

-¡Ah, pero eso es muy judío! -exclamó ella.

Decididamente, no tenía escapatoria.

Giacomo refunfuñaba, como diciendo: «y ellos por qué se meten». Una noche encontré en mi lado de la cama un pequeño retrato mío en tinta china en el que contemplaba con cómica perplejidad un enorme candelabro de siete brazos.

También él intentaba entender la sociedad en la que había aterrizado. Al comienzo, le encantaban las veladas entre amigos,

siempre salía con anécdotas que aderezaba con risas. Se dio cuenta de que había temas de conversación que se repetían de una cena a otra, de forma transversal, incluso en medios ligeramente diferentes: los cambios de decoración (acertados o no), la vida de provincias (deseable o no), la vida en París (infinitamente más interesante o no), o las casas de campo sujetas a indivisión hereditaria (conflictiva o no).

Mis logros en la vida carecían de importancia para Giacomo. Echaba un vistazo con indulgencia a los artículos que de tanto en tanto me dedicaban en *Challenges, Les Échos*, el *Corriere della Sera* o el *Frankfurter*. Y comentaba las fotos: «ahí tienes pinta de puñetera», «aquí estás bien, parece que estés de vacaciones», «me gusta más cuando sales de perfil, quedas como estudiosa y amable». Los asuntos de «top management» de banca, de planes trienales, de reestructuración, de revisión de presupuesto, de riesgos y oportunidades, de margen de beneficio, de ajustes estimativos o de acuerdos de accionistas le hacían bostezar. Era muy injusto, y más teniendo en cuenta que yo evitaba hablarle de eso y contarle mis jornadas profesionales. Pero me era imposible ahorrárselo por completo; el móvil todavía no había hecho su aparición y no me quedaba otro remedio, en casos excepcionales, que hablar con mis colaboradores, accionistas o grandes clientes desde el teléfono fijo: a veces presenciaba conversaciones telefónicas que imitaba con tanto énfasis que tenía que volverme de espaldas para no reírme.

Lo que le gustaba de mí, lo que le interesaba, pertenecía a otro ámbito. Todo lo que era frágil, un poco defectuoso y anómalo, todo lo que revelaba mis extravagancias involuntarias, mis fallos y mis debilidades: todo eso era lo que realmente le gustaba. Y lo enternecía. Le encantaban mis olvidos, mis distracciones y mis lapsus. También mis errores de apreciación. Por ejemplo, había estado muy de acuerdo con la elección del piso. Cuando, un poco preocupada, lo llevé a visitarlo por primera vez, se extasió aparatosamente con argumentos que me hundieron en una inquietud aún mayor.

Yo había hecho los trámites muy deprisa; una agencia especializada en pisos oficiales, situada también en unas oficinas lujosas del margen derecho, me ofreció una docena de pisos impecables en el distrito dieciséis, en el ocho e incluso en el uno (por un momento me sentí atraída por una hilera de habitaciones bajo una buhardilla que daba directamente al jardín de las Tullerías). Pedí ver algo en la orilla izquierda: pusieron mala cara. Me dijeron que los pisos disponibles con vistas al Sena eran muy escasos y excedían el

presupuesto, que no tenían en stock más que un pisito en la calle Monsieur-le-Prince, pero no en la «horquilla de precios» propia de un director general.

El nombre de la calle me puso alegre; la proximidad del jardín del Luxemburgo, también. Me gustaba la idea de que el alquiler distara mucho de alcanzar el techo fijado. Firmé el contrato esa misma tarde bajo la estupefacta mirada del director de la inmobiliaria.

Ese piso era realmente extraño. El edificio, muy degradado, se hallaba al fondo de un patio que habría podido ser encantador si no hubiera quedado invadido cada noche por los cubos de basura de un restaurante que ocupaba buena parte de él. Los olores subían a las horas de las comidas, excepto cuando se ponía en marcha un aspirador cuyas vibraciones hacían temblar las ventanas. Una puerta acristalada de vidrios frágiles permitía acceder a una escalera estrecha que conducía a la tercera planta. La parte trasera del piso, cuyo plano inverosímil era el resultado de adaptaciones sucesivas poco inspiradas, daba a una pequeña terraza inclinada. Era un edificio viejo, muy cercano a aquel donde Blaise Pascal, a escondidas de su padre, a los diez u once años había descubierto la geometría euclidiana.

Nadie en la agencia me dijo que éramos los únicos inquilinos: ¿todos los demás habían salido huyendo? ¿Temían acaso un derrumbe? Una visita a los sótanos sin iluminación, cuyos pasillos estaban abarrotados de bobinas de viejos cables eléctricos y de cestos desfondados, me dio pavor. Creí oír ruidos. Una mañana, al salir para ir a la oficina, vi una enorme rata plácidamente instalada en uno de los peldaños que subían a la buhardilla; me miraba con gentileza tocándose el hocico trémulo con una diminuta pata rosa; ni por asomo alarmada.

A Giacomo le parecía que yo montaba un escándalo por cualquier nimiedad, que no era necesario cambiar nada, su estudio tenía buena iluminación, el piso era perfecto, los camareros del restaurante encantadores (al mediodía le subían los platillos de su elección) y las ratas no resultaban en absoluto molestas.

Me explicó lo que tenía que hacer, con una demostración como prueba: «Antes de salir, pegas uno o dos golpes con el pie, mira, así; son inteligentes y comprenden muy rápido; te evitarán.»

Así que me acostumbré a golpear con el pie al abrir la puerta por la mañana antes de salir volando, de muy buen humor, rumbo a mi oficina con vistas al Sena.

Fueron años felices. Uno lo entiende cuando mira atrás. El cansancio de la jornada laboral no afectaba a mi bienestar profundo. A veces estaba tan agotada por mi trabajo que acababa apreciando los atascos, sobre todo los embotellamientos monstruosos en la autopista del aeropuerto, para regresar a París al final del día: me quitaba los zapatos y dormía en la parte trasera del coche que me había ido a esperar a Roissy. Tenía entonces la sensación de ser inaccesible. También disfruté mucho con las grandes huelgas de 1995; todo se detuvo durante un mes (y todavía no había móviles ni Internet). Esas semanas en que Francia estaba paralizada, abandonaba las oficinas desiertas para verme con Giacomo en un bistró: a la clientela habitual se unía gente fatigada por las largas marchas, a veces con ganas de hablar, a menudo despistada: era una fiesta.

Vivía dos vidas separadas en compartimentos estancos que me equilibraban (pero ¿no había estado siempre en esa situación?). Trabajaba durante el día en oficinas asépticas con el ardor de una guerrera del capitalismo; por la noche regresaba al piso con opción ratas de la calle Monsieur-le-Prince con el alma y el paso de una colegiala.

El trabajo de Giacomo había atravesado el Atlántico; tenía ahora un galerista neoyorquino y alternaba las exposiciones un año en Milán y un año en América; cada cierto tiempo publicaba dibujos en el *New Yorker*. Me acuerdo de un corto viaje con ocasión de una inauguración en Washington; me acuerdo de la camisa de piqué blanca, muy sobria, que llevaba yo al bajar por Pennsylvania Avenue para dirigirme allí; me acuerdo de que caía la noche y que pensé, esa noche, que valía la pena vivir la vida.

Giacomo había hecho más ligera mi vida. Ya no había nacido para responsabilizarme de mis padres y mis colaboradores. Era él quien se hacía responsable de mí, y eso le gustaba. Gracias a él, había encontrado por fin mi juventud.

Poco a poco, fui abandonando mis acrobacias para gustar sin gustar demasiado, para expresarme sin hablar demasiado. Los seres a quienes había conocido seguían formando parte con frecuencia de una historia borrosa, sobre la que tenía poca influencia. Pero él sí era real. Estaba contento de despertarse a mi lado, contento de pasear conmigo; nunca se inquietaba si llegaba con retraso; se alegró de llevarme por la escalera cuando me rompí el pie; era libre de reírse o de aburrirse sin disimulo con mis palabras. No se preocupaba con psicologías, no disecaba mis gestos o mis palabras. Su cuerpo hablaba

al mío con sencillez. Tampoco había separación entre su vida de pintor y su vida a secas; observaba las cosas, se fijaba en los detalles, a veces de manera obsesiva; los rostros y los objetos que le atraían aparecían en sus dibujos. Así que yo también los veía, o veía otros todavía más sorprendentes. Todo adquiría relieve.

Yo pensaba que, al igual que les sucede a los buenos escritores, el adiestramiento y la tensión requeridos por una concentración extraordinaria en los detalles le brindaban a veces intuiciones sobre el mundo. Me maravillaba porque esos fogonazos no se apoyaban en su propia cultura, no sacaban la fuerza de las ideas del momento. Procedían de un lugar más profundo: de una mirada solitaria y original. Me hablaba de ella con despreocupación, sin concederle demasiada importancia. A partir de ahí, el dobladillo de un vestido, el olor del metro, un pequeño ladronzuelo o un reflejo extraño en una vitrina eran como aventuras fulgurantes.

Grandes caminantes, atravesábamos la ciudad el sábado o el domingo. Para bajar de Montmartre al Sena, se pueden hacer distintos trayectos y diversificar así los placeres; yo prefería las caminatas del domingo por la mañana, cuando París duerme y se puede oír cómo se acercan los pocos coches que hay circulando, como en las películas viejas. La cocina oriental y la magrebí no eran sus predilectas, pero un día de cada dos, para complacerme, almorzábamos un cuscús o albóndigas libanesas.

Nos imantaba el Marché aux Puces de Clignancourt. Las horas pasaban volando, sin que nos diéramos cuenta. Él observaba y a veces dibujaba en un cuadernillo detalles de muebles, o tomaba nota de un color; revolvía en las cajas buscando dibujos de arquitectura. Levantaba espesas cortinas polvorientas a la búsqueda de tesoros cuya naturaleza ignoraba de antemano; daba la vuelta a las telas para ver si era legible la etiqueta del enmarcador; se quedaba parado, pensativo, delante de pilas de periódicos viejos o de enormes vértebras de ballena.

Fue allí donde comencé un día, sin premeditación, a seleccionar, elegir y comprar tarjetas postales antiguas. Los chamarileros las clasifican en cajas de madera con separadores que permiten orientarse: París, provincias, Europa, Italia, Argelia, Túnez, Vietnam, China, Camboya… Casi siempre había un paquete de Egipto, de Siria o de Oriente Medio. Compraba al dictado de mi inspiración. Pronto me di cuenta de que lo que más me atraía no era la imagen reproducida en la postal, la mayoría de las veces deteriorada o mal coloreada. Tampoco tenía el menor interés por los sellos. Lo que me dejaba absorta durante horas eran los nombres, las direcciones, el puñado de

frases trazadas y las diferentes escrituras. En la década de los noventa (después un poco menos), había tal profusión de postales en los mercados franceses de antigüedades, muchas más que en el resto de los países europeos vecinos, que de ello deduje las múltiples razones que singularizaban a Francia: los viajes de los funcionarios destacados en las colonias, las guerras interminables y sus campos de prisioneros, el turismo participativo de la burguesía acaudalada, la influencia todavía vigente de una civilización de la conversación, de unas costumbres familiares muy arraigadas.

¡Cuántas «Señoritas» que se quedaron en París o en sus respectivas provincias eran las destinatarias de aquellas cartas…! A veces sus nombres (Amélie, Yvette, Augustine, Léone, Élise…) iban precedidos por su titulación profesional, completa, muy respetuosa. ¡Cuántos soldados, marinos y trabajadores del puerto había entre los firmantes! En unas cuantas frases, aquellas cartas expresaban un amor naciente, la añoranza, la alegría, el aburrimiento, la enfermedad o el miedo.

Salía aturdida de esas exploraciones, abrumada por todas aquellas trayectorias, por los sentimientos entrelazados, los sueños de futuro, los relatos de viajes, aquellas cosas tan urgentes e importantes que referir, aquellos proyectos de vida de los que ya sólo quedaban unas cuantas frases.

Encontradas por casualidad. En una caja de madera. En una acera.

Hacia el final de nuestros años felices en la calle Monsieur-le-Prince, exactamente en la primavera de 1997, Giacomo decidió que debía acompañarme a Alejandría, que yo tenía que volver a ver mi ciudad natal. De repente le había entrado la curiosidad; sabía que yo dudaba en hacer ese viaje.

Como las líneas regulares por mar desde Marsella habían dejado de existir cuarenta años antes, fuimos en avión. A la llegada a El Cairo, los aduaneros nos hicieron rellenar unos formularios; apenas miraron mi pasaporte (por absurda que fuera, me daba miedo la idea de que señalaran con suspicacia mi lugar de nacimiento); todo me pareció extrañamente rutinario. Esa misma noche llegamos a destino por la carretera del desierto y nos instalamos en un piso cerca de la que antaño se llamaba plaza de los Cónsules, en mi infancia se convirtió en la plaza Mohammed-Alí y ahora es la plaza el-Tahrir.

Era prudente, estaba al acecho, vigilaba mi corazón. Al alba, le dio un vuelco al oír el peculiar chirrido de chatarra de los viejos tranvías cuando toman una curva.

Me llevó tiempo prepararme para salir ese primer día. Luego decidí dar una vuelta mientras Giacomo se instalaba con toda la naturalidad del mundo en un ruidoso café, pedía agua para mezclar sus colores y comía pasteles, después de haber intentado explicarme las implantaciones comerciales competidoras de CocaCola y Pepsi en los puertos del Mediterráneo.

Me deslicé entre la multitud de un mercado próximo, atraída por los olores, ensimismada ante los puestos de especias y sus pilas inestables de cajas de colores. Me bebí un zumo de caña de azúcar escuchando aullar los altavoces de la mezquita que llamaban a la oración; continué mi paseo dando saltitos para evitar los regueros de agua sucia y rosada alrededor de los mostradores de los carniceros. Más tarde, cuando llegué a la cornisa y vi ponerse el sol por detrás de la fortaleza de Quaitbay, me dije que todo empezaba a ir mejor: aparte del espasmo provocado por el tranvía que me había despertado, mi corazón había permanecido completamente tranquilo, no sentía ni excitación ni tristeza.

A la mañana siguiente fuimos a buscar la casa de mi infancia, en el número 275 de la avenida Fouad, delante del Sporting Club. Creía que el número habría cambiado (puesto que el nombre de la avenida también lo había hecho), pero que me resultaría fácil reconocer la casa al primer vistazo. Sucedió al revés: el número era el mismo, pero la casa estaba irreconocible. Habían desaparecido las terrazas y el edificio había crecido tres pisos. No tuve la certeza de no haberme equivocado hasta que traspasé la puerta, medio arrancada, y reconocí los buzones. De madera, numerados al modo occidental, con casilleros protegidos por cristales en forma de media luna. Databan de los años treinta, y habían sobrevivido.

En cambio, la escuela de monjas de Nuestra Señora de Sión no había cambiado. Seguía tan imponente, con sus grandes ventanas ojivales. Pero parecía totalmente desnuda y desolada en medio de un bosque de edificios desmesurados y amenazantes; una multitud de balcones abarrotados la miraban desde lo alto. Las edificaciones habían engullido el gran jardín que la resguardaba; en la parte de atrás, donde las muchachitas de antaño jugaban al tenis con una minifalda blanca, ahora había un cobertizo en construcción. Una monja copta que hablaba francés con dificultad me llevó de la mano para enseñarme el pasillo del primer piso, donde recibían clases las niñas. Como siempre, las baldosas resplandecían de limpieza. Oíamos voces infantiles cantar en árabe.

El tercer día alquilamos un coche para ir a Abukir, que me pareció sorprendentemente cercano a Alejandría. Confiaba en ser una buena

guía, pero no localicé ningún punto de referencia conocido. El perímetro de la bahía había sido asfaltado, el viento levantaba papeles sucios y plásticos rotos, la playa estaba desolada y el mar parecía pringoso. Almorzamos en un gran restaurante pintado de blanco y completamente vacío. Podíamos elegir el pescado; entonces brotó de mis labios una palabra, que emergía de las profundidades y se imponía de forma imperiosa: *barbouni*, salmonete. ¿Por qué precisamente esta palabra? No era de las más útiles, pero sí encantadora: había subido sola y huérfana a la superficie. Yo no era por tanto completamente extranjera.

El sol entraba por amplios ventanales acristalados. Cuando viajo siempre tengo apetito, y cuando me trajeron los *barbounis* a la parrilla, los encontré deliciosos y pedí más arroz. Giacomo estaba algo nervioso delante de su plato de calamares; me preguntó si me sentía triste o desencantada. No, estaba bien. Estaba incluso muy bien: estaba contenta de volver a ver aquellos lugares y no sentir en mí ninguna amargura.

Al regresar, eché un vistazo al Hospital Griego, que me pareció en buen estado, y nos detuvimos a la altura del antiguo cementerio judío. Estaba cerrado, pero dos niñas bonitas y risueñas salieron de una caseta y se ofrecieron a abrirnos. El ambiente era hermoso y grave, sobre todo por los perros que vivían allí: era el lugar ideal para ponerse a salvo del tráfico asesino, los lanzadores de piedras y las patadas. Sobre la mayoría de las tumbas había un perro amarillo sentado o recostado. Nos miraban sin recelo; uno de ellos se lamía con aplicación una llaga abierta en el muslo. Otros aparentaban dormir. Sólo uno agitó la cola sin convicción. Encontré nombres familiares: De Botton, Servadio, Menasce, Pinto, Gabbai… Le pedí a Giacomo que dibujara un perro sobre una tumba. Prefirió tomar fotos.

Al anochecer, sentada a su lado en el murete de la cornisa, rodeados por todas las luces y la agitación de un viernes por la noche, un poco embriagada por impresiones contradictorias, dije que me habría gustado mucho salir de la ciudad para ir a dar una vuelta por otro lado, ver algún lugar que no conociera. No tenía ganas de jugar con los recuerdos, de suscitarlos ni de complacerme en ellos.

Mucha gente regresa a los lugares de su infancia o su juventud. La joyería de su padre se ha convertido entre tanto en una tienda de cerámica, el jardín de la abuela en un basurero y el patio de la escuela en un garaje. Su corazón padece; se dicen que nada volverá a ser como antes, pero lo sabían de antemano: se limitan a acechar la aflicción… Yo no tenía ganas de jugar a ese juego. Ni siquiera quería ver la casa de Cavafis; ni ir al Atelier, donde mi madre había tenido su propio

taller de escultura; ni buscar las oficinas de mi padre al lado de la antigua Bolsa; ni hacer una peregrinación al restaurante Élite y mucho menos a la playa de Agami.

Así era. Había abandonado la ciudad; habían transcurrido décadas desde entonces. Había pasado allí mis años de adolescencia soñando con Francia, mi verdadera patria imaginaria, pero en la cubierta del barco que me alejaba para siempre seguía llorando por Alejandría. La había dejado, pero no olvidado; incluso podría ser que una parte de mí no hubiera embarcado nunca en el *Esperia* aquel verano de 1956. Esa parte se quedó allí; la amputación no me hizo mucho daño y la cicatrización había sido ejemplar. Pero ahora era incapaz de intentar hacerme un injerto con el fantasma de mi juventud.

Giacomo me escuchaba, paciente.

Al día siguiente, un coche nos condujo a El Cairo y, a continuación, a El Fayum. Ya era entonces un lugar desaconsejado a los turistas; había que detenerse en un puesto de control y mostrar la documentación antes de proseguir la ruta. Nuestro chófer se apeó y se puso a dar una larga explicación señalando varias veces a Giacomo y mostrando sus carpetas de dibujo y sus bártulos de pintor en el maletero. Cuando volvió, supimos que había ganado. «Pero nos seguirá un coche con policías.» Le pregunté si era para vigilarnos y respondió con algún orgullo que, al contrario, era para protegernos.

Los cuatro tipos hacinados en un coche negro destartalado tenían pinta de estar contentos de haber encontrado al fin algo con que distraerse. Nos siguieron por todas partes, manteniéndose a unos metros de distancia, lo que daba una especie de solemnidad a nuestras actividades turísticas. Sus órdenes debían de ser muy estrictas porque nunca se bajaban todos juntos del coche, esperaban al sol y sudaban heroicamente sin comer ni beber. Cada cierto tiempo, les llevábamos botellas de agua, y por la tarde pedí al personal del viejo hotel del lago que les preparasen bocadillos y té caliente.

El recuerdo de los tres días que pasamos en El Fayum es tan fuerte que durante algún tiempo evité hablar de él. Los huertos, los pequeños campos bordeados de palmeras, los cestos de pepinos sobre las carretas, el tráfico infernal de camiones agonizantes, los enormes manojos de perejil y otras hierbas, los alfareros que amasaban arcilla a lo largo de los canales, las motos embarradas que zigzagueaban entre las cabras y los niños. Era al mismo tiempo la Biblia y el Egipto de mi infancia.

Seguidos siempre por nuestros ángeles custodios, la última tarde fuimos a las ruinas, en el límite del desierto. Hay allí un pequeño templo cuadrado, sin ningún interés, a menos que los egipcios tengan

razón (lo llaman *qasr*, castillo) y sea una antiquísima construcción defensiva desgastada por el viento. Esa tarde, desde la terraza de Qasr Qarun, mirábamos hacia el oeste y conteníamos el aliento ante una columna de arena naranja que se acercaba, serpenteaba y volvía a alejarse. Súbitamente, aceleró silbando y se desvaneció de golpe. Amainó el viento.

Casi grité de entusiasmo: «¡Mira, mamá!», dirigiéndome a Giacomo. Me abrazó, me levantó y me besó: «¡Doble lapsus! Una mujer normal habría dicho: "¡Mira, papá!"»

Los policías se reían en su coche negro.

Esta historia de papá-mamá dio lugar a numerosísimas variaciones. Y originó *sketches* íntimos, graciosos y disparatados. Provocó también, con toda naturalidad, el recuerdo de relatos familiares, y volvimos a hablar de los amores de nuestros padres. Teníamos en común, Giacomo y yo, una historia similar; descubrirla después de nuestra boda nos había divertido mucho. Me contó de nuevo cuán feliz y desdichado a la vez se había sentido al saber que no era hijo de su padre. Feliz, porque conocía y amaba a su verdadero padre; desdichado, porque esta revelación tardía lo apenaba con respecto a su padre oficial.

Le volví a contar que, en mi caso, también había sido un descubrimiento muy tardío: después de la muerte de mi madre y justo antes de la muerte de mi padre. Los análisis de sangre, tan frecuentes en los últimos meses de su vida, no dejaban lugar a duda. Yo iba a recogerlos personalmente y los archivaba con los míos; aparte de con los médicos de ambos, yo no había hablado de eso con nadie.

-Al contrario que tú, yo nunca lo sabré. Mi madre no me dijo nada. No dejó ninguna pista.

-¿Te das cuenta? ¡Entre los dos tenemos cuatro padres! Uno de ellos, un fantasma. ¡Es todo un récord!

-Afortunadamente, no le concedo mucha importancia.

-Quizá seas suiza. -Le había contado la historia de Werner.

-No lo creo: las fechas no coinciden.

-¿Argentina? He conocido argentinos que se parecían un poco a ti, de origen mediterráneo pero no del todo.

-No veo la razón.

-Entonces inglesa: eso puedo sentirlo. ¡Una inglesa con un perfecto *self-control*! ¡Con un candado aquí! -Me puso la mano en la tripa.

Algunos días después recibí como regalo un hilarante retrato mío en una isla desierta con palmeras, exhibiendo una pancarta: ¿¿¿MAMÁ???

Aún sigo preguntándome por qué se valoró y pudo desarrollarse armónicamente mi trabajo como directora de empresa. Yo, que con el paso del tiempo había perdido tantas lenguas habladas, compartía sin dificultad la de mis accionistas y mis colaboradores. Prefería a los directores de recursos humanos porque, a finales del siglo XX, se habían dedicado a «la organización del trabajo»; proclamaban que estaban al servicio del «bienestar de los asalariados», y a veces era cierto. Su manera de expresarse era, por lo general, práctica; entre ellos, conocí a algunos colaboracionistas (gajes del oficio), pero a muy pocos sádicos.

En cuanto a los directores financieros, hacía años que su lenguaje había derivado en una jerga atiborrada de metáforas: se atribuían el calificativo de «creativos» y se las daban de comentaristas deportivos. A lo largo del día (con el acmé en el momento de la «elaboración de presupuestos»), se les oía disertar sobre mantenimiento de la tensión, combinación de fichajes, impactos positivos, bajas imprevistas, desafíos necesarios, horizontes saturados, nuevos lanzamientos, lesiones dolorosas o pistas negras. ¿Qué disparatado camino me llevó a encontrar mi lugar en ese universo?

Los CFO (directores administrativos y financieros) o los DAF (directores financieros), llámeseles como se quiera, pertenecen a una categoría auténticamente transversal; los podemos encontrar, intercambiables, en las multinacionales de Milán, Frankfurt, Londres o París; por lo demás, se desplazaban al antojo de las exigencias de la empresa: se ponían en marcha sin tiempos muertos ante sus «parrillas», apenas importunados por la expatriación, el cambio de coche y de piso, o la escuela nueva para los niños.

Yo siempre había tenido una sensación de ilegitimidad, digamos de profunda incoherencia entre mi oficio y yo. Pero, con el paso del tiempo, fui adquiriendo cierta práctica y aprendí a ejercer mi sensatez; el malestar se apaciguó y nunca se cuestionó mi autoridad. En cambio, tenía siempre presente una sensación de fracaso personal, muy arraigada a pesar de la fachada de éxito.

Años después me toparía por casualidad con el dosier que el gabinete de cazadores de talentos había suministrado al consejo de administración y que había sido decisivo para mi contratación. Escrito en un estilo que merecía ser adoptado por un gran escritor cómico, decía que yo carecía, efectivamente, de cualquier competencia financiera y de una preparación universitaria específica, pero se basaba en tales carencias para ensalzar mis inmensas capacidades para rodearme de la gente adecuada, mi ausencia de susceptibilidad, mi gusto por el esfuerzo, etc. El «perfil», superpositivo, era hasta tal

punto una caricatura de la época que su lectura fue, para mí, una fuente de desasosiego. ¿Me adaptaba perfectamente a todos los tópicos de finales del siglo XX? Aparecía varias veces la palabra «mestizaje», se insistía en mi capacidad para fomentar el trabajo en equipo, en mi flexibilidad, en mi adaptabilidad a los entornos difíciles, en mis dones como animadora de proyectos y en mi visión indulgente de los colaboradores que favorecería prometedoras interacciones participativas.

Lo único interesante era el análisis grafológico (estaba entonces de moda y la mayoría de las veces se realizaba sin informar a los «candidatos», de quienes no se revelaba ni el nombre ni el sexo). Protegido con el sello *cruzadoconfidencial* en el sobre, el informe remataba su retrato diciendo con toda precisión: «El candidato presenta una debilidad de carácter. Periódicamente sufre accesos de fatiga profunda y existencial. Afortunadamente, sabe disimularlos y los supera con rapidez gracias a una fuerza de voluntad poco común.»

Un acceso de fatiga profunda caracterizó los últimos meses del siglo. Y desdichadamente mi fuerza de voluntad no pudo hacer gran cosa.

El ayuntamiento de París se percató finalmente del estado de nuestro ruinoso inmueble, en pleno distrito seis. Por lo visto, ya había hecho varios requerimientos a nuestro estrambótico propietario, que cuando lo ponían en aprietos tenía la costumbre de dar vueltas y retorcer su gorra en todos los sentidos, reírse como un lelo levantando los ojos al cielo y morderse los labios antes de farfullar palabras incomprensibles sobre las que flotaba algo que se parecía a un «exagerado» o un «exageran». Corría el rumor entre los encargados del restaurante japonés de la esquina de que, además, tampoco había pagado nunca la contribución y de que, entre recargos y multas, las sumas se habían disparado tanto que no habría podido liquidarlas nunca. En resumen, nos vimos obligados a cambiar rápidamente de casa.

Habían pasado casi veinte años en París como un suspiro; llegué a creer que habíamos conquistado una verdadera estabilidad. Giacomo gozaba cada vez de mayor reputación; sus dibujos y acuarelas se habían impuesto a los cuadros de gran tamaño. Las exposiciones, sabiamente espaciadas, constituían siempre un acontecimiento en Milán o en Estados Unidos. Nunca organizó ninguna en París, que era, sin embargo, su principal lugar de trabajo.

Pero vivir en París comenzaba a abrumarle. Cuando le apremiaba

para que me diera una explicación, soltaba frases un tanto incoherentes:

-Ya no soporto a los peatones. Todo el tiempo «perdón, perdón» con un tono estresado. Y luego otra vez «perdón, perdón» antes de empujarte, clavarte el codo entre las costillas y pisotearte.

-¿Y qué me dices de nuestros bistrós? ¿Te has fijado en lo mal que se come ahora? ¡Le ponen nata a todo! ¡Y el ruido! Ya no podemos oírnos: con mesas minúsculas a cinco centímetros unas de otras…

También me sobresaltó escuchar, de un hombre que no concedía el más mínimo valor al dinero y nunca hablaba de él, el comentario:

-¿Te has fijado a qué precio va el arroz Arborio? ¡El triple de lo que cuesta en Italia!

Y el día en que le comenté que quería solicitar la nacionalidad francesa (aun cuando llegara tarde, consideraba la gestión coherente con mi vida pasada y con el amor un tanto irracional que siempre había profesado por el país), reaccionó con exasperación:

-¡No vamos a empezar otra vez con el tema de las partidas de nacimiento y los certificados de matrimonio! ¡Es absurdo! Me niego a participar en un nuevo calvario administrativo.

Como había previsto su reacción, y la temía, me había pasado ya por la delegación del gobierno sin comentárselo. El expediente era pavoroso: había una lista de dieciséis páginas de documentos que había que aportar. En original y copia. Requerimientos casi poéticos, de tan difíciles de satisfacer. Cómo averiguar la fecha de matrimonio de mis padres… Lo único que me habían contado es que la tarde de tan señalado día, a comienzos de los años treinta, se fundieron parte de sus ahorros en el paddock del hipódromo, hasta el punto de verse obligados a renunciar al viaje de novios en Europa. Argumento nada convincente para un encargado del registro civil.

El adiós a la calle Monsieur-le-Prince coincidió con el final de un período dulce. Todos los días me dolía el corazón.

Una amiga periodista italiana, antigua estrella de los semanarios femeninos, me dijo un día con aplomo: «La cincuentena es la vejez de la juventud, mientras que la sesentena es la juventud de la vejez.» Me gustó la frase, y la memoricé: suavizaba las transiciones y establecía un doble vínculo con el progreso de la edad. En ambos casos, estaba la palabra juventud, y la frontera era borrosa.

Al comenzar el nuevo siglo, ingresé, por tanto, en la juventud de la vejez, y cambié de piso (no había ratas en el nuevo y sí una espléndida vista sobre las torres de Saint-Sulpice). El olor del aguarrás

desapareció del rellano. Giacomo trabajaba la mayor parte del tiempo en Milán, donde había vuelto a instalarse en su antiguo taller. Yo prolongaba mis viajes de negocios para cenar y pasar la noche con él una vez por semana. Aparentemente, nada profundo había cambiado: eligió volver a vivir en su casa sin conceder a esta decisión un carácter definitivo o simbólico. Era libre de hacerlo y lo entendí. El restaurante de la esquina se llamaba Il Cinghiale (el jabalí): excelente en los platos de polenta, se superaba en las recetas con setas. Por la mañana temprano, un taxi me llevaba hasta el aeropuerto de Linate.

Me gustaban los aeropuertos, el regreso por la noche a nuestra casa y los baños calientes antes de acostarnos. Durante mucho tiempo, incluso llegó a gustarme la estética de las terminales: tenía mis hábitos en los «salones», donde tomaba mis desayunos y, a veces, una cena rápida; y frecuentaba las tiendas de productos de belleza: había una en Milán que me parecía muy moderna y entretenida.

Pero había dejado de ser del todo así. Ahora me sobrecogía la fatiga en el rostro de mis colegas que se sentaban durante media hora o más en los cafés o recorrían las galerías comerciales; el triste frenesí que los empujaba a controlar y leer sus mensajes en el ordenador cada cinco minutos; las conversaciones, con los móviles pegados a la oreja, que giraban siempre en torno a los márgenes de beneficio y prácticamente nunca a sus vidas personales. Echaba vistazos irritados a los escaparates, ¡oh, cuántos había!: mi reflejo ya no me agradaba. Por no hablar de ese infame olor, idéntico en todo el mundo occidental, de las tiendas que venden conjuntamente productos gastronómicos y perfumes; el olor de queso mezclado con el del pachulí era tan repugnante por la mañana como por la noche.

Es una época ligada a la sensación de que los hilos de mi vida, muy ceñidamente trenzados mientras Giacomo vivió conmigo en la calle Monsieur-le-Prince, se soltaban y se deshacían, uno tras otro. Quedaba el fuerte vínculo que mantenía con mi trabajo y el que me unía a Francia y a la lengua francesa. Decididamente, ésos habrán sido los puntos de apoyo de mi vida.

Ding dong… *Por desgracia, el profesor Van Hook, que debía pronunciar una conferencia sobre la actividad volcánica en las islas del Pacífico, se encuentra indispuesto. La conferencia no se podrá celebrar. Queda aplazada para el próximo martes 21 de junio a las 21 horas. Les ruega que lo disculpen…*

Ding dong… *¿Por qué se cambió la fecha de la conferencia? a) Porque*

el conferenciante estaba enfermo; b) Porque la sala no estaba disponible; c) Porque el conferenciante había perdido el avión; d) Porque había actividad volcánica… Ding dong…

Ésta era una de las treinta preguntas que habían resonado en el aula de la Alianza Francesa del bulevar Raspail. Yo había reservado mi plaza con un mes y medio de antelación para pasar el test de aptitud de francés, obligatorio para cualquier solicitud de nacionalidad. Las palabras se encadenaban, había que marcar rápido la casilla correspondiente; los candidatos disponían de treinta minutos para las veinticinco preguntas. Debían escuchar con atención, detectar las pequeñas trampas y tener buena memoria. No había nada escrito en el pliego del examen, el texto de la pregunta sólo se oía una vez y los temas eran de lo más variado: las jubilaciones, la paz en el mundo, las panaderías, las administraciones locales o las tarjetas cliente.

Pensé en Giacomo y mis amigos. ¿Se habrían reído de mí? ¿Habrían comprendido la razón por la que me encontraba allí? Decidí prudentemente no comentar nada a nadie. Era demasiado difícil de explicar.

A mi lado se sentaba el hombre de más edad de los asistentes: tenía manos de trabajador manual y llevaba corbata. Los cerca de cuarenta candidatos presentes en el pequeño anfiteatro pertenecían a mundos diferentes. Siete u ocho mujeres cubiertas con velos, bueno, más o menos cubiertas; tres jóvenes guapas con minifalda y tacones altos, probablemente rusas o de origen eslavo; jóvenes magrebíes en zapatillas de deporte; una mujer de unos cincuenta años, muy elegante y sobria, y dos libanesas, a las que reconocí por su acento, que venían juntas y parecían asiduas.

Creí entender que mi vecino de la derecha era turco. A partir de la tercera pregunta, me pareció perdido y triste. Su Bic vacilaba entre las casillas. Cuando llegó a la pregunta sobre la conferencia de la actividad volcánica en el Pacífico, me miró para pedirme ayuda. Me incliné con mi ficha para enseñársela sin hacer ruido. Pero una de las vigilantes, una hermosa chica antillana, llegó taconeando, me lanzó una mirada de reproche y se colocó a nuestro lado, haciéndole perder los pocos recursos que le quedaban.

Las preguntas se encadenaban una tras otra. Era como un juego, simple y perverso. A continuación, un ordenador pasaría por la criba las casillas marcadas y decidiría el coeficiente de comprensión oral. Nosotros, los candidatos, debíamos telefonear al cabo de uno o dos meses para saber si nuestros certificados estaban listos con el fin de venir a recogerlos, personalmente, con nuestros documentos de identidad. Era imposible saber la fecha, ni siquiera de un modo aproximado. Imposible delegarlo en nadie. Imposible también recibir notificación por correo. Era un examen serio.

Desde que Giacomo trasladó su domicilio y, sobre todo, su estudio, yo vivía con un pie. Exteriormente, el trabajo me absorbía. En el fondo, había puesto el piloto automático.

Era el comienzo de los años duros para la prensa escrita y sobre todo para la prensa femenina dirigida al gran público. Al principio, lanzábamos nuevas fórmulas con mensajes enérgicos y optimistas al estilo de «vamos a arrasar con todo, que se vaya preparando la competencia». Se reducían los formatos; vender publicidad se convertía en un oficio de malabarista; los directores generales no paraban de buscar sinergias entre las revistas; los jefes de redacción (que solían ser jefas) entraban y salían, los aperitivos y los discursos se encadenaban en la planta de presidencia. El nerviosismo invadía el ambiente. Cuando, a continuación, las nuevas fórmulas se revelaron insuficientes, se pasó a una marcha superior: se suprimieron cabeceras, hubo reagrupamientos y ventas. Al final todo parecía inútil. Y las revistas se parecían cada vez más.

No me sentía orgullosa de presidir esas turbulencias. Despertaba en mí recuerdos. Existían antaño pequeños talleres de costura en los barrios burgueses de las capitales y ciudades de provincias donde las costureras recibían a sus clientes para las pruebas; se subían los dobladillos para «hacer más joven», se alargaban para «hacer más elegante», se sisaba un escote «no demasiado» y se añadía una pinza «para dar realce». Las clientas entornaban los ojos y se miraban en los espejos de tres cuerpos. Manoseaban las grandes revistas internacionales en las que se habían inspirado para encargar su vestido o su chaqueta. Intentaban no exteriorizar su decepción cuando la ropa cobraba forma.

Ya podía esmerarse la costurera: cuanto más retocaba el vestido, más se parecía a un saco agujereado, idéntico al vestido de la clienta precedente. Suspiraba, hacía lo que podía: no mucho finalmente, porque le resultaba imposible adaptar un sueño de tela a un físico corriente. Por fortuna, llegaron las grandes firmas de prêt-à-porter y todo el mundo tuvo acceso a prendas asequibles, bien cortadas, diseñadas con algo de gusto y cierta variedad. En pocos años fue barrida la actividad tan ingrata de las modistas a domicilio. Los cuerpos se adaptaron a los vestidos y no al revés. Los tranquilizadores paseos por los almacenes de trapitos sustituyeron, para esas clientas, aquellas penosas tardes de las que se salía con una pobre túnica retocada por aquí y por allá con la esperanza de remedar un inaccesible modelo Dior o Givenchy.

Me sentía embargada por esa impotente melancolía; cortábamos y

recosíamos nuestros semanarios, redistribuíamos los blancos, cambiábamos los titulares, los titulillos, las columnas y la portada. Para agradar a un cliente imaginario. Ya no disponíamos del tiempo ni de la confianza del accionista para una invención que se adecuara a un gusto, a una necesidad. Y que se asentara como un «producto de futuro».

En el fondo, como cualquier otro asalariado del mundo entero, ahora esperaba impacientemente las vacaciones. Tarde en la vida, había descubierto el océano. ¡Nos había gustado tanto Bretaña a Giacomo y a mí! Nos dormíamos como benditos en habitaciones desde las que se oía el viento en los árboles. Yo tenía siempre apetito y olvidaba mi edad; él recuperaba la risa, se bronceaba en pocas horas y me hacía probar la sidra.

Lo único que lamentaba eran las nuevas marinas, con decenas de veleros iguales atracados en el muelle deportivo. Pero ¿dónde se habían metido los viejos barcos de pesca? Por eso, me dijo, teníamos que irnos una semana de mayo a Marruecos: el océano tendría la misma luz que tanto me gustaba, y podría ver barcos viejos auténticos entrar y salir del puerto. Esauira despertó emociones sepultadas. Todas las tardes, antes de la puesta de sol, íbamos a ver entrar las traineras. Llegaban de alta mar, con el vientre atiborrado de sardinas, un poco ladeadas, acompañadas por nubes de gaviotas excitadas. Sus flancos fatigados tenían los mismos colores que Homero describe en el catálogo de los barcos: púrpura, negro, azul marino.

Para volver al hotel, pasábamos por un pasaje donde los vendedores ambulantes arrojaban las cabezas y las vísceras de sus pescados. La fetidez era insoportable. Giacomo se tapaba la nariz ostentosamente, imitando unas irreprimibles arcadas. Yo, que conocía los olores de los puertos desde que nací, me burlaba de él.

Las tiendas que encontrábamos por el camino estaban repletas de largos collares de cuentas multicolores enhebrados sobre caballetes; comprábamos algunos después de elegirlos con esmero; las salpicaduras y el polvo no desteñían su belleza salvaje, pero los dejaban increíblemente pegajosos; los lavábamos con champú en el agua tibia del lavabo.

Es cierto: casi éramos viejos los dos, pero de vacaciones eso no se notaba.

Tuve que cumplir un último requisito de la delegación del gobierno referente a mi nacionalidad: me pedían una carta manuscrita de

Giacomo con una declaración jurada de que no pretendía sumarse a mi solicitud. Obligada a confesarle que mi expediente estaba ya muy avanzado, preparé yo misma el texto que él copió y firmó. Esa noche estábamos en Milán; yo minimicé el asunto y fui al grano. Sin éxito.

-Ves cuánta razón tenía al marcharme: ¡a quien sobre todo no quieren es a mí!

Yo le expliqué, como dama juiciosa, que las administraciones carecen de afectos, que nadie tenía nada contra él, nadie deseaba que se fuera. Pero yo estaba casada y lo hacían «por un prurito de orden».

-¡Tienen miedo de que me beneficie de su seguridad social! ¡De que solicite el reagrupamiento familiar! Se deben creer que soy un artista callejero. Que tú me mantienes con tu trabajo de jefa en una multinacional. Bueno, bueno, ¿te parece normal que me vea obligado a declarar bajo juramento que nunca solicitaré su nacionalidad, cuando no la he deseado jamás? ¿Cuando no la quiero?

El tono había dejado de ser divertido. Hice esfuerzos para cambiar de tema, y hablé largo rato de él y su trabajo con un ardor que yo nunca fingía.

De regreso en París, envié por correo el último documento que faltaba. Con un suspiro de alivio: habían transcurrido casi veinte meses desde que comencé la búsqueda de los documentos. Esas gestiones, después de todo inútiles, me habían extenuado. Cuando, tres meses después, traspasé la puerta de la oficina de correos de la calle de Vaugirard para recoger la carta certificada de la delegación del gobierno, me preguntaba si una de esas noches organizaría una pequeña fiesta en mi casa. Con los amigos que estaban al corriente; me vestiría de bandera tricolor. Pantalón azul, camisa blanca y cinturón rojo, ¿por qué no? Una conocida mía, una chica espigada, muy elegante y admirada por su *french touch*, lo había hecho con ocasión de su Legión de Honor, y a todo el mundo le había parecido ingenioso.

Hay varios estilos administrativos. El embrollado utiliza giros negativos del tipo *no subestimo… no pongo en duda…* y los suele acompañar con giros dubitativos como *en la hipótesis de que… no se puede excluir que… a condición de que…* La carta de la delegación del gobierno que acababa de abrir adoptaba, por su parte, un auténtico estilo bonapartista. Directo, firme y breve. *He decidido*, decía en la primera línea. *Después de someterlo a examen. En aplicación del artículo tal y cual*. Inútil andarse con rodeos. Me denegaban la solicitud.

En su magnanimidad, el delegado adjunto me decía que podía presentar, si lo deseaba, una nueva solicitud al cabo de dos años. No olvidaba devolverme lo que me pertenecía. *A cambio recibirá la devolución de sus partidas de nacimiento originales, sus traducciones, el*

certificado de antecedentes penales extranjero y su test de lengua.

No sé cómo describir el estado de indecisión que se apoderó de mí al acabar la lectura de esa carta. Incomprensión, sorpresa, rabia, decepción, tristeza, angustia, desconcierto, fatiga no son las palabras adecuadas. En cualquier caso, son muy exageradas para describir lo que no dejaba de ser una peripecia más en una ya larga existencia. Si hoy, tantos años después, tuviera que describir con precisión mi estado aquel día, diría que el sentimiento dominante era una vergüenza sin objeto definido, una vergüenza infantil. La historia se rebobinaba a toda velocidad, y me volví a ver en la cubierta del *Esperia*. Pero sin el consuelo de mi padre y de Lawrence de Arabia.

Giacomo no pudo ahorrarse el comentario de que había tenido razón al advertírmelo:

-Y no sólo yo: ¿cómo se llama ese escritor amigo tuyo que te aseguró que «era necesario desconfiar siempre un poco de los franceses»? ¿Y aquel otro que te dijo que si querías a cualquier precio un pasaporte suplementario, habría sido preferible que solicitaras el de Kazajstán…, que habría sido más divertido?

Pero enseguida decidió no insistir, cambió de conversación y me llevó a su estudio.

«Me llamo Corto Maltés. Soy marinero.» ¡Cuántas veces había leído estas frases escritas en los globos de las aventuras dibujadas por Hugo Pratt! Puntuaban los giros inesperados de las desenfrenadas historietas que tanto me gustaban desde que Oreste del Buono me las descubriera en *Linus*, un diario que él dirigía en Milán. Era el único cómic que leía desde los años setenta. Su héroe iba rápido, demasiado rápido, galopaba entre las guerras y las leyendas, navegaba de un lado al otro del Atlántico, y entre dos aventuras alocadas regresaba de vez en cuando a descansar a Venecia. Un bastardo romántico nacido en La Valeta, hijo de una gitana de Sevilla y de un oficial de Su Majestad, embustero sin igual. Y no por ello amable: asesino sin remordimientos cuando las circunstancias lo requerían. En su boca, Pratt usaba y abusaba de sentencias redondas, con sello de macho sentimental; yo solía citar una de mis favoritas: «Las mujeres serían maravillosas si se pudiera caer en sus brazos sin caer en sus manos.»

Me había comprado una gorra como la suya que me ponía en verano en el mar. En mi despacho parisino, un gran póster contrastaba con el ambiente austero. Corto estiraba su jersey negro de cuello

vuelto, hundía el mentón y la boca en él, y miraba directamente hacia delante, tranquilo y descarado.

Pues bien, ahora era yo quien iba a decidir por él: debería seguirme sin montar un escándalo. Me llevaría a otro lado el póster de mi marinero y también una alfombra a rayas naranja y rosa hallada en un bazar del sur de Túnez. Había llegado el momento de poner freno a toda aquella agitación, de alejarse. Había que saber despedirse a tiempo.

Yo no había programado nada a largo plazo. Pero habían cambiado muchas cosas en pocos meses: la partida obligada de la calle Monsieur-le-Prince, el regreso de Giacomo a su casa, mi bajada de rendimiento en el trabajo y la denegación de mi solicitud de nacionalidad, que sonaba como el anuncio de un fin inminente. En esta acumulación veía una señal del destino.

Un domingo por la mañana iba pensando en todo esto al recorrer sola uno de los itinerarios desde Montmartre al Sena que tan bien conocía. Miraba los edificios con cariño. Hay glorietas que nunca olvidaré, terrazas donde comimos tostadas con mantequilla, una minúscula tienda de sombreros donde me decidí por una pamela de color café, restaurantes indios donde pedía el plato más picante, una plaza en pendiente donde un viejo clarinetista que tocaba a Sidney Bechet me había partido el corazón. Era hermoso, pero ya no era lo mismo.

Es inútil empeñarse en describir o explicar la influencia del tiempo y los sentimientos sobre la percepción de los lugares. Nadie lo hará mejor que Proust en la última página de *Por la parte de Swann*:

«Los lugares que hemos conocido no pertenecen sólo al mundo del espacio en el que los situamos para mayor comodidad. No eran sino una fina capa en medio de impresiones contiguas que formaban nuestra vida de entonces; el recuerdo de cierta imagen es una simple añoranza de cierto instante y las casas, las carreteras, las avenidas son -¡ay!- fugitivas como los años.»

A LAS NUEVE DE LA NOCHE

-Di un animal, el primero que se te pase por la cabeza.

-Un delfín.

-Di otro animal, deprisa deprisa, sin pensar.

-Un tigre de Bengala.

-Vamos, ahora un último esfuerzo, un tercer animal, el que tú quieras.

-Un erizo de mar.

Carcajadas.

Pienso en eso al mirar una colonia de grandes erizos de mar bajo el espigón de Atrani. Bueno, se le llama espigón pero en realidad son cinco o seis metros de cemento sobre los que en verano se acopla un pontón móvil. Las barcas van y vienen todo el día, cargadas de familias hasta los topes. Los hombres, jóvenes o viejos, llevan generalmente el timón. Con los ojos entornados, tumbada al sol, oigo siempre las mismas cosas:

-¡Los zapatos! ¡Quítate los zapatos!

-¡Te dije que bajaras mi bolso! ¡Siempre te olvidas de todo!

-Pero ¡dale la mano! ¡Se va a caer!

-¡Tengo que ocuparme yo de todo! ¡Esto no son vacaciones!

Vivo aquí más de seis meses al año. Me reúno con Giacomo en Milán cuando comienza a llover de verdad y los días se hacen demasiado cortos. En otoño, pasamos quince días en París: paseos, inspecciones de reconocimiento y, a veces, buenas sorpresas. El desahogo económico permite que el final de la vida sea placentero si conseguimos no asfixiarnos de nostalgia.

En Atrani no hay soledad. Es un pueblo de la costa amalfitana. La gente se habla a voces de una terraza a otra. Se juntan por la noche en torno a las mesas de una *piazzetta*; en verano, el alboroto de las conversaciones, los gritos y las músicas llega a mis ventanas hasta bien entrada la noche.

Las horas pasadas ante las barcas y las zódiacs que van y vienen transcurren mientras miro cómo va cambiando la luz. Cada mañana, al abrir la ventana de mi habitación, ante los reflejos reverberantes en el agua, pienso en «la mar de mil sonrisas» de la *Odisea*. Las ideas y los recuerdos se mecen al compás de las olas.

Como esta historia de animales: era un test «psicológico» que una amiga ensayó conmigo. Me aseguró que, en su sencillez, funcionaba siempre. Era tan elemental que se utilizaba para desbloquear el habla de niños difíciles. Ésa era la ocupación de mi amiga: los niños introvertidos; bueno, ésa es la que acabaría siendo. Teníamos entonces casi veinticinco años; comenzábamos a trabajar.

-Veamos, el primer animal que mencionas eres tú misma, lo que tú eres de verdad, al comienzo de la vida. Un amable delfín saltarín y curioso; buscas amigos. No eres timorata. Sigues los barcos que se cruzan en tu camino.

»El segundo es aquello que querrías llegar a ser, un gran tigre peligroso y dominador, los bosques de Bengala… La aventura y toda la pesca. Pero no lo serás, es imposible, es sólo un sueño. Seguirás siendo delfín.

»El tercero es aquello que llegarás a ser. Al final de tu vida. Y es lo que me hace reír. Nadie me ha contestado nunca “un erizo de mar”. ¡Hay animales con más encanto a los que parecerse después de toda una vida!

Sonrío en mi espigón de cemento ardiente. Pues sí, ese test para niños estaba en lo cierto. Aquí estoy, prueba viviente con más de setenta y seis años (dentro de tres años cumpliré ochenta: me lo repito para poder creerlo). Me engancho a un pontón; la agitación que me rodea no me molesta, al contrario; muevo mis púas a cámara lenta, me desplazo con lentitud, no necesito otra cosa que agua de mar.

La joven mujer del arrendador de embarcaciones llega con un vasito de café, recién salido de su Moka Express, tan cargado que podría caber en un dedal. Ya está azucarado. Su chiquillo ha crecido mucho. A los diez u once años, vive la época de los primeros amores devastadores. Sobre todo para los chicos. Las chicas a esa edad se pasean en grupo y ríen dándose codazos. Él espera, vuelve la cabeza hacia la playa, con la mirada fija al menos desde hace una hora: su amiguita no ha venido hoy.

Siempre me ha asustado la pasión amorosa. Nunca he sabido qué hacer cuando me la ofrecían. No me he olvidado de Pierre en el Sporting Club de Alejandría; tenía once años y yo nueve o diez, creo:

no paraba de decirme que me amaba, que se casaría conmigo cuando fuéramos mayores. Yo decía que, cuando fuera mayor, me iría a las islas Gilbert o a las Marquesas, que no pensaba casarme, que todas las aventuras que me aguardaban me impedían hacerlo. Pero que si quería jugar al bádminton ahora, a mí me apetecía mucho.

-Y, entonces, ¿si me amaras qué harías?

-Por ti, cualquier cosa.

-¿Podrías comerte esta lombriz?

La lombriz, de color rosado, se acercaba a la pequeña pala de madera. La miró con asco.

-Sí.

-¿De veras?

Se la ofrecí en la pala con un poco de tierra. Pierre tenía el temple de un héroe: se tragó la lombriz y también un poco de tierra. Me quedé horrorizada. Había provocado algo espantoso. Yo era un monstruo. Casi llorando, me retorcía las manos; era demasiado. El amor era una catástrofe. El amor hacía cometer horrores. Nunca querría saber nada de eso.

-¡Es asqueroso!

Pobre Pierre, no sólo no había conseguido seducirme con su prueba de amor supremo, sino que nunca más quise volver a hablar con él.

Es un hándicap: nunca supe lo que era ser «una enamorada», eso que generalmente llamamos, con un suspiro, «una gran enamorada». Desde luego, tuve amigas que, en opinión de sus allegados, entraban en esta categoría, pero no puedo imaginarme con claridad qué es lo que significa desde dentro. Mujeres intensas, enormemente sensibles, prendadas por un amor absoluto. Si fuera un hombre con más de treinta años, cambiaría de acera, saltaría a un taxi, ¡para mí la libertad! En cambio, si fuera una mujer… Vaya, otra vez empiezo a hablar de las mujeres como si no me concerniera. No consigo superarlo. Bueno, soy una mujer, habrá que admitirlo de una vez por todas; me rebelo instintivamente cuando se me enfrenta a esta evidencia, pero es un error, una debilidad, me declaro culpable. El meollo del asunto tal vez resida en mi poca afición por los toboganes afectivos que las historias de amor llevan aparejados. Pasión, ardores, sofocos, tormentos, lágrimas.

No me gustan ni los llantos que se me infligen ni aquellos que yo podría provocar. Siempre me ha parecido un poco fastidiosa toda esa mitología de los enamorados que esperan con el corazón palpitante las llamadas telefónicas. Incluso decididamente cargante. No puedo explicarme el prejuicio favorable que despiertan. Los reproches y los

chantajes en nombre del amor me resultan insoportables; no entiendo que se sufra por sufrir.

Mi forma de amar es primitiva: posible o imposible, gloriosa o trágica. Los estadios intermedios me parecen superfluos.

En definitiva, debería decir: «He tenido amor…, he tenido un hándicap.»

En el muro contiguo al peñasco, tan útil para tirarse al agua, colgaron un letrero, pomposamente firmado *Capitaneria del Porto di Salerno*. Notifica la prohibición absoluta de zambullirse so pena de sanciones múltiples. Uno se pregunta por qué. Seguramente hace siglos que los niños y los adolescentes se zambullen desde ese peñasco. Todo el mundo ve el cartel, algunos lo leen, pero a nadie se le ha ocurrido arrancarlo, así de simple. La mujer del arrendador de embarcaciones bromea: «Sobre todo, no se te ocurra hacerlo: el *vigilante* sabría que fuiste tú…» Y añade, con sus largos cabellos lisos desteñidos, mirando cómo se zambulle su hija: «A nosotros no nos importa: hacemos como si no existiera; la lluvia lo borrará este otoño.»

Me encanta este pueblo. Me encanta la casa pegada al costado de la montaña que planea por encima de ella. Data del siglo XIII: una gran habitación abovedada, muy larga y muy alta. Bajo la bóveda, en bajorrelieve, dos cruces templarias. Hice mis pesquisas: en la época de las cruzadas, los templarios poseían enlaces en la costa. Los ocupaban el tiempo justo para descansar antes del gran salto hacia Jerusalén y para abastecer sus barcos con agua, cabras, aves y fruta. Al lado de la gran habitación, majestuosa y desnuda, dos pequeñas celdas monacales; en la parte delantera, dos terrazas. El conjunto no es en absoluto fastuoso, pero las paredes, exentas, tienen casi un metro de grosor, y en su interior se está siempre fresco. Al amanecer, el viento llega del valle, cargado con una mezcla de efluvios de limón y romero; a partir de las dos de la tarde, cuando hace buen tiempo, sopla desde el mar. Es muy regular; cuando los hábitos del viento cambian, eso quiere decir que el tiempo va a empeorar o que el largo verano se ha terminado.

No hay absolutamente nada que hacer aquí. Aparte de decidir por la mañana qué es lo que se va a comer al mediodía y por la noche. Nada. Yo misma me asombro de haber pasado tan rápido y sin esfuerzo de una actividad exagerada a una ociosidad total gran parte del año. Me he convertido en el erizo de mar que estaba programado. Esta situación no ha provocado estragos particulares en mi equilibrio y en mi humor; sabía que nada de lo que hacía estaba destinado a

«perdurar». Superioridad de los pintores: Giacomo nunca se ha planteado preguntas acerca de su edad ni de su trabajo. Nunca ha cambiado de ritmo; seguirá dibujando y pintando hasta el final de sus días.

Yo: polvo quitado seis meses después de mi partida. Alguien rehízo el plan de negocio a tres años y ya está.

Me he comprado unas aletas. Modernas, como se encuentran actualmente: bastante cortas, con la planta muy ancha, fácilmente ajustables con una correa, incluso en el agua. Nada que ver con las de hace algunos años, que se calzaban con esfuerzo y contorsiones. Me permiten nadar mucho tiempo sin cansarme y dejar de temer los retornos sin aliento. En cuanto a lo demás, es decir, mi apariencia: está más o menos bien. Gafas de sol, pamela de paja de ala ancha y pareo son eficaces embellecedores durante el verano.

Cuando salgo a nadar, la mujer del arrendador de embarcaciones echa un vistazo de vez en cuando para saber si todo sigue en orden: una ojeada a su hija, otra a su hijo y otra a mí. Con discreción. Eso me emociona mucho. Me doy perfecta cuenta también de que en el pueblo vigilan mis fuerzas: las mañanas en que voy cargada con paquetes demasiado pesados, siempre hay alguien para decirme que los deje ahí, que después un mozo me subirá el saco de patatas, el aceite o las latas de conservas.

Cuando me instalé aquí, durante algunas semanas tuve la pretensión de «ser útil». Intenté poner en marcha actividades para niños y adultos, eventos culturales: estreno de obras de teatro u otras cosas por el estilo. Me escucharon en las terrazas de los dos cafés, y me dijeron: «*Magnifico! Ottima idea*!» Se me había ocurrido una velada *Otelo* que se celebraría la víspera de las fiestas del pueblo. Pero nada funcionó realmente; se ofrecieron cinco voluntarios en competición encarnizada para el papel protagonista, ningún candidato para representar a Iago y una Desdémona guapa pero que se desanimó muy pronto. A posteriori, a mí misma me pareció estrafalaria la idea de adaptar a Shakespeare en una pequeña localidad habituada a los comadreos, los gritos y los helados de limón. Me amoldé y cogí el ritmo adecuado: aquí todo se hace o deshace sin que intervenga la voluntad de nadie.

Hacia las cuatro de la tarde, estoy harta de mi espigón de cemento y del vaivén de las zódiacs, recojo mis bártulos (no gran cosa, aparte de las aletas y dos pareos) y me voy a sentar a la sombra en un café de la

plaza. Un rito asentado: pido una Coca-Cola helada. Es una droga dulce, un estimulante ahora indispensable. Una parte de la terraza, el triángulo de la izquierda, recibe una conexión a Internet aceptable; es el rincón intelectual del pueblo. Con usuarios solitarios y concentrados, generalmente estudiantes en recuperación o extranjeros que consultan su correo electrónico. Alrededor se derriten los helados.

Leo primero mis periódicos, en tres lenguas. Archivo los artículos y editoriales políticos que quiero releer por la noche. He recuperado el interés por la política, adormecido durante mi época como directora de empresa, contagiada por la idea de que era en el mundo llamado del trabajo donde pasaban las cosas. Sólo he votado una vez, justo cuando cumplí la mayoría de edad en Italia. Luego, desde el 68, renuncié a hacerlo. Reconozco que a alguien a quien le apasione la política le resultará extraño que no haya votado más que una vez.

Habría votado en Francia. Si hubiera sido francesa. Pero no se dio el caso. Mi solicitud de nacionalización fue denegada, por razones administrativas que habría podido solventar telefoneando aquí o allá, y valiéndome del recurso aconsejado. No fue razonable el deseo tan vehemente de adquirir un pasaporte del que no tenía la menor necesidad, ni equilibrada la reacción que me abatió cuando abrí la carta de la delegación de gobierno. Ese deseo me había construido, digamos que yo me había construido en torno a él y alrededor de la lengua que amaba más que las otras, que era la mía. Esas elecciones habían orientado mi existencia, y la de mis padres antes que la mía, porque soñábamos en francés. Yo perseguía un símbolo familiar, aunque bajo el aspecto desprendido de europea socialmente bien instalada. Corría como una descerebrada para que nuestras historias, tan difuminadas y tambaleantes, encontraran un soporte definitivo. Para que los itinerarios en zigzag de las generaciones que me precedieron alcanzaran un sentido y un desenlace. Para entrar a puerto.

Era pueril, ingenuo e inútil. Ninguna pertenencia certificada por un pequeño carnet de papel puede resolver este tipo de problemas. ¿Qué delirio se había apoderado de mi cabeza? ¿A cuento de qué esa vergüenza que me había sacado los colores? Como si no me hubieran querido, como si me hubiesen encontrado indigna de formar parte de esa gran nación, me habían expulsado por carta, me habían devuelto a mi sitio.

Una carta administrativa no es nada, una peripecia a menudo menos grave que otras, pero yo le había concedido un poder supremo; había reavivado sentimientos negros y recuerdos desgarradores; hasta me alegré de que no existiera un más allá para que mis padres no supieran nunca que la puerta había quedado cerrada; ellos que decían

para la galería, cuando nos marchábamos en verano de vacaciones: «Regresamos a Francia.»

Me he pasado toda la vida esquivando la administración e intentando engañarla. La administración, esa mosca horripilante ocupada en frotarse las patas, que me mira fijamente con sus grandes ojos saltones. Sus facetas radiografían todos mis defectos. Imposible escapar a sus veinticinco mil sensores:

-Jajajá…, ¿no sabe dónde está enterrada su abuela?

-Jajajá…, ¿no tiene partida de nacimiento?

-Jajajá…, ¿desconoce el día de la boda de sus padres?

No es extraño que no haya seguido la tendencia habitual según la cual, con el paso de los años, todo el mundo se vuelve hacia la *Law and Order*. No es mi caso. Tengo reflejos cada vez más libertarios; pulsiones cada vez más románticas; la Ley y el Orden me irritan aunque sea vieja. Compruebo que uno de los problemas de la vejez, salvo en caso de enfermedad o de reblandecimiento cerebral, es que envejecemos jóvenes e, incluso, morimos jóvenes. La juventud regresa como un chorro de aire cálido porque la presión social se evapora. El espíritu de libertad encuentra un espacio más despejado que permite, a edades avanzadas, ideas y esperanzas con las que nadie sabe qué hacer. Es tan triste como morir tranquilamente convertido en un viejo chocho.

Sentada a mi mesa del rincón conectado de la plaza, todas las tardes, bebiendo mi Coca-Cola, me entrego a mi placer del momento: las búsquedas en Internet. Para mí, ahora hay pocas cosas tan entretenidas. (Me veo obligada a trabajar en el café, imposible tener cobertura allá arriba, en casa.) El mecanismo de los motores de búsqueda es el mismo que el de la memoria. Un ovillo monstruoso. Hay que tirar de los hilos adecuados, lanzar asociaciones de palabras, invertirlas, desplazarlas, enriquecerlas; y luego anudar y trenzar. Aprender a sobrevolar los resultados repetitivos, y reactivar la búsqueda cuando se obtiene algo interesante o realmente nuevo. Cuanto más se investiga, más novelesco resulta. Avanzas a través de un bosque frondoso: es conveniente anotar en una libretita los caminos por donde vas pasando para no embarullarte demasiado, volver a recorrer las mismas vías o caer en puntos muertos. Mis búsquedas son la prolongación de gustos fijos que se manifestaron pronto y se desarrollaron después, unas veces soterradamente durante años y otras a la luz del día.

He podido dar un nuevo impulso a mis pasiones infantiles. Entre otras, profundicé en el conocimiento de las grandes batallas navales y su presencia en la pintura europea. Sin mis búsquedas, poseídas por la sinuosa indolencia de las ensoñaciones, no habría descubierto un cuadro prodigioso del Rijksmuseum de Ámsterdam; en él, el pintor holandés Cornelis Claesz van Wieringen representa la explosión del buque insignia español durante la batalla de Gibraltar del 25 de abril de 1607 contra los daneses. La confusión, las llamas y la humareda invaden la tela; el pintor no duda en mostrar a los miembros de la tripulación lanzados por los aires. Los seres humanos no son los únicos en salir despedidos: la explosión mezcla los cuerpos, dislocados en las posturas más inesperadas, con escobas, barriles de vino, sombreros, cestas de pan y una impactante escalerita. El cielo es azul claro, impasible, estriado por pálidas humaredas. Es estrafalario y, a pesar de todo, muy gracioso.

Desde hace más de un mes, una corbeta del siglo XIX, *La Triunfante*, ocupa mi atención dos horas al día. En un pequeño anticuario de París, encontré y adquirí un fajo de dibujos a lápiz, firmados Ed. Jouneau. Todos los dibujos que poseo describen las embarcaciones a bordo de las cuales estuvo este marino francés a partir de los años cuarenta. Domina su arte. La mano es muy firme. Con el paso de los años, Jouneau elaboró, supongo que sin proponérselo, un diario en imágenes, apuntando cuidadosamente las fechas, el estado del mar y el nombre de los otros buques en el fondeadero. En algunos casos, elabora un inventario de los fondos y eso produce halos concéntricos rodeados por una nube de cifras. Quiere guardar en la memoria sus viajes y escribe al pie de sus esbozos: «arena negra», «paso peligroso», «rocas blancas», «volcán extinguido», «laguito costero». A veces escribe su nombre en tinta púrpura, adornado con un ancla rematada por una corona real. Todo es gris en estos esbozos con mina de grafito, excepto la rúbrica y las banderas cuyo azul-blanco-rojo restalla en la imagen.

Se ve con claridad que la corbeta *La Triunfante* es su buque preferido. Está enamorado de ella; durante años ha debido de pensar en ella cada día, incluso en su lecho de muerte. Es el barco de su juventud. La dibuja inclinada por los vendavales o con las velas arriadas por la calma chicha, ante los perfiles costeros o en alta mar, unas veces sola y otras encabezando una flotilla. Sus cañones, doce a cada lado, siempre están visibles. Hago un esfuerzo de imaginación; intento oír las órdenes, ver a mi marino maniobrar, o descansar, con su lápiz en la mano, pensativo, acostado en su hamaca.

Empiezo a conocerlo bien, a este querido Ed. Jouneau. Se llama

François de Sales, Guillaume, Édouard. En septiembre de 1836 se licenció en la Escuela Real de la Marina con el número dieciséis de treinta y cinco, es decir, un alumno de segunda fila, del montón. Con toda probabilidad, fue allí donde aprendió a dibujar. El 1 de enero de 1841 se embarcó en *La Triunfante*, que se hizo a la vela rumbo a Oceanía bajo el mando de Marie-François Sochet. Estoy casi segura de que participó en la toma de posesión de las Islas Marquesas. Y dibuja, dibuja por todas partes y siempre que puede. Aplicado y con tanto talento.

Por lo que a mí respecta, hace semanas que navego por los océanos, exactamente como soñaba de niña, gracias a este marino que conocí casualmente en un anticuario de la calle de Seine (¿quién de sus herederos decidió vender este fajo de recuerdos, la obra de su vida, probablemente sin ni siquiera echarle un vistazo?). Me descargué en un lápiz de memoria pasajes de *Annales coloniales et commerciales*, correspondencias de oficiales, memorias y artículos del *Journal officiel*, y fui a imprimirlo todo en un bar con estanco de Amalfi. Una impresionante cosecha de documentos sobre aquellos años. Organizo el material. Cotejo mis informaciones. Intento poner orden en mis hallazgos.

¡Qué lejano queda el tiempo en que una nación enviaba una flota a un archipiélago remoto para anunciar a un rey y a su población de seiscientos habitantes que Francia les hacía el honor de concederles su protección! Primero se producían algunos disparos; luego llegaba la jornada solemne, con su sucesión de músicas militares, misas y cánticos, desfile de marinos en uniforme de gala y salvas de cañones. Al pie de los documentos redactados con solemnidad figuraban las rúbricas del almirante y el rey de las islas. Alguien debía firmar en sustitución del rey (en 1842, el de las Marquesas se llamaba Iotete; estaba tatuado, era obeso, bonachón y obstinadamente refractario a cualquier nuevo dios que pudiera hacer sombra a los suyos). ¿Quién le había explicado en qué consistía la protección? En cualquier caso, no los misioneros, consternados por su atuendo y su pequeña y alegre manada de esposas, de la que se sentía orgulloso.

¡Qué lejano parece el tiempo en que se podía bautizar sin ningún reparo un navío con un nombre tan heroico, tan rimbombante y tan imbuido de certeza! Francia era fuerte, expansionista y estaba convencida de su supremacía.

En el fondo, fue ese nombre lo que me sedujo. Supongo que soy como Jouneau. Como a él, nada me habría gustado más que embarcarme en un navío francés que me garantizase triunfos futuros. Ya podía el mar ser todo lo malvado que quisiera, angustiosa la soledad, los puertos peligrosos y decepcionantes los regresos a

Cherburgo; nada de todo eso tenía la menor importancia: el triunfo estaba escrito.

He vivido como he podido; he hecho más que sobrevivir: he tenido suerte.

Pero no ha habido *Triunfante* para mí.

A las seis y media de la tarde, las campanas de Santa Maria Maddalena repican con revuelo. Es la hora del *vespero*, las vísperas. Es la hora también de bajar la bolsa de la basura. Desde las dieciocho treinta hasta las veinte horas, ni antes ni después. El pueblo se ha entregado al reciclaje selectivo de basuras con un entusiasmo y una seriedad inexplicables. Hace algunos años, los callejones que trepaban a ambos lados del minúsculo valle (como un embudo) estaban atiborrados de bolsas de plástico destripadas por los gatos, que esperaban la llegada de un recogedor descuidado. Actualmente se ha instaurado el orden: todo el mundo baja a la misma hora con varias bolsas de colores diferentes. Es un reciclaje minucioso. Las grandes capitales, que separan simplemente el vidrio del papel y el plástico, deberían admirarnos y tomar ejemplo. Aquí se recogen por separado las latas de conserva, después de haberlas enjuagado, y lo mismo sucede con los envases de yogur. El aceite de freír y el aceite para motores se recogen en contenedores diferentes. Una suerte especial está prevista para los pañales infantiles, las bombillas eléctricas… La gente respeta ese rigor. No sé cuánto tiempo va a durar, pero el pueblo se muestra orgulloso por ello: es el primero de la clase de toda la región y lo proclama en pasquines donde se arenga a no flaquear en esta cruzada para la que se movilizan «vigilantes ecológicos». El reciclaje se ha convertido en el proyecto principal del pueblo y en un tema recurrente de conversación. Hay pocos recalcitrantes, aquellos que antaño habrían sido libertarios de extrema izquierda. Y yo, en función de los días. La semana pasada, una discusión animó por un momento la plaza: se trataba de saber si la ecología era de derechas o de izquierdas.

Ya no estamos en la época de los templarios y los sarracenos.

El horario de sacar la basura plantea algunos problemas a quienes querrían participar en la oración de la noche: habría que bajar primero para dejar las bolsas y luego volver a subir para ir a la iglesia. Yo lo hago a veces. Elegí un banco en el centro de la nave: el sol inflama los vitrales y oigo al cura farfullar indolentemente sus oraciones.

Desde siempre, tengo tanta espiritualidad como un lenguado. Comprendo el sentido que tiene lo religioso para los demás. Al haber leído mucho sobre el tema, no me resulta difícil describir sus impulsos. En suma, sé muchas cosas, pero no siento nada.

Casi había olvidado que fui yo quien decidió ser católica, hace mucho tiempo, el día en que, después de la escuela, en el gran salón que daba al Sporting Club, anuncié a mis padres que quería ser bautizada. No era tan cría aquella tarde, tendría ocho o nueve años más o menos. Tengo el pelo corto y llevo puesto el uniforme. Mi madre, muy bronceada, lleva un fular color berenjena anudado a la cintura, sobre su vestido blanco.

-¿Bautizada? ¿Católica?

Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría ser? Bueno, ella no ve ningún inconveniente. Mi padre no se ha inmutado. Se oye el ventilador. Flap flap flap. Lee con atención su periódico. No puedo verle la cara, oculta detrás de *Le Progrès égyptien*. Mi madre repite:

-La chiquilla dice que querría ser bautizada…

Tras un silencio que se me hace largo, su voz de hombre cariñoso, sereno y, como siempre, un tanto indiferente:

-Me parece una buena idea.

Por la noche, después de cenar, enjuago y cuelgo mi traje de baño y mis pareos. Utilizo un detergente al jazmín; a la mañana siguiente estarán secos, suaves y perfumados. Después de mis llamadas telefónicas, me espera una tumbona en una de las terrazas. Giacomo me llama regularmente; no se aburre en mi ausencia, pero siento que se preocupa un poco. No por mi salud: no deja de decirme que sueno bien, lo que le tranquiliza y le alivia. No, son mis pasiones, mis «manías marítimas», que le parecen exageradas. ¿Acaso teme que mis historias de batallas navales y de exploraciones sean los primeros indicios de una fatiga intelectual? Creo que no querría que me transformase en una gran dama alocada. Debo reconocer que, llevada por el impulso de confianza y amor que siempre me ha inspirado, le conté, con una vehemencia incontrolada, todos mis recientes hallazgos sobre las colonizaciones en Oceanía y el oeste de África, la vida a bordo en ese tiempo que parece tan lejano. La última vez que vino a pasar una semana aquí, se reía: se divirtió mucho con las aventuras de los misioneros riñendo con los «salvajes» de los archipiélagos y con Ioteté, que defiende su semidesnudez y su poligamia. Las pomposas cartas de los almirantes, que proponían a su ministro, por el bien de Francia, la transformación de estas islas paradisíacas en lugares de deportación para criminales o marginales políticos, le hicieron llorar de risa.

Cuando estamos juntos, Giacomo y yo nos sentimos felices y expansivos, pero cuando nos separamos, no nos entristecemos en

absoluto. Hemos optado por lo que la mujer de mi dentista llama con un deje de envidia un estilo de vida «moderno». Hay que decir que su marido mudo no debe de ser muy divertido.

Las noches en la terraza, en primavera y en verano, son deliciosas. No leo, escucho los ruidos procedentes de la plaza; el viento se desliza entre las casas; el mar refleja destellos temblorosos. Los murciélagos (muy pequeños e inofensivos por aquí) comienzan sus carruseles totalmente carentes de sentido lógico: revolotean haciendo remolinos sin objeto, luego colisionan brutalmente contra muros invisibles, como si chocaran contra paredes de cristal. Alocados, hacen una pausa antes de retomar su actividad febril.

Resulta curioso pensar en toda esa gente que deja pasar los años sin hacer comentarios, sin elevar sus protestas, sin dar su opinión; sin sentir ganas de escribir la más mínima nota a pie de página destinada a atenuar la rigidez lacónica de los documentos administrativos que les conciernen. Alcanzan el crepúsculo de su vida y no dejan de ser siempre humildemente silenciosos. Por no hablar de aquellos que persiguen, pisotean y destruyen cualquier huella, tal como hizo mi madre, para que, tras su partida, incluso los objetos se callen para siempre.

Estoy casi convencida de que es preferible dejar detrás algunas reflexiones, algunos comentarios. Anotarlos si podemos. Y no destruir nada. No he tenido hijos ni nietos a quienes habría divertido el bazar de recuerdos reunidos en mis cajas. La redistribución de mis tesoros se llevará a cabo sin herencia generacional; de ella se harán cargo los mercadillos y los anticuarios. Quizá un día alguien se quede de nuevo pensativo al dar por casualidad con mis tarjetas postales del Canal o de Adén, los dibujos de los viajeros y las fotos que me pertenecieron o que yo misma tomé. Palmira, Abukir o El Fayum pertenecerán a un mundo desaparecido del todo: destinos saqueados, profanados o demasiado peligrosos.

A medida que la noche se va haciendo más oscura, la extraña figura que se dibuja en la cara de la montaña situada frente a mi terraza se distingue cada vez con mayor nitidez. El reflector situado detrás de la iglesia de Santa Maria Maddalena realza las protuberancias y los huecos del acantilado. Un rostro humano de tres cuartos, sonriente, con un ojo entrecerrado, un bigote y un fular alrededor del cuello. Fue Giacomo el primero que lo vio; suele ver las cosas antes que yo. Los primeros anocheceres aguardábamos la oscuridad con inquietud, temiendo que no respetara su cita. Lo bautizamos «el pirata». Sólo se puede ver bien a partir de las nueve de la noche.

¡Es una aparición tan frágil! Bastaría con que un empleado del ayuntamiento decidiera ahorrar y juzgase costoso e inútil ese gran reflector; bastaría con que lo desplazase un metro o dos. El juego de luces y sombras se modificaría, y nuestro pirata se desvanecería: habría otra figura en ese enorme peñasco, o un conjunto ilegible de manchas negras, o nada en absoluto.

Tarde o temprano sucederá, es inevitable. Por consiguiente, lo fotografío con mi iPhone al comenzar y al terminar la temporada, para que no se vaya también él sin dejar huella y siga habitando durante mucho tiempo la parte alta del pueblo. Para no olvidarlo. De vez en cuando enseño la foto y pregunto: «¿Qué es lo que veis?» Todo el mundo ve el rostro de un hombre sonriente y socarrón, y añaden: un príncipe, un guerrero, un mosquetero, un pirata…

Me quedo sentada, aguardo el sueño. Respiro, no leo, miro, y no dejo de mirar.

No habré escrito ninguna coma de la Historia, nada habrá alterado ni añadido mi existencia al destino del mundo. Las huellas que dejo son insignificantes. Las «ideas inexpresables y vaporosas» que atravesaron mi juventud no produjeron al cabo nada. Pronto todo será olvidado.

Pero este mundo lo habré mirado mucho.

A LAS DOCE Y MEDIA DE LA NOCHE

Las doce y media. Rápido ha pasado el tiempo
desde las nueve en que encendí la lámpara
y me senté aquí. Sentado sin leer
y sin hablar. Con quién hablar
tan solo como estoy en esta casa.
…
Las doce y media. Cómo ha pasado el tiempo.
Las doce y media. Cómo han pasado los años.

CONSTANTINO CAVAFIS,
«Desde las nueve»

Este libro está dedicado a la memoria de Gaby y de Vittorio.

Tuve la suerte de conocer a un editor-marino que me animó a escribirlo.

Agradezco a Alice d'Andigné que haya estado ahí

NOTA DEL TRADUCTOR

La traducción de los fragmentos de la *Ilíada* de Homero es de Óscar Martínez García; la de *Antonio y Cleopatrade* William Shakespeare de María Enriqueta González Padilla; la de *La cartuja de Parma* de Stendhal es de Carlos Pujol y Tania de Bermúdez-Cañete; la de los poemas «La ciudad», «Reyes alejandrinos», «En la medida que puedas» y «Desde las nueve» de Cavafis es de Ramón Irigoyen; la de *La línea de sombra* de Joseph Conrad de Javier Alfaya Bula y Javier Alfaya McShane; y la de *En busca del tiempo perdido. Por la parte de Swann* de Marcel Proust de Carlos Manzano.